

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

LA ARAUCANA,

POEMA

DE D. ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA,

CABALLERO DE LA ÓRDEN DE SANTIAGO, GENTILHOMBRE DE LA CÁMARA DE LA Magestad DEL EMPERADOR,

Dirigido á la del rey don Felipe II.

Manuel Gual



MADRID.

IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,
calle del Príncipe núm. 4.

1862.

Las imágenes han sido digitalizadas a 300 ppp.

Permiten una ampliación de hasta el 250 % sin que se produzcan distorsiones.

Las zonas borrosas (pero legibles) en algunas paginas, son debidas a la ondulación de las mismas, y consecuencia de la antigüedad del libro.

Digitalización y preparación del Pdf:

Cesar Ojeda en Las Palmas de Gran Canaria (España)

Queda terminantemente prohibida su distribución y/o reproducción con fines comerciales.

NOTICIAS

DEL AUTOR DE ESTA OBRA.

DON ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA nació en Madrid á 7 de agosto de 1533; pero traía su origen de Bermeo, cabeza del Señorío de Vizcaya, de donde era natural *Fortun García de Ercilla* su padre, eminente jurisculto que murió en Valladolid á 29 de setiembre de 1534 á los 40 de su edad. Fué también de Bermeo *Martin Ruiz de Ercilla*, Señor de la Torre de Ercilla, abuelo de nuestro don Alonso. Su madre fue *doña Leonor de Zúñiga*, Señora de Bovadilla, cuya villa, muerto Fortun García, fue incorporada en la Corona, y ella nombrada guarda-damas de la emperatriz doña Isabel. Procrearon estos nobles casados tres hijos: *don Francisco de Zúñiga*, que murió mozo en Madrid á 28 de julio de 1545: *don Juan de Zúñiga*, abad de Hormedes, limosnero mayor de la reina doña Ana de Austria, y maestro del príncipe don Fernando, el cual murió en Almaraz á 28 de agosto de 1580; y nuestro Don Alonso, que desde sus tiernos añosse crió en palacio en calidad de paje del príncipe don Felipe, hijo del emperador Carlos V, y á la sombra de su madre doña Leonor. Era de ingenio vivo, naturalmente culto, de atinado juicio y de espíritu belicoso: prendas que mejoró con el estudio de las buenas letras, y perfeccionó con las varias peregrinaciones que hizo por Europa y América; porque siguió á Felipe II en cuantas jornadas hizo por mar y tierra, corriendo una y otra vez todas las provincias que contiene España, Italia, Francia, Inglaterra, Flandes, Alemania, Moravia, Silesia, Austria, Ungría, Stiria y Carintia. Y como siempre fue inclinado y amigo de inquirir y saber, segun confiesa él mismo (1), adquirió gran caudal de noticias y de prudencia, viendo, como otro Ulises, tanta diversidad de naciones y de humanas costumbres.

El año de 1547 acompañó al príncipe don Felipe, que, llamado de su padre el emperador, pasó á Bruselas y tomó posesion del ducado de Brabante. Llegó á aquella capital de Flandes, atravesando la Italia, la Alemania, y el ducado de Luxemburgo, y el año de 1551 se restituyó á España, desandando el mismo camino. El coronista Juan Esteban Calvete, que refiere este viaje, llama á nuestro ERCILLA *don Alonso de Zúñiga*, usando del segundo apellido.

Siguió también Don Alonso al mismo príncipe cuando el año de 1554 pasó á Inglaterra á casarse con doña María, heredera de aquel reino. En esta sazón llegó á Londres la noticia del levantamiento del Estado de Arauco. Y hallándose en aquella corte Geró-

nimo de Alderete, que había venido del Perú, le nombró el rey capitán y adelantado de aquella tierra, con cargo de pacificarla. Partió, pues, de Londres Alderete llevando en su compañía á Don Alonso de edad de 21 años, siendo esta la primera vez que ciñó espada, como él dice (2). Pero muriendo el adelantado en Taboga cerca de Panamá, continuó ERCILLA su viaje á Lima, capital del Perú. Era virey de aquel reino don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, y con noticia de la muerte del adelantado, y en virtud de sus facultades, nombró á su hijo don García por capitán general de Chile, á donde le envió con una lucida escuadra para sujetar á los inobedientes araucanos. Pasó, pues, Don Alonso á Chile, incorporado en esta escuadra, como él asegura (3), y lo confirma el coronista Herrera.

Entonces dió principio Don Alonso á las reñidas y sangrientas guerras del Arauco, obrando en el discurso de ellas mas proezas con la espada de las que escribió con la pluma, como dice el *Licenciado Oña* (4); pues, como del otro Troyano cantó Virgilio, fue nuestro Don Alonso gran parte de ellas, siendo Chile el teatro en donde hizo alarde de las primicias de su valor y de su ingenio. Hallóse en siete batallas campales, tolerando con heroico esfuerzo todas sus calamidades y riesgos de la vida: y no contento con estas empresas, acompañó á su general don García Hurtado de Mendoza á la conquista de la última tierra que por el estrecho de Magallanes estaba descubierta hasta el valle de Chile; aunque él pasó adelante, y seguido de otros diez soldados, venciendo dificultades insuperables y atravesando dos veces en piraguas el peligrosísimo desagadero del Archipiélago de Añudbox, entró la tierra adentro, y para testimonio de la intrepidez de su corazon, en la corteza del árbol mas robusto que vió allí grabó con un cuchillo la siguiente octava (5):

Aquí llegó, donde otro no ha llegado,
don Alonso de Ercilla, que el primero
en un pequeño barco desastrado,
con solos diez, pasó el desagadero;
el año de cincuenta y ocho entrado
sobre mil y quinientos, por febrero,
á las dos de la tarde el postrer día,
volviendo á la dejada compañía.

(2) Canto XIII.

(3) En el mismo canto.

(4) *Arauco domado*, canto VI.

(5) Canto XXXVI.

(1) Canto XXXVI.

Volvió en efecto después de varias fortunas y peligros á la ciudad de la Imperial, en donde estuvo á riesgo de perder entre los suyos la vida, que supo libertar en tantas ocasiones del poder de sus enemigos. Porque concurriendo á la sazón en la ciudad, dice el mismo ERCILLA (1), gran número de gallardos jóvenes, concertaron una justa y desafío, en donde mostrase cada cual su valor y destreza. El doctor Cristóbal Suarez de Figueroa, dice (2): que estas fiestas las mandó celebrar don García para solemnizar la noticia que se recibió en Chile de la coronación del rey Felipe II, en virtud de la renuncia que en Bruselas hizo en él el emperador Carlos V, su padre. «Hubo (añade Figueroa) entre otros regocijos Estafermo, á que salieron muchos armados. Sobre quien había herido en mejor lugar, hubo diferencia entre don Juan de Pineda y don Alonso de Ercilla, pasando tan adelante que pusieron mano á las espadas. Desenvaináronse en un instante infinitas de los de una y otra parte, que sin saber la parte que habían de seguir, se confundían unos con otros, creciendo el alboroto con extremo. Esparciose voz que había sido deshecha para causar motin, y que ya los fingidos émulos le tenían meditado, por haber precedido algunas ocasiones aunque ligeras. Prendiéronse por orden del general, que para infundir temor entre los demás, los condenó á degollar, sabiendo ser cualquier severidad eficazísima para asegurar la milicia. Sosegóse del tumulto, y hecha informacion, y hallado que había sido caso improvisado de los dos, se revocó la sentencia, etc.»

Hace mención de este suceso el mismo ERCILLA, y dice espresamente que fue sacado á la plaza á degollar (3):

Turbó la fiesta un caso no pensado,
y la celeridad del juez fue tanta,
que estuvo en el tapete, ya entregado
al agudo cuchillo la garganta:
el enorme delito exagerado,
la voz y fama pública lo canta,
que fue solo poner mano á la espada,
nunca sin gran razon desenvainada.

Y lo confirma en otro lugar hablando del mismo caso (4):

Ni digo como al fin por accidente
del mozo capitán acelerado,
fui sacado á la plaza injustamente,
á ser públicamente degollado; etc.

de modo que, según esta relacion, revocó don García la sentencia estando para ejecutarse. Siguióse después tener gran tiempo preso á Don Alonso: para enmendar con este el primer yerro, como él asegura (5), sucediendo á la prisión un trabajoso destierro, mas no por eso faltó en ninguna accion ni asaltos de plazas que después se ofrecieran. Pero estimulado del agravio que sufrió en la Imperial, salió de Chile y llegó prósperamente al Callao de Lima, en donde estuvo hasta que llegaron las noticias de las crueldades que ejercia en Venezuela Lope de Aguirre, y determinándose de ir contra él, llegó á Panamá, en donde supo que habían ya desbaratado y quitado la vida á aquel rebelde (6). Era Lope de Aguirre un guipuzcoano, natural de Onate, que, viviendo en Lima, fue uno de los cuatrocientos hombres que bajo el mando del capitán Pedro de Ursúa fueron enviados el año

de 1539 por el marqués de Cañete, virey del Perú, á la conquista de los Omeguas; pero rebelándose Aguirre contra su capitán, le quitó la vida y se hizo reconocer por caudillo de la gente, ejecutando tales crueldades, que justamente le compara ERCILLA á Herodes y á Neron, pues no perdonó á su propia hija. Desbaratóle en Tocuyo Diego García de Paredes, y cortándole la cabeza le descuartizaron el año de 1561. Por este tiempo padeció ERCILLA una larga y estraña enfermedad, convallecido de la cual, tocando en las Terceras, se restituyó á España á los 29 años de su edad; de donde á breve tiempo salió para correr la Francia, Italia, Alemania, Silesia, Moravia y Panonia (7). Pero hallándose en Madrid el año de 1570 contrajo matrimonio con doña Maria Bazan, hija de Gil Sanchez Bazan y de doña Marquesa de Ugarte, dama de la reina doña Isabel de la Paz, la cual y el emperador Rodolfo fueron sus padrinos, como dice Esteban de Garibay, citado por don Luis de Salazar. (8). Hace mención Don Alonso en su *Araucana* de esta señora, alabándola sobre todas las que, arrebatado en sueños por Belona, vió juntas en un ameno prado; y deseando ocuparse en canciones amorosas, me sentí, dice (9)

con gran gana y codicia de informarme
de aquel asiento y damas tan hermosas,
en especial y sobre todas una,
que vi á sus piés rendida mi fortuna.

Era de tierna edad, pero mostraba
en su sosiego discrecion madura,
y á mirarme parece la inclinaba
su estrella, su destino y mi ventura:
yo, que saber su nombre deseaba,
rendido y entregado á su hermosura,
vi á sus piés una letra que decia:
DEL TRONCO DE BAZAN DOÑA MARIA.

Sies verdad que Don Alonso casó por enero de 1570, como asegura Garibay, no pudo ser su madrina la reina doña Isabel de la Paz, que murió á 4 de octubre de 1568 (10). Acaso quiso decir doña Ana de Austria, cuarta mujer de Felipe II, y hermana de los príncipes Rodolfo y Ernesto, que se criaban en Madrid: de donde llamó al primero Maximiliano II su padre, el año de 1572, para coronarle rey de Hungría: el siguiente de 1573 fue coronado rey de Bohemia en Praga, y el de 1576 sucedió á su padre en el imperio bajo el nombre de Rodolfo II (11). De este emperador fue gentil-hombre Don Alonso de ERCILLA, y acaso le acompañó en sus viajes en Alemania. Pero por los años de 1580 parece vivia retirado en Madrid su patria, aunque altamente quejoso de la fortuna. Porque, sin embargo de los continuos y penosos servicios que hizo en la milicia y en la casa real; sin embargo de sus estimables prendas de calidad, de estudios y de ingenio, nada parece medró en la milicia ni en palacio, de lo cual se queja abiertamente al mismo rey diciendo que tuvo siempre la desgracia de navegar contra la corriente de la fortuna; que fueron siempre infructuosos los inmensos trabajos que padeció en su servicio; que él disfavor le tenia arrinconado y reducido á la miseria suma; pero que á lo menos habia corrido con honor la carrera de su vida; y aunque destituido de premios, tenía la gloria de haberlos sabido merecer, que es en lo que verdaderamente consisten (12). En los *Avisos para palacio* (13) se refiere es-

(7) Canto XXXVI.

(8) *Advertencias históricas*, pág. 13.

(9) Canto XVIII.

(10) Cabrera, *Historia de Felipe II*.

(11) Rodrigo Mendez de Silva, *Vida de la emperatriz doña Maria*, pág. 56.

(12) Canto XXXVII.

(13) Impresos á continuación de la *Carta y Guia de casados*, folio 194.

(1) En el mismo canto XXXVI.

(2) *Hechos de D. García Hurtado de Mendoza, cuarto marqués de Cañete*, pág. 105 y 104.

(3) Canto XXXVI.

(4) Canto XXXVII.

(5) Canto XXXVI.

(6) En el mismo canto.

te caso de nuestro ERCILLA: »Hablando algunas veces »á Felipe II DON ALONSO DE ERCILLA y ZÚÑIGA, siendo »muy discreto hidalgo, que compuso el poema la »*Araucana*, se perdió siempre, sin acertar con lo que »queria decir, hasta que conociendo el rey por la noticia que tenia de él, que su turbacion nacia del »respeto con que ponía los ojos en la magestad, le dijo: »don Alonso, *habladme por escrito*. Así lo ejecutó, y »el rey le despachó é hizo merced.»

Si DON ALONSO recibió esta merced, no parece fue suficiente para desarmarle de las razones de sus quejas. Desacuado finalmente de las esperanzas humanas, recurre á Dios, protestando que habia dado sin rienda al mundo el tiempo mas florido de su vida (1). Entre otras flaquezas que le remorderian á DON ALONSO serian sin duda aquellas mocedades de que fueron fruto varios hijos que tuvo fuera de matrimonio (pues legitimo no tuvo ninguno), y que con toda espresion refiere don Luis de Salazar, con autoridad de Esteban de Garibay (2); de los cuales la mas notable fue doña María Margarita de Zúñiga, dama de la emperatriz doña María, que casó altamente, pues fue su marido don Fadrique de Portugal, señor de las Baronías de Orani, caballero mayor de la misma emperatriz, hijo de los condes de Faro y Mira.

No sabemos cuando murió DON ALONSO DE ERCILLA. El año de 1596 le supone vivo el licenciado Mosquera, pues entonces decia que estaba ocupado en escribir con felicidad las victorias de don Alvaro Bazan, marqués de Santa Cruz, cuyo poema no sabemos si la muerte le dió lugar de finalizar (3).

Fue DON ALONSO DE ERCILLA soldado tan valeroso, que sin el auxilio de las letras propias, sustentaria en la posteridad la opinion de sus heroicos hechos; pero floreció tanto en ellas, que parece no necesita de la recomendacion de sus proezas para ocupar un lugar distinguido entre los mas famosos españoles: ó antes bien él solo se basta á sí mismo para hacerse inmortal con la espada y con la pluma, siendo á un mismo tiempo el héroe y el poeta: mas dichoso en esto que Aquiles y Alejandro, á quien poco hubieran aprovechado sus heroicidades si Homero y los historiadores griegos y latinos no las hubieran trasladado á la memoria de los hombres, y solo comparable con César, historiador de lo mismo que obraba. Véase esto en su *Araucana*, poema heroico, que Miguel de Cervantes graduó de uno de los mejores que hay escritos en lengua castellana, y de una de las mas ricas pre-

das de poesia que tiene España (4): poema por el cual el humanista Juan de Guzman llama á DON ALONSO el *Homero Hispano* y *Principe de los poetas españoles* (5): cuyo libro, dice Andres Escoto, que leían muchos con asombro, y nunca lo dejaban de las manos (6); y de cuyo autor dijo Vicente Espinel (7):

Que en el heroico verso fue el primero
que honró á su patria, y aun quizá el postrero.

Consta este poema de tres partes, que compuso como él dice, escribiendo de noche lo que obraba de dia. Es su argumento las guerras que con obstinacion temeraria sustentaron los araucanos para defender su rebelion contra su rey don Felipe II, en cuya relacion guardó don ALONSO la mas escrupulosa puntualidad; porque se propuso caminar siempre por el rigor de la verdad, como él advierte (8). Y como las batallas y sucesos de la guerra son tan parecidos, solo la fuerza de su invencion pudo lograr referir con grata variedad unos sucesos uniformes, y dar bulto y cuerpo agigantado á unos acaecimientos cuyos autores, especialmente de parte de los araucanos, eran unos personajes particulares, desconocidos y agrestes.

SONETO

DEL DUQUE DE MEDINACELI.

¿Quién jamás vió caber en un sugeto
Tres virtudes heroicas sublimadas,
Como se ven en vos hoy colocadas
Con provechoso fruto y raro efeto,
En que os habeis mostrado tan discreto
Cuanto vos las tenéis mas adornadas,
Con dulcísimo son comunicadas

Mas al que en juicio fuere mas perfecto?

Así en Virgilio y Livio no se vieron

Ni en el divino Julio esclarecido,

Que su fama hasta vos han sustentado.

Déseos la palma, pues habeis subido

Donde pocos al fin hasta hoy subieron

Y os han Marte y las Musas consagrado.

(4) *Historia de Don Quijote*, tom. I, cap. 6.

(5) *Convite de Oradores*, Conv. VI y VIII.

(6) *Bibl. Hisp. verb. Fortunius Garcia*.

(7) *Casa de la Memoria*.

(8) Prólogo de la parte II.

(1) Canto XXXVII.

(2) *Advertencias históricas*, pág. 14.

(3) *Comentario de disciplina militar*, pág. 175.

PRIMERA DEDICATORIA DEL AUTOR

AL SEÑOR REY DON FELIPE II.

S. C. R. M.

Bien sé que es mayor atrevimiento dirigir á V. M. mis obras que sacarlas á juicio de un mundo como el que hoy tenemos : mas , como en mí no hay parte que no esté ofrecida á V. M., como á fin donde todos los míos van enderezados , oso ponerle delante este pequeño tributo. Suplico á V. M. se sirva de mi trabajo , pues no puedo quedar satisfecho dél hasta que V. M. le dé por bueno , dejándome remunerado con aceptarle , y la obra amparada y defendida de las objeciones que se le podrian poner. Nuestro Señor la S. C. R. persona , etc. En Madrid á 13 de junio. Año 1578.

S. C. R. M.

Criado de V. M. que sus reales manos besa ,

DON ALONSO DE ERCILLA.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

Si pensara que el trabajo que he puesto en esta obra me habia de quitar tan poco el miedo de publicarla , sé cierto de mí que no tuviera ánimo para llevarla al cabo. Pero considerando ser la historia verdadera y de cosas de guerra , á las cuales hay tantos aficionados , me he resuelto en imprimirla , ayudando á ello las importunaciones de muchos testigos que en lo demás dello se hallaron , y el agravio que algunos españoles recibirian quedando sus hazañas en perpétuo silencio faltando quien las escriba : no por ser ellas pequeñas , pero porque la tierra es tan remota y apartada y la postrera que los españoles han pisado por la parte del Perú , que no se puede tener della casi noticia , y por el mal aparejo y poco tiempo que para escribir hay con la ocupacion de la guerra , que no da lugar á ello ; y así el que pude hurtar le gasté en este libro , el cual porque fuese mas cierto y verdadero se hizo en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios , escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel , y en pedazos de cartas , algunos tan pequeños que apenas cabian seis versos , que no me costó después poco trabajo juntarlos ; y por esto , y por la humildad con que va la obra , como criada en tan pobres pañales , acompañándola el celo y la intencion con que se hizo , espero que será parte para poder sufrir quien la leyere las faltas que lleva. Y si á alguno le pareciere que me muestro algo inclinado á la parte de los araucanos , tratando sus cosas y valentías mas estendidamente de lo que para bárbaros se requiere ; si queremos mirar su crianza , costumbres , modos de guerra y ejercicio della , veremos que mu-

chos no les han hecho ventaja , y que son pocos los que con tal constancia y firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos como son los españoles. Y cierto es cosa de admiracion que no poseyendo los araucanos mas de veinte leguas de término , sin tener en todo él pueblo formado , ni muro , ni casa fuerte para su reparo , ni armas , á lo menos defensivas , que la prolija guerra y españoles las han gastado y consumido , y en tierra no áspera , rodeada de tres pueblos españoles y dos plazas fuertes en medio della , con puro valor y porfiada determinacion hayan redimido y sustentado su libertad , derramando en sacrificio della tanta sangre así suya como de españoles , que con verdad se puede decir haber pocos lugares que no estén della teñidos y poblados de huesos ; no faltando á los muertos quien les suceda en llevar su opinion adelante ; pues los hijos ganosos de la venganza de sus muertos padres , con la natural rabia que los mueve y el valor que dellos heredaron , acelerando el curso de los años , antes de tiempo tomando las armas , se ofrecen al rigor de la guerra : y es tanta la falta de gente por la mucha que ha muerto en esta demanda , que , para hacer mas cuerpo y henchir los escuadrones , vienen tambien las mujeres á la guerra , y peleando algunas veces como varones se entregan con grande ánimo á la muerte. Todo esto he querido traer para prueba y en abono del valor destas gentes , digno de mayor loor del que yo le podré dar con mis versos. Y pues , como dije arriba , hay agora en España cantidad de personas que se hallaron en muchas cosas de las que aquí escribo , á ellos remito la defensa de mi obra en esta parte , y á los que la leyeren se la encomiendo.



LA ARAUCANA,

POEMA

DE D. ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA.

PRIMERA PARTE.

CANTO PRIMERO.

El cual declara el asiento y descripción de la provincia de Chile y Estado de Arauco, con las costumbres y modos de guerra que los naturales tienen. Asimismo trata en suma la entrada y conquista que los españoles hicieron hasta que Arauco se comenzó a rebelar.

No las damas, amor, no gentilezas de caballeros canto enamorados; ni las muestras, regalos, ni ternezas de amorosos afectos y cuidados: mas el valor, los hechos, las proezas de aquellos españoles esforzados que á la cerviz de Arauco no domada, pusieron duro yugo por la espada.

Cosas diré tambien harto notables de gente que á ningún rey obedecen, temerarias empresas memorables que celebrarse con razon merecen: raras industrias, términos loables que mas los españoles engrandecen; pues no es el vencedor mas estimado de aquello en que el vencido es reputado.

Suplicoos, gran Felipe, que mirada esta labor, de vos sea recibida, que, de todo favor necesitada, queda con darse á vos favorecida: es relacion sin corromper, es la de la verdad, cortada á la medida; no desprecieis el dorado su medida; para que autorizada, aunque tan pobre Quiero á su verdad mi verso cobre. Señor tan alto dedicarlo, porque este atrevimiento lo sostenga,

tomando esta manera de ilustrarlo, para que quien lo viere en mas lo tenga: y si esto no bastare á no tacharlo, á lo menos confuso se detenga, pensando que, pues va á vos dirigido, que debe de llevar algo escondido.

Y haberme en vuestra casa yo criado, que crédito me dá por otra parte, hará mi torpe estilo delicado, y lo que va sin órden lleno de arte: así, de tantas cosas animado, la pluma entregaré al furor de Mar' dad orejas, Señor, á lo que digo, que soy de parte de ello buen

Chile, fértil provincia, y en la region Antártica frías testigo, de remotas naciones señalada por fuerte, princip' hermosa, la gente que por respetada tan soberbia es, principal y poderosa: que no ha producido es tan granada, ni á ex' gallarda y belicosa, F' sido por rey jamás regida, extranjero dominio sometida.

Chile Norte Sur de gran longura, costa del nuevo mar del Sur llamado, tendrá del Este al Oeste de angostura cien millas, por lo mas ancho tomado: bajo del polo Antártico en altura de veinte y siete grados prolongado; hasta dó el mar Océano y Chileno mezclan sus aguas por angosto seno.

Y estos dos anchos mares, que pretenden, pasando de sus términos, juntarse, baten las rocas y sus olas tienden; mas esles impedido el allegarse: por esta parte al fin la tierra hienden y pueden por aquí comunicarse; Magallanes, Señor, fue el primer hombre que, abriendo este camino, le dió nombre.

Por falta de piloto, ó encubierta causa, quizá importante y no sabida, esta secreta senda descubierta quedó para nosotros escondida: ora sea yerro de la altura cierta, ora que alguna isleta removida del tempestuoso mar y viento airado, encallando en la boca, la ha cerrado.

Digo que Norte Sur corre la tierra, y baña la del Oeste la marina; á la banda del Este va una sierra que el mismo rumbo mil leguas camina: en medio es donde el punto de la guerra por uso y ejercicio mas se afina: Venus y Amor aquí no alcanzan parte; solo domina el iracundo Marte.

Pues en este distrito demarcado, por donde su grandeza es manifiesta, está á treinta y seis grados el Estado que tanta gente estraña y propia cuesta: este es el fiero pueblo no domado que tuvo á Chile en tal estrecho puesta, y aquel que por valor y pura guerra hace en torno temblar toda la tierra.

Es Arauco, que basta, el cual sujeto lo mas de este gran término tenia con tanta fama, crédito y conceto que del un polo al otro se extendia: y puso al español en tal aprieto cual presto se verá en la carta mia: veinte leguas contienen sus mojonos; poseñla diez y seis fuertes varones.

De diez y seis caciques y señores es el soberbio estado poseído, en militar estudio los mejores que de bárbaras madres han nacido: reparo de su patria y defensores, ninguno en el gobierno preferido; otros caciques hay, mas por valientes son estos en mandar los preeminentes.

Solo al señor de imposición le viene servicio personal de sus vasallos, y en cualquiera ocasion cuando conviene puede por fuerza al débito apremiallos; pero así obligacion el señor tiene, en las cosas de guerras doctrinallos con tal uso, cuidado y disciplina que son maestros despues de esta doctrina.

En lo que usan los niños en teniendo habilidad y fuerza provechosa es que un trecho seguido han de ir corriendo por una áspera cuesta pedregosa, y al puesto y fin del curso revolviendo le dan al vencedor alguna cosa: vienen á ser tan sueltos y alentados que alcanzan por aliento los venados.

Y desde la niñez al ejercicio los apremian por fuerza y los incitan y en el bélico estudio y duro oficio, entrando en mas edad, los ejercitan: si alguno de flaqueza da un indicio, del uso militar le inhabilitan, y al que sale en las armas señalado conforme á su valor le dan el grado.

Los cargos de la guerra y preeminencia no son por flacos medios proveídos: ni van por calidad, ni por herencia, ni por hacienda y ser mejor nacidos; mas la virtud del brazo y la excelencia, esta hace á los hombres preferidos: esta ilustra, habilita, perficiona y quilata el valor de la persona.

Los que están á la guerra dedicados no son á otro servicio constreñidos, del trabajo y labranza reservados.

y de la gente baja mantenidos: pero son por las leyes obligados de estar á punto de armas proveídos, y á saber diestramente gobernallas en las licitas guerras y batallas.

Las armas dellos mas ejercitadas son picas, alabardas y lanzones, con otras puntas largas en hastadas de la faicion y forma de punzones: hachas, martillos, mazas barreadas, dardos, sargentas, flechas y bastones, lazos de fuertes mimbres y bejucos, tiros arrojadizos y trabucos.

Algunas de estas armas han tomado de los cristianos nuevamente agora, que el continuo ejercicio y el cuidado enseña y aprovecha cada hora; y otras, segun los tiempos, inventado; que es la necesidad grande inventora, y el trabajo solícito en las cosas, maestro de invenciones prodigiosas.

Tienen fuertes y dobles coseletes, arma comun á todos los soldados, y otros á la manera de savetes, que son, aunque modernos, mas usados: grevas, brazales, golas, capacetes de diversas hechuras encajados, hechos de piel curtida y duro cuero, que no basta á ofenderle el fino acero.

Cada soldado una arma solamente ha de aprender y en ella ejercitarse, y es aquella á que mas naturalmente en la niñez mostrarse aficionarse: de esta sola procura diestramente saberse aprovechar, y no empacharse en jugar de la pica el que es flechero, ni de la maza y flechas el piquero.

Hacen su campo, y muestranse en formado escuadrones distintos muy enteros, cada hila de mas de cien soldados, entre una pica y otra los flecheros, que de lejos ofenden desmandados bajo la proteccion de los piqueros, que van hombro con hombro, como digo, hasta medir á pica al enemigo.

Si el escuadron primero que acomete por fuerza viene á ser desbaratado, tan presto á socorrerle otro se mete, que casi no dá tiempo á ser notado: si aquel se desbarata, otro arremete, y estando ya el primero reformado, moverse de su término no puede hasta ver lo que al otro le sucede.

De pantanos procuran guarnecerse por el daño y temor de los caballos, donde suelen á veces acogerse, si viene á suceder desbaratillos: allí pueden seguros rehacerse, ofenden sin que puedan enojallos; que el falso sitio y gran inconveniente impide la llegada á nuestra gente.

Del escuadron se van adelantando los bárbaros que son sobresalientes, soberbios cielo y tierra despreciando ganosos de estremarse por valientes: las picas por los cuentos arrastrando poniéndose en posturas diferentes, diciendo: Si hay valiente algun cristiano salga luego adelante mano á mano.

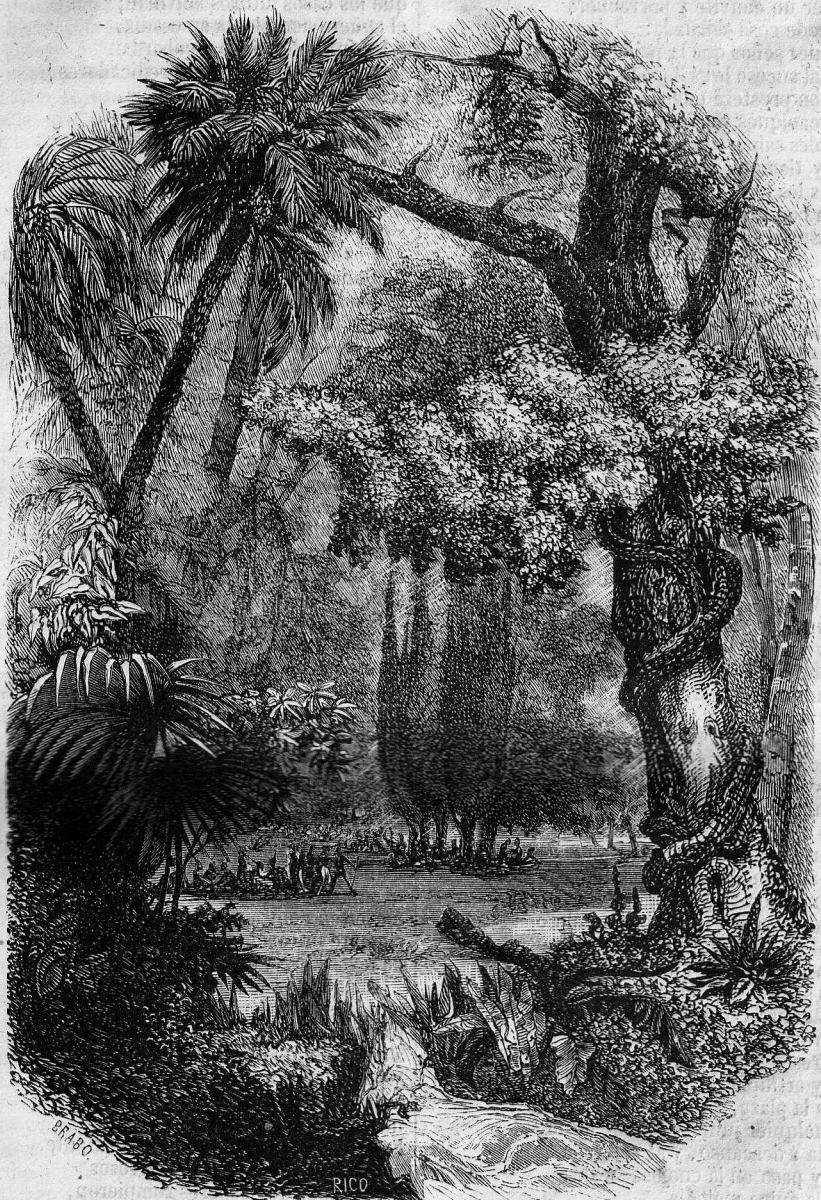
Hasta treinta ó cuarenta en compania ambiciosos de crédito y loores, vienen con grande orgullo y bizarria al son de presurosos atambores: las armas matizadas á porfia con varias y finisimas colores;

de poblados penachos adornados
saltando acá y allá por todos lados.

Hacen fuerzas ó fuertes cuando entienden
ser el lugar y sitio en su provecho,
ó si ocupar un término pretenden,
ó por algun aprieto y grande estrecho,
de dó mas á su salvo se defienden,
y salen de rebato á caso hecho,

recogiéndose á tiempo al sitio fuerte,
que su forma y hechura es de esta suerte:

Señalado el lugar, hecha la traza,
de poderosos árboles labrados
cercan una cuadrada y ancha plaza
en valientes estacas afirmados,
que á los de fuera impide y embaraza
la entrada y combatir, porque, guardados



del muro los de dentro, fácilmente
de mucha se defiende poca gente.

Solían antiguamente de tablones
hacer dentro del fuerte otro apartado,
puestos de **trecho** á trecho unos troncones
en los cuales el muro iba fijado
con cuatro levantados torreones
á caballero del primer cercado,
de pequeñas troneras lleno el muro,

para jugar sin miedo y mas seguro.

En torno de esta plaza poco trecho
cercan de espesos hoyos por de fuera:
cual es largo, cual ancho, y cual estrecho;
y así van, sin faltar desta manera,
para el incauto mozo que de hecho
apresura el caballo en la carrera
tras el astuto bárbaro engañoso,
que le mete en el cerco peligroso.

Tambien suelen hacer hoyos mayores con estacas agudas en el suelo, cubiertos de carrizo, yerba y flores, porque puedan picar mas sin recelo: allí los indiscretos corredores, teniendo solo por remedio el cielo, se sumen dentro, y quedan enterrados en las agudas puntas estacados.

De consejo y acuerdo una manera tienen de tiempo antiguo acostumbrada; que es hacer un convite y borrachera cuando sucede cosa señalada: y así cualquier señor que la primera nueva del tal suceso le es llegada, despacha con presteza embajadores á todos los caciques y señores;

Haciéndoles saber como se ofrece necesidad y tiempo de juntarse, pues á todos les toca y pertenece; que es bien con brevedad comunicarse: segun el caso así se lo encarece, y el daño que se sigue dilatarse; lo cual, visto que á todos les conviene, ninguno venir puede que no viene.

Juntos, pues, los caciques del senado, propóneles el caso nuevamente; el cual por ellos visto y ponderado, se trata del remedio conveniente; y resueltos en uno, y decretado, si alguno de opinion es diferente, no puede en cuanto al débito eximirse, que allí la mayor voz ha de seguirse.

Despues que cosa en contra no se halla, se va el nuevo decreto declarando por la gente comun y de canalla que alguna novedad está aguardando: si viene á averiguarse por batalla, con gran rumor lo van manifestando de trompas y atambores altamente, porque á noticia venga de la gente.

Tienen un plazo puesto y señalado para se ver sobre ello y remirarse, tres dias se han de haber ratificado en la definicion sin retractarse: y el franco y libre término pasado, es de ley imposible revocarse; y así como á forzoso acacimiento se disponen al nuevo movimiento.

Hácese este concilio en un gracioso asiento en mil florestas escogido, donde se muestra el campo mas hermoso de infinidad de flores guarnecido; allí de un viento fresco y amoroso los árboles se mueven con ruido, cruzando muchas veces por el prado un claro arroyo limpio y sosegado.

Dó una fresca y altísima alameda por orden y artificio tienen puesta en torno de la plaza, y ancha rueda capaz de cualquier junta y grande fiesta, que convida á descanso, y al sol veda la entrada y paso en la enojosa siesta: allí se oye la dulce melodía del canto de las aves y armonía.

Gente es sin Dios ni ley, aunque respeta á aquel que fue del cielo derribado, que como á poderoso y gran profeta es siempre en sus cantares celebrado: invocan su furor con falsa seta y á todos sus negocios es llamado, teniendo cuanto dice por seguro del próspero suceso ó mal futuro.

Y cuando quieren dar una batalla con él lo comunican en su rito; si no responde bien, dejan de dalla,

aunque mas les insista el apetito; caso grave ó negocio no se halla dó no sea convocado este maldito; llámanle *Eponamon*, y comunmente dan este nombre á alguno si es valiente.

Usan el falso oficio de hechiceros, ciencia á que naturalmente se inclinan, en señales mirando y en agujeros, por las cuales sus cosas determinan: veneran á los necios agoreros que los casos futuros adivinan; el agujero acrecienta su osadía, y les infunde miedo ó cobardía.

Algunos de estos son predicadores, tenidos en sagrada reverencia, que solo se mantienen de loores, y guardan vida estrecha y abstinencia: estos son los que ponen en errores al liviano comun con su elocuencia, teniendo por tan cierta su locura como nos la evangélica Escritura.

Y estos que guardan orden algo estrecha no tienen ley, ni Dios, ni que hay pecados; mas solo aquel vivir les aprovecha de ser por sabios hombres reputados: pero la espada, lanza, el arco y flecha tienen por mejor ciencia otros soldados; diciendo que el agujero alegre ó triste en la fuerza y el ánimo consiste.

En fin, el hado y clima de esta tierra, si su estrella y pronóstico se miran, es contienda, furor, discordia, guerra, y á solo esto los ánimos aspiran: todo su bien y mal aquí se encierra; son hombres que de súbito se airan, de condicion feroces impacientes, amigos de domar estrañas gentes.

Son de gestos robustos, desbarbados, bien formados los cuerpos y crecidos, espaldas grandes, pechos levantados, rēcios miembros, de nervios bien fornidos, ágiles, desenvueltos, alentados, animosos, valientes, atrevidos, duros en el trabajo, y sufridores de frios mortales, hambres y calores.

No ha habido rey jamás que sujetase esta soberbia gente libertada, ni extranjera nacion que se jactase de haber dado en su términos pisada; ni comarcana tierra que se osase mover en contra y levantar espada: siempre fue exenta, indómita, temida, de leyes libre y de cerviz erguida.

El potente rey Inga, aventajado, en todas las antárticas regiones, fue un señor en extremo aficionado á ver y conquistar nuevas naciones; y por la gran noticia del estado á Chile despachó sus Orejones; mas la parlera fama de esta gente la sangre les templó y ánimo ardiente.

Pero los nobles Ingas valerosos los despoblados ásperos rompieron, y en Chile algunos pueblos belicosos por fuerza á servidumbre redujeron: á dó leyes y edictos trabajosos con dura mano armada introdujeron, haciéndoles con fueros disolutos pagar grandes subsidios y tributos.

Dado asiento en la tierra y reformado el campo con ejército pujante, en demanda del reino deseado movieron sus escuadras adelante: no hubieron muchas millas caminado, cuando entendieron que era semejante

el valor á la fama que alcanzada tenia el pueblo araucano por la espada.

Los Promaucaes de Maule, que supieron el vano intento de los Ingas vanos, al paso y duro encuentro les salieron, no menos en buen orden que lozanos; y las cosas de suerte sucedieron que, llegando estas gentes á las manos, murieron infinitos Orejones perdiendo el campo y todos los peñones.

Los indios Promaucaes es una gente que está cien millas antes del estado, brava, soberbia, próspera y valiente, que bien los españoles la han probado: pero con cuanto digo, es diferente de la fiera nacion, que, cotejado el valor de las armas y excelencia, es grande la ventaja y diferencia.

Los Ingas, que la fuerza conocian que en la provincia indómita se encierra, y cuán poco á los brazos ganarian llevada al cabo la empezada guerra; visto el errado intento que traían, desamparando la ganada tierra, volvieron á los pueblos que dejaron, donde por algun tiempo reposaron.

Pues don Diego de Almagro, adelantado, que en otras mil conquistas se habia visto, por sabio en todas ellas reputado, animoso, valiente, franco y quisto, á Chile caminó determinado de estender y ensanchar la fe de Cristo; pero en llegando al fin de este camino dar en breve la vuelta le convino.

A solo el de Valdivia esta victoria con justa y gran razon le fue otorgada, y es bien que se celebre su memoria, pues pudo adelantar tanto su espada: este alcanzó en Arauco aquella gloria, que de nadie hasta allí fuera alcanzada; la altiva gente al grave yugo trujo, y en opresion la libertad redujo.

Con una espada y capa solamente, ayudado de industria que tenia, hizo con brevedad de buena gente una lucida y gruesa compaña; y con designio y ánimo valiente toma de Chile la derecha vía, resuelto en acabar de esta salida la demanda difícil ó la vida.

Vióse en el largo y áspero camino por la hambre, sed y frio en gran estrecho; pero con la constancia que convino puso al trabajo el animoso pecho: y el diestro hado y próspero destino en Chile le metieron, á despecho de cuantos estorbarlo procuraron, que en su daño las armas levantaron.

Tuvo á la entrada con aquellas gentes batallas y rencuentros peligrosos, en tiempos y lugares diferentes, que estuvieron los fines bien dudosos; pero al cabo por fuerza los valientes españoles, con brazos valerosos, siguiendo el hado y con rigor la guerra, ocuparon gran parte de la tierra.

No sin gran riesgo y pérdidas de vidas asediados seis años sostuvieron, y de incultas raices desabridas los trabajados cuerpos mantuvieron, dó las bárbaras armas oprimidas á la española devocion trujeron, por ánimo constante y raras pruebas criando en los trabajos fuerzas nuevas.

Después entró Valdivia conquistando

con esfuerzo y espada rigurosa, los Promaucaes por fuerza sujetando, Curios, Cauquenes, gente belicosa; y, el Maule y rauda Itata atravesando, llegó al Andalién, dó la famosa ciudad fundo de muros levantada, felice en poco tiempo y desdichada.

Una batalla tuvo aquí sangrienta donde á punto llegó de ser perdido: pero Dios le acorrió en aquella afrenta; que en todas las demás le habia acorrido; otros dello darán mas larga cuenta, que les está este cargo cometido; allí fue preso el bárbaro Ainavillo, honor de los Pencones y caudillo.

De allí llegó al famoso Biobío, el cual divide á Penco del estado, que del Nibequeten, copioso río, y de otros viene al mar acompañado; de donde con presteza y nuevo brio, en orden buena y escuadron formado pasó de Andalican la áspera sierra, pisando la araucana y fértil tierra.

No quiero detenerme mas en esto, pues que no es mi intencion dar pesadumbre; y así pienso pasar por todo presto, huyendo de importunos la costumbre: digo con tal intento y presupuesto que antes que los de Arauco á servidumbre viniesen, fueron tantas las batallas, que dejó por prolijas de contallas.

Ayudó mucho el ignorante engaño de ver en animales corregidos hombres que por milagro y caso extraño de la region celeste eran venidos: y del súbito estruendo y grave daño de los tiros de pólvora sentidos, como á inmortales dioses los temian, que con ardientes rayos combatian.

Los españoles hechos hazañosos el error confirmaban de inmortales, afirmando los mas supersticiosos, por los presentes los futuros males: y así tibios, suspensos y dudosos; viendo de su opresion claras señales, debajo de hermandad y fe jurada dió Arauco la obediencia jamás dada.

Dejando allí el seguro suficiente adelante los nuestros caminaron; pero todas las tierras llanamente, viendo Arauco sujeta, se entregaron; y reduciendo á su opinion gran gente siete ciudades prósperas fundaron, Coquimbo, Penco, Angol y Santiago, la Imperial, Villa-rica, y la del Lago.

El felice suceso, la victoria, la fama y posesiones que adquirian los trujo á tal soberbia y vanagloria, que en milleguas diez hombres no cabian; sin pasarles jamás por la memoria que en siete piés de tierra al fin habian de venir á caber sus linchazones, su gloria vana y vanas pretensiones.

Crecian los intereses y malicia, á costa del sudor y daño ajeno, y la hambrienta y misera codicia con libertad pacienco iba sin freno: la ley, derecho, el fuero y la justicia era lo que Valdivia habia por bueno, remiso en graves culpas y piadoso, y en los casos livianos riguroso.

Así el ingrato pueblo castellano, en mal y estimacion iba creciendo, y siguiendo el soberbio intento vano tras su fortuna próspera corriendo:

pero el Padre del cielo soberano
atajó este camino, permitiendo
que aquel á quien él mismo puso el yugo
fuese el cuchillo y áspero verdugo.

El estado áraucano acostumbrado
á dar leyes, mandar, y ser temido,
viéndose de su trono derribado,
y de mortales hombres oprimido;
de adquirir libertad determinado,
reprobando el subsidio padecido,
acude al ejercicio de la espada,
ya por la paz ociosa desusada.

Dieron señal primero y nuevo tiento
(por ver con qué rigor se tomaría)
en dos soldados nuestros, que á tormento
mataron sin razon y causa un día:
disimulóse aquel atrevimiento,
y con esto crecióles la osadía;
no aguardando á mas tiempo, abiertamente
comienzan á llamar y juntar gente.

Principio fue del daño no pensado
el no tomar Valdivia presta enmienda
con ejemplar castigo del estado;
pero nadie castiga en su hacienda:
el pueblo sin temor desvergonzado
con nueva libertad rompe la rienda
del homenaje hecho y la promesa,
como el segundo canto aquí lo espresa.

CANTO II.

Pónese la discordia que entre los caciques de Arauco hubo sobre la eleccion de capitan general, y el medio que se tomó por el consejo del cacique Colocolo, con la entrada que por engaño los bárbaros hicieron en la caza fuerte de Tucapel, y la batalla que con los españoles tuvieron.

Muchos hay en el mundo que han llegado
á la engañosa alteza desta vida,
que Fortuna los ha siempre ayudado
y dádoles la mano á la subida,
para, despues de haberlos levantado,
derribarlos con misera caída,
cuando es mayor el golpe y sentimiento,
y menos el pensar que hay mudamiento.

No entienden con la próspera bonanza
que el contento es principio de tristeza,
ni miran en la súbita mudanza
del consumidor tiempo y su presteza:
mas con altiva y vana confianza
quieren que en su fortuna haya firmeza;
la cual, de su aspereza no olvidada,
revuelve con la vuelta acostumbrada.

Con un revés de todo se desquita,
que no quiere que nadie se le atreva,
y mucho mas que dá siempre les quita,
no perdonando cosa vieja ó nueva:
de crédito y de honor los necesita,
que en el fin de la vida está la prueba,
por el cual han de ser todos juzgados,
aunque lleven principios acertados.

Del bien perdido al cabo ¿qué nos queda
sino pena, dolor y pesadumbre?
Pensar que en él Fortuna ha de estar queda,
antes dejará el sol de darnos lumbré:
que no es su condicion fijar la rueda,
y es malo de mudar vieja costumbre.
El mas seguro bien de la Fortuna
es no haberla tenido vez alguna.

Esto verse podrá por esta historia:
ejemplo dello aquí puede sacarse,
que no bastó riqueza, honor y gloria,
con todo el bien que puede desearse,
á llevar adelante la victoria;
que el claro cielo al fin vino á turbarse,
mudando la Fortuna en triste estado

el curso y órden próspera del Hado.

La gente nuestra ingrata se hallaba
én la prosperidad que arriba cuento,
y en otro mayor bien, que me olvidaba,
hallado en pocas casas, que es contento:
de tal manera en él se descuidaba
(cierta señal de triste acacemiento)
que en una hora perdió el honor y estado
que en mil años de afan habia ganado.

Por dioses, como dije, eran tenidos
de los indios los nuestros; pero olieron
que de mujer y hombre eran nacidos,
y todas sus flaquezas entendieron:
viéndolos á miserias sometidos,
el error ignorante conocieron,
ardiendo en viva rabia avergonzados
por verse de mortales conquistados.

No queriendo á mas plazo diferirlo,
entre ellos comenzó luego á tratarse
que, para en breve tiempo concluirlo
y dar el modo y órden de vengarse,
se junten á consulta á definirlo,
do venga la sentencia á pronunciarse,
dura, ejemplar, cruel, irrevocable,
horrenda á todo el mundo y espantable.

Iban ya los caciques ocupando
los campos con la gente que marchaba,
y no fue menester general bando,
que el deseo de guerra los llamaba
sin promesas ni pagas, deseando
el esperado tiempo, que tardaba,
para el decreto y áspero castigo,
con muerte y destruccion del enemigo.

De algunos que en la junta se hallaron
es bien que haya memoria de sus nombres,
que, siendo incultos bárbaros, ganaron
con poca razon claros renombres:
pues en tan breve término alcanzaron
grandes victorias de notables hombres,
que de ellas darán fe los que vivieren,
y los muertos allá donde estuvieron.

Tucapel se llamaba aquel primero
que al plazo señalado habia venido;
este fue de cristianos carnícero,
siempre en su enemistad endurecido:
tiene tres mil vasallos el guerrero,
de todos como rey obedecido.
Ongol luego llegó, mozo valiente,
gobierna cuatro mil, lucida gente.

Cayocupil, cacique bullicioso,
no fue el postrero que dejó su tierra,
que allí llegó el tercero, deseoso
de hacer á todo el mundo el solo guerra:
tres mil vasallos tiene este famoso
usados tras las fieras en la sierra.
Millarapué, aunque viejo, el cuarto vino,
que cinco mil gobierna de continuo.

Paicabí se juntó aquel mismo día,
tres mil fuertes soldados señorea.
No lejos Lemolemo del venia,
que tiene seis mil hombres de pelea.
Mareguano, Gualemo y Lebopía
se dan prisa á llegar, porque se vea
que quieren ser en todo los primeros;
gobiernan estos tres tres mil guerreros.

No se tardó en venir, pues, Elicura,
que al tiempo y plazo puesto habia llegado,
de gran cuerpo, robusto en la hechura,
por uno de los fuertes reputado:
dice que estar sujeto es gran locura
quien seis mil hombres tiene á su mandado.
Luego llegó el anciano Colocolo;
otros tantos y mas rige este solo.

Tras este á la consulta Ongolmo viene,
que cuatro mil guerreros gobernaba.

Purén en arribar no se detiene,
seis mil súbditos este administraba.
Pasados de seis mil Lincoya tiene,
que bravo y orgulloso ya llegaba,
diestro, gallardo, fiero en el semblante,
de proporcion y altura de gigante.

Peteguelen, cacique señalado,
que el gran valle de Arauco le obedece
por natural Señor, y así el estado
este nombre tomó; según parece,
como Venecia, pueblo libertado,

que en todo aquel gobierno mas florece:
tomando el nombre de él la Señoría,
así guarda el estado el nombre hoy día.

Este no se halló personalmente,
por estar impedido de cristianos;
pero de seis mil hombres que él valiente
gobierna, naturales araucanos,
acudió desmandada alguna gente
á ver si es menester mandar las manos.
Caupolican el fuerte no venia,
que toda Palmaiquen le obedecia.



Tomé y Andahcan también vinieron,
que eran del araucano regimiento,
y otros muchos caciques acudieron,
que por no ser prolijo no los cuento.
Todos con leda faz se recibieron,
mostrando en verse juntos gran contento.
Después de razonar en su venida
se comenzó la espléndida comida.

Al tiempo que el beber furioso andaba,
y mal de las tinajas el partido,

de palabra en palabra se llegaba
á encenderse entre todos gran ruido:
la razón uno de otro no escuchaba:
sabida la ocasión do había nacido,
vino sobre cual era el mas valiente
y digno del gobierno de la gente.

Así creció el furor, que derribando
las mesas, de manjares ocupadas,
aguijan á las armas desgajando,
las ramas al depósito obligadas;

Era salido el sol cuando el enorme peso de las espaldas despedía, y un salto dió en lanzándole disforme, mostrando que aun mas ánimo tenia: el circunstante pueblo en voz conforme pronunció la sentencia, y le decia: sobre tan firmes hombros descargamos el peso y grave carga que tomamos.

Al nuevo juego y pleito definido, con las mas ceremonias que supieron por sumo capitan fue recibido, y á su gobernacion se sometieron. Creció en reputacion, fue tan temido, y en opinion tan grande le tuvieron, que ausentes muchas leguas del temblaban, y casi como á rey le respetaban.

Es cosa en que mil gentes han parado, y están en duda muchos hoy en dia, pareciéndoles que esto que he contado es alguna ficcion ó poesia:

pues en razon no cabe, que un senado de tan gran disciplina y policia pusiese una eleccion de tanto peso en la robusta fuerza y no en el seso.

Sabed que fue artificio, fue prudencia del sabio Colocolo, que miraba la dañosa discordia y diferencia y el gran peligro en que su patria andaba, conociendo el valor y suficiencia de este Caupolican que ausente estaba, varon en cuerpo y fuerzas estremado, de rara industria y ánimo dotado.

Así propuso astuta y sabiamente, para que la eleccion se dilatase, la prueba al parecer impertinente en que Caupolican se señalase, y en esta dilacion secretamente dándole aviso, á la eleccion llegase, trayendo así el negocio por rodeo á conseguir su fin y buen deseo.

Celebraba con pompa allí el senado de la justa eleccion la fiesta honrosa, y el nuevo capitan, ya con cuidado de dar principio á alguna grande cosa, manda á Palta sargento que, callado, de la gente mas presta y animosa ochenta diestros hombres aperciba, y á su cargo apartados los reciba.

Fueron pues escogidos los ochenta de mas esfuerzo y menos conocidos; entre ellos dos soldados de gran cuenta por quien fuesen mandados y regidos, hombres diestros usados en afrenta, á cualquiera peligro apercibidos: el uno se llamaba Cayeguanó, el otro Alcatipay de Talcaguanó.

Tres castillos los nuestros ocupados tenian para el seguro de la tierra, de fuertes y anchos muros fabricados, con foso que los ciñe en torno y cierra: guarnecidos de pláticos soldados, usados al trabajo de la guerra; caballos, bastimento, artilleria que en espesas troneras asistia.

Estaba el uno cerca del asiento adonde era la fiesta celebrada; y el araucano ejército contento, mostrando no tener al mundo en nada: que con discurso vano y movimiento queria llevarlo todo á pura espada; pero Caupolican mas cuerda mente trataba del remedio conveniente.

Habia entre ellos algunas opiniones de cercar el castillo mas vecino; otros, que con formados escuadrones

á Penco enderezasen el camino: dadas de cada parte sus razones, Caupolican en nada desto vino, antes al pabellon se retiraba, y á los ochenta bárbaros llamaba.

Para entrar al castillo fácilmente les da industria y manera disfrazada, con espresa instruccion que plaza y gente metan á fuego y á rigor de espada; porque él luego tras ellos diligente ocupará los pasos y la entrada: despues de haberlos bien amonestado pusieron en efeto lo tratado.

Era en aquella plaza y edificio la entrada á los de Arauco defendida, salvo los necesarios al servicio de la gente española, estatuida á la defensa de ella y ejercicio de la fiera Belona embravecida; y así los cautos bárbaros soldados de feno, yerba y leña iban cargados.

Sordos á las demandas y preguntas, siguen su intento y el camino usado, las cargas en hilera y órden juntas, habiendo entre los haces sepultado astas fornidas de ferradas puntas; y así contra el castillo, descuidado del encubierto engaño, caminaban, y en los vedados limites entraban.

El puente, muro y puerta atravesando, miserables, los gestos afligidos, algunos de cansados cojeando, mostrándose marchitos y encogidos; pero dentro las cargas desatando, arrebatan las armas atrevidos, con amenaza, orgullo y confianza de la espada y súbita venganza.

Los fuertes españoles salteados, viendo la airada muerte tan vecina, corren presto á las armas, aterrados de la estraña cautela repentina; y, á vencer ó morir determinados; cual con celada, cual con coracina, salen á resistir la furia insana de la brava y audaz gente araucana.

Asáltanse con ímpetu furioso, suenan los hierros de una y otra parte; allí muestra su fuerza el sanguinoso y mas que nunca embravecido Marte:

de vencer cada uno deseoso, buscaba nuevo modo, industria y arte de encaminar el golpe de la espada por dó diese á la muerte franca entrada.

La saña y el coraje se renueva con la sangre que saca el hierro duro, y la española gente á la india lleva á dar de las espaldas en el muro. Ya el infiel escudron con fuerza nueva cobra el perdido campo mal seguro, que estaba de los golpes esforzados cubierto de armas, y ellos desarmados.

Viéndose en tanto estrecho los cristianos de temor y vergüenza constreñidos, las espadas aprietan en las manos, en ira envueltos y en furor metidos: cargan sobre los fieros araucanos por el ímpetu nuevo enflaquecidos; entran en ellos, hieren y derriban, y á muchos de cuidado y vida privan.

Siempre los españoles mejoraban, haciendo fiero estrago y tan sangriento en los osados indios, que pagaban el poco seso y mucho atrevimiento: casi defensa en ellos no hallaban: pierden la plaza y cobran escarmientos:

al fin de tal manera los trataron que á fuerza de los muros los lanzaron.

Apenas Cayeguan y Talcaguan salian, cuando con paso apresurado asomó el escuadron Caupolicano, teniendo el hecho ya por acabado; mas viendo el esperado efecto vano, y el puente del castillo levantado, pone cerco sobre él, con juramento de no dejarle piedra en el cimiento.

Sintiendo un español mozo que habia demasiado temor en nuestra gente, mas de temeridad que de osadía, cala sin miedo y sin ayuda el puente, y puesto en medio dél alto decia:

«Salga adelante, salga el mas valiente;

uno por uno á treinta desafio,
y á mil no negaré este cuerpo mío.»

No tan presto las fieras acudieron al bramar de la res desamparada, que de lejos sin órden conocieron del pueblo y moradores apartada, como los araucanos cuando oyeron del valiente español la voz osada, partiendo mas de ciento presurosos, del lance y cierta presa codiciosos:

No porque tantos vengan temor tiene el gallardo español, ni esto le espanta; antes al escuadron que espeso viene por mejor recibirle se adelanta: el curso enfrena, el impetu detiene de los fieros contrarios, que con tanta



furia se arroja entre ellos sin recelo, que rodaron algunos por el suelo.

De dos golpes á dos tendió por tierra, la espada revolviendo á todos lados: aquí espasce una junta, y allí cierra á donde ve los mas amontonados: igual andaba la desigual guerra, cuando los españoles bien armados, abriendo con presteza un gran postigo salen á la defensa del amigo.

Acuden los contrarios de otra parte, y en medio de aquel campo y ancho llano, al ejercicio del sangriento Marte viene el bando español y el araucano: la primera batalla se desparte, que era de ciento á un solo castellano,

vuelven el crudo yerro no teñido contra los que del fuerte habian salido.

Arrójense con furia, no dudando en las agudas armas por juntarse, y con las duras puntas van tentando las partes por do mas puedan dañarse: cual los ciclopes suelen martillando en las vulcanas yunque's fatigarse, así martillan, baten y cercenan, y las cavernas cóncavas atruenan.

Andaba la victoria así igualmente mas gran ventaja y diferencia habia en el número y copia de la gente, aunque el valor de España lo suplía: pero el soberbio bárbaro, impaciente, viendo que un nuestro á ciento resistia

con diabólica furia y movimiento
arranca á los cristianos del asiento.

Los españoles sin poder sufrillo
dejan el campo, y de tropel corriendo
se lanzan por las puertas del castillo,
al bárbaro la entrada resistiendo:
levan el puente, calan el rastrillo,
reparos y defensas previniendo:
suben tiros y fuegos á lo alto,
temiendo el enemigo y fiero asalto.

Pero viendo ser todo perdimiento,
y aprovecharles poco ó casi nada,
de voto y de comun consentimiento
su clara destruicion considerada,
acuerdan de dejar el fuerte asiento;
y así en la oscura noche deseada,
cuando se muestra el mundo mas quieto
la partida pusieron en efeto.

A punto estaban y á caballo, cuando
abren las puertas, derribando el puente,
y á los prestos caballos aguijando
al escuadron embisten de la frente;
rompen por él hiriendo y tropellando,
y sin hombre perder dichosamente
arriban á Puren, plaza segura,
cubiertos de la noche y sombra oscura.

Mientras esto en Arauco sucedia,
en el pueblo de Penco mas vecino,
que á la sazón en Chile florecia,
fertil de ricas minas de oro fino,
el capitan Valdivia residia;
dónde la nueva por el aire vino,
que afirmaba con término asignado
la alteracion y junta del estado.

El comun, siempre amigo de ruido,
la libertad y guerra deseando,
por su parte alterado y removido,
se va con este son desentonando:
al servicio no acude prometido,
sacudiendo la carga y levantando
la soberbia cerviz desvergonzada,
negando la obediencia á Carlos dada.

Valdivia, perezoso y negligente,
incrédulo, remiso y descuidado,
hizo en la Concepcion copia de gente,
mas que en ella en su dicha confiado:
el cual, si fuera un poco diligente,
hallaba en pie el castillo arruinado,
con soldados, con armas, municiones,
seis piezas de campaña y dos cañones.

Tenia con la Imperial concierto hecho
que alguna gente armada le enviase,
la cual á Tucapel fuese en derecho,
donde con él á tiempo se juntase:
resoluto en hacer allí de hecho
un ejemplar castigo, que sonase
en todos los confines de la tierra,
porque jamás moviesen otra guerra.

Pero dejó el camino provechoso,
y, descuidado dél, torció la vía,
metiéndose por otro, codicioso
que era donde una mina de oro habia:
y de ver el tributo y don hermoso
que de sus ricas venas ofrecia,
paró de la codicia embarazado,
cortando el hilo próspero del hado.

A partir (como dije) antes, llegada
al concierto en el tiempo prometido;
mas el metal goloso que sacaba
le tuvo á la sazón embebecido:
después salió de allí, y se apresuraba
cuando fuera mejor no haber salido.
Quiero dar fin al canto, porque pueda
decir de la codicia lo que queda.

CANTO III.

Valdivia con pocos españoles y algunos indios amigos camina á
la casa de Tucapel para hacer el castigo. Matanle los araucanos
á los corredores en el camino en un paso estrecho y danle des-
pués la batalla, en la cual fue muerto él y toda su gente por
el grande esfuerzo y valentía de Lautaro.

¡Oh incurable mal! ¡oh gran fatiga!
con tanta diligencia alimentada,
vicio comun y pegajosa liga,
voluntad sin razón, desenfrenada;
del provecho y bien público enemiga;
sedienta bestia, hidrópica hinchada,
principio y fin de todos nuestros males.
¡Oh insaciable codicia de mortales!

No en el pomposo estado á los señores
contentos en el alto asiento vemos,
ni á pobrecillos bajos labradores
libres de esta dolencia conocemos:
ni el deseo y ambicion de ser mayores
que tenga fin y límites sabemos:
el fausto, la riqueza y el estado,
hincha, pero no harta, al mas templado.

A Valdivia mirad, de pobre infante
si era poco el estado que tenia,
cincuenta mil vasallos que delante
le ofrecen doce marcos de oro al día:
esto y aun mucho mas no era bastante,
y así la hambre allí lo detenía;
codicia fue ocasion de tanta guerra,
y perdicion total de aquesta tierra.

Esta fue quien halló los apartados
indios de las antárticas regiones;
por esta eran sin órden trabajados
con dura imposicion y vejaciones:
pero rotas las cinchas de apretados,
buscaron modo y nuevas invenciones
de libertad, con áspera venganza,
levantando el trabajo la esperanza.

Cuán cierto es, como claro conocemos,
que al doliente en salud consejos damos,
y aprovecharnos dellos no sabemos;
pero de predicarlos nos preciamos.
Cuando en la sosegada paz nos vemos,
¡qué bien la dura guerra platicamos!
¡qué bien damos consejos y razones
lejos de los peligros y ocasiones!

¡Cómo de los que yerran abominan
los que están libres en seguro puerto!
¡qué bien de allí las cosas encaminan,
y dan en todo un medio y buen concierto!
¡con qué facilidad se determinan,
visto el suceso y daño descubierto!
Dios sabe aquel que la derecha vía,
metido en la ocasion, acertaría.

Valdivia iba siguiendo su jornada,
y el duro disponer del hado duro,
no con la furia y priesa acostumbrada,
présago y con temor de mal futuro:
sospechoso de bárbara emboscada,
por hacer el camino mas seguro,
echó algunos delante para prueba,
pero jamás volvieron con la nueva.

Viendo los nuestros ya que al plazo puesto
los tardos corredores no volvian,
unos juzgan el daño manifesto,
otros impedimentos les ponian:
hubo consejo y parecer sobre esto;
al cabo en caminar se resolvian,
ofreciéndose todos á una suerte,
á un mismo caso y á una misma muerte.

Aunque el temor allí tras esto vino,
en sus valientes brazos se atrevieron,
y á su próspera suerte y buen destino
el dudoso suceso cometieron:

no dos leguas andadas del camino,
las amigas cabezas conocieron,
de los sangrientos cuerpos apartadas,
y en empinados troncos levantadas.

No el horrendo espectáculo presente
causó en los firmes ánimos mudanza;
antes con ira y cólera impaciente
se encienden mas, sedientos de venganza:
y de rabia incitados nuevamente
maldicen y murmuran la tardanza:
solo Valdivia calla y teme el punto;
pero rompió el silencio y pena junto.

Diciendo: ¡oh compañeros! dó se encierra
todo esfuerzo, valor y entendimiento:
ya veis la desvergüenza de la tierra,
que en nuestro daño dá bandera al viento:
veis quebrada la fe, rota la guerra,
los pactos van del todo en rompimiento:
siento la áspera trompa en el oído,
y veo un fuego diabólico encendido.

Bien conoceis la fuerza del estado,
con tanto daño nuestro autorizada:
mirad lo que Fortuna os ha ayudado
guiando con su mano vuestra espada;
el trabajo y la sangre que ha costado,
que de ella está la tierra alimentada;
y pues tenemos tiempo y aparejo,
será bueno tomar nuevo consejo.

Quien estos son tendreis en la memoria;
pues hay tanta razon de conocellos,
que si de ellos no hubiésemos vitoria
y en campo no pudiésemos vencillos,
será tal su arrogancia y vanagloria,
que el mundo no podrá despues con ellos;
dudoso estoy, no sé, no sé qué haga
que á nuestro honor y causa satisfaga.

La poca edad y menos esperiencia
de los mozos livianos que allí habia,
descubrió con la usada inadverENCIA
á tal tiempo su necia valentía,
diciendo: ¡oh capitán! danos licencia,
que solos diez sin otra compañía
el bando asolaremos araucano,
y haremos el camino y paso llano.

Lo que jamás hicimos en estrecho,
no es bien por nuestro honor que lo hagamos,
pues cierto es, que cuanto habemos hecho,
volviendo atrás un paso, lo manchamos:
mostremos al peligro osado pecho,
que en él está la gloria que buscamos.
Valdivia, de la réplica sentido,
enmudeció de rabia y de corrido.

¡Oh Valdivia, varón acreditado!
¡cuánto la verde plática sentiste!
no solias tú temer como soldado,
mas de buen capitán ahora temiste:
vas á precisa muerte condenado,
que como diestro y sabio lo entendiste;
pero quieres perder antes la vida
que sea en tí una flaqueza conocida.

En esto acaso llega un indio amigo,
y á sus piés en voz alta arrodillado
le dice: ¡oh capitán! mira que digo
que no pases el término vedado:
veinte mil conjurados, yo testigo,
en Tucapel te esperan, protestado
de pasar sin temor la muerte honrosa
antes que vivir vida vergonzosa.

Alguna turbacion dió de repente
lo que el amigo bárbaro propuso:
discurre un miedo helado por la gente;
la triste muerte en medio se les puso:
pero el gobernador osadamente,
que tambien hasta allí estuvo confuso,
les dice: caballeros, ¿qué dudamos?

¿sin ver los enemigos nos turbamos?

Al caballo con ánimo hiriendo,
sin mas les persuadir, rompe la via;
de los miembros el miedo sacudiendo,
le sigue la esforzada compañía:
y en breve espacio el valle descubriendo
de Tucapel, bien lejos parecia
el muro, antes vistosos levantado,
por los anchos cimientos asolado.

Valdivia aquí paró, y dijo: ¡oh constante
española nacion de confianza!
por tierra está el castillo tan pujante,
que en él solo estribaba mi esperanza:
el pérdido enemigo veis delante;
ya os amenaza la contraria lanza:
en esto mas no tengo que avisaros,
pues solo el pelear puede salvaros.

Estaba como digo así hablando,
que aun no acababa bien estas razones,
cuando por todas partes rodeando
los iban con espesos escuadrones,
las astas de anchos hierros blandiendo,
gritando: ¡engañadores y ladrones!
la tierra dejareis hoy con la vida,
pagándonos la deuda tan debida.

Viendo Valdivia serle ya forzoso
que la fuerza y fortuna se probase,
mandó que al escuadron menos copioso
y mas vecino, á fin que no cerrase,
saliese Bobadilla, el cual furioso,
sin que Valdivia mas le amonestase,
con poca gente y con esfuerzo grande,
asalta el escuadron de Mareande.

La piquería del bárbaro calada,
á los pocos soldados atendida;
pero al tiempo del golpe levantada,
abriendo un gran portillo, se desvia:
dales sin resistir franca la entrada,
y en medio el escuadron los recogia;
las hileras abiertas se cerraron,
y dentro á los cristianos sepultaron.

Como el caiman hambriento, cuando siente
el escuadron de peces, que cortando
viene con gran bullicio la corriente,
el agua clara en torno alborotando,
que abriendo la gran boca, cautamente
recoge allí el pescado, y apretando
las cóncavas quijadas lo deshace,
y al insaciable vientre satisface:

Pues de aquella manera recogido
fue el pequeño escuadron del homicida,
y en un espacio breve consumido,
sin escapar cristiano con la vida;
ya el araucano ejército movido
por la ronca trompeta obedecida,
con gran estruendo y pasos ordenados
cerraba sin temor por todos lados.

La escuadra de Mareande encarnizada,
tendia el paso con mas atrevimiento;
viéndola así Valdivia adelantada,
no escarmentado, manda á su sargento,
que escogiendo la gente mas granada
dé sobre ella con recio movimiento;
pero diez españoles solamente
pusieron á la muerte osada frente.

Contra el escuadron bárbaro importuno,
ir se dejan sin miedo á rienda floja,
y en el encuentro de los diez, ninguno
dejó allí de sacar la lanza roja:
desocupó la silla solo uno,
que con la basca y última congoja
de la rabiosa muerte el pecho abierto,
sobre la llaga en tierra cayó muerto.

Y los nueve despues tambien cayeron,
haciendo tales hechos señalados,

que digna y justamente merecieron ser de la eterna fama levantados : hechos pedazos todos diez murieron quedando de su muerte antes vengados : en esto la española tropa oída dió la postrer señal de arremetida.

Salen los españoles de tal suerte los dientes y las lanzas apretando, que de cuatro escuadrones, al mas fuerte le van un largo trecho retirando : hieren, dañan, tropellan, dan la muerte, piernas, brazos, cabezas cercenando : los bárbaros por esto no se admiran, antes cobran el campo y lo retiran.

Sobre la vida y muerte se contiende, perdone Dios á aquel que allí cayere ; el de un bando y del otro así se ofende, que de ambas partes mucha gente muere : bien se estima la plaza y se defiende, volver un paso atrás ninguno quiere : cubre la roja sangre todo el prado, tornándole de verde colorado.

Del rigor de las armas homicidas los templados arneses reteñian, y las vivas entrañas escondidas con carniceros golpes descubrian : cabezas de los cuerpos divididas que aun el vital espíritu tenían, por el sangriento campo iban rodando, vueltos los ojos ya paladeando.

El enemigo hierro riguroso todo en color de sangre lo convierte ; siempre el acometer es mas furioso, pero ya el combatir es menos fuerte : que el último reposo de la muerte el mas medroso atienda con cuidado, á solo procurar morir vengado.

La rabia de la muerte y fin presente crió en los nuestros fuerza tan estraña, que con deshonra y daño de la gente pierden los araucanos la campaña : al fin dan las espaldas ; claramente se oíen voces : ¡ victoria ! ¡ España ! ¡ España ! mas el incontrastable y duro hado dió un estraño principio á lo ordenado.

Un hijo de un cacique conocido que á Valdivia de paje le servia, acariciado del y favorito en su servicio á la sazón venia : del amor de su patria conmovido, viendo que á mas andar se retraia, comienza á grandes voces á animarla, y con tales razones á incitarla :

¡ Oh ciega gente, del temor guiada, ¿ á dó volveis los temerosos pechos ? que la fama en mil años alcanzada, aquí parece y todos vuestros hechos la fuerza pierden hoy, jamás violada vuestras leyes, los fueros y derechos, de señores, de libres, de temidos, quedais siervos, sujetos y abatidos.

Manchais la clara estirpe y descendencia y engeris en el tronco generoso una incurable plaga, una dolencia un deshonro perpetuo, ignominioso : mirad de los contrarios la impotencia, la falta del aliento, y el fogoso latir de los caballos, las hijadas llenas de sangre y de sudor bañadas.

No os desnudeis del hábito y costumbre, que de nuestros abuelos mantenemos, ni el araucano nombre, de la cumbre á estado tan infame derribemos : huid el grave yugo y servidumbre ;

al duro hiego osado pecho demos ; por qué mostrais espaldas esforzadas, que son de los peligros reservadas ?

Fijad este que digo en la memoria, que el ciego y torpe miedo os va turbando ; dejad de vos al mundo eterna historia, vuestra sujeta patria libertando : volved, no rehuséis tan gran victoria, que os está el hado próspero llamando : á lo menos firmad el pié ligero, vereis como en defensa vuestra muero.

En esto una nervosa y gruesa lanza contra Valdivia, su señor, blandia dando de sí gran muestra y esperanza, por mas los persuadir arremetia : y entre el hierro español así se lanza como con gran calor en agua fría se arroja el ciervo en el caliente estío para templar el sol con algun frío.

De solo el primer bote uno atraviesa, otro apunta por medio del costado, y aunque la dura lanza era muy gruesa, salió el hierro sangriento al otro lado : salta, vuelve, revuelve con gran priesa, y barrenando el muslo á otro soldado, en él la fuerte pica fue rompida, quedando un grueso trozo en la herida.

Rota la asta dañosa, luego aferra del suelo una pesada y dura maza, mata, hiere, destroza y echa á tierra, haciendo en breve espacio larga plaza : en él se resumió toda la guerra, cesa el alcance y dan en él la caza ; mas él aquí y allí va tan liviano, que hieren por herirle el aire vano.

De quién prueba se oyó tan espantosa, ni en antigua escritura se ha leído, que estando de la parte vitoriosa, se pase á la contraria del vencido ? que solo valor, y no otra cosa, de un bárbaro muchacho, haya podido arrebatar por fuerza á los cristianos una tan gran victoria de las manos ?

No los dos Públicos Decios, que las vidas sacrificaron por la patria amada, ni Curcio, Horacio, Scevola y Leonidas dieron muestra de sí tan señalada : ni aquellos que en las guerras mas reñidas alcanzaron gran fama por la espada Furio, Marcelo, Fulvio, Cincinato, Marco Sergio, Filon, Sceva y Dentato.

Decidme : estos famosos, ¿ qué hicieron que al hecho deste bárbaro igual fuese ? ¿ qué empresa ó qué batalla acometieron que á lo menos en dudano estuyese ? ¿ á qué riesgo y peligro se pusieron que la sed del reinar no los moviese ; y de intereses grandes insistidos, que á los tímidos hacen atrevidos ?

Muchos emprenden hechos hazanosos, y se ofrecen con ánimo á la muerte, de fama y vanagloria codiciosos, que no saben sufrir un golpe fuerte : mostrándose constantes y animosos hasta que ven ya declinar su suerte, faltándoles valor y esfuerzo á una, roto el crédito fragil de fortuna.

Este el decreto y la fatal sentencia, en contra de su patria declarada, turbó y redujo á nueva diferencia, y al fin bastó á que fuese revocada, hizo á Fortuna y Hados resistencia, forzó su voluntad determinada, y contrastó el furor del vitorioso, sacando vencedor al temeroso.

Estaba el suelo de armas ocupado, y el desigual combate más revuelto, cuando Caupolicán reportado, á las amigas voces había vuelto: también habían sus gentes reparado, con vergonzoso ardor en ir envuelto, de ver que un solo mozo resistía á lo que tanta gente no podía.

Cual suele acontecer á los le honrosos ánimos, de repente inadvertidos, ó cuando en los lugares sospechosos, piensan otros que van desconocidos, que en pendencias y encuentros peligrosos huyen: pero si ven que conocidos fueron de quien los sigue, avergonzados, vuelven furiosos, del honor forzados.

Así los araucanos revolviendo contra los vencedores arremeten, y las rendidas armas esgrimiendo, á voces de morir todos prometen: treme y gime la tierra del horrendo furor con que ambas partes se acometen, derramando con rabia y fuerza brava aquella poca sangre que quedaba.

Diego Oro allí derriba á Paynaguala, que de una punta le atraviesa el pecho; pero Caupolicán le señala, dejándole gozar poco del hecho: al sesgo la ferrada maza caía, aunque el furioso golpe fue al derecho, pues quedó por de dentro la celada de los bullentes sesos rociada.

Tras este otro tendió desfigurado, tanto que nunca más fue conocido, que la armada cabeza y todo el lado donde el golpe alcanzó quedó molido: Valdivia con Ongolmo se ha topado, y hánse el uno al otro acometido, hiere Valdivia á Ongolmo en una mano, haciendo el araucano el golpe en vano.

Pasa recio Valdivia, y va furioso, que con Ongolmo más no se detiene, y adonde Leucotoi, mozo animoso, estaba en una gran pendencia viene: que contra Juan de Lamas y Reinoso solo su parte y opinión mantiene, el cual con su destreza y mucho seso la guerra sustentaba en igual peso.

Partióse esta batalla, porque cuando Valdivia llegó adonde combatía, parte acudió del araucano bando, que en su ayuda y defensa se metía: fuese el daño y destrozo renovando de un cabo y de otro gente concurria: sube el alto rumor á las estrellas, sacando de los hierros mil centellas.

Gran rato anduvo en término dudoso la confusa vitoria de esta guerra, lleno el aire de estruendo sonoro, roja de sangre y húmida la tierra: quién busca y solo quiere un fin honroso, quién á los brazos con el otro cierra, y por darle mas presto cruda muerte cuenta con el puñal lo menos fuerte.

A Juan de Gudiel no le fue sano el tenerse en la lucha por maestro, porque sin tiempo y con esfuerzo vano cerró con Guaticol, no menos diestro: y en aquella sazón Puren, su hermano, que estaba cerca del, en el siniestro lado le abrió con daga una herida: por dó la muerte entró y salió la vida.

Andrés de Villarcel, ya enflaquecido por la falta de sangre derramada andaba entre los bárbaros metido

procurando la muerte mas honrada.

También Juan de las Peñas, mal herido ya, rompiendo por la espesa gente armada, se puso junto dél; y así la suerte los hizo á un tiempo iguales en la muerte.

Era la diferencia incomparable del número infiel al bautizado: es el un escuadrón innumerable, el otro hasta sesenta numerado: ya incierta la Fortuna variable, que dudosa hasta entonces había estado, aprobó la maldad, y dió por justa la causa y opinion hasta allí injusta.

Dos mil amigos bárbaros soldados, que el bando de Valdivia sustentaban en el flechar del arco ejercitados, el sangriento destrozo acrecentaban, derramando mas sangre, y esforzados en la muerte también acompañaban á la española gente; no vencida en cuanto sustentar pudo la vida.

Cuando de aqueste y cuando de aquel canto mostraba el buen Valdivia esfuerzo y arte, haciendo por la espada todo cuanto pudiera hacer el poderoso Marte, no hasta á reparar el solo tanto, que falta de los suyos las mas partes veía: los otros, aunque ven su fin tan cierto, ningún medio pretenden ni concierto.

De dos en dos, de tres en tres cayendo iba la desgranda y poca gente, no siempre el impetu bárbaro creciendo, con el ya declarado fin presente: fuese el número flaco resumiendo en catorce soldados solamente, que constantes rendir no se quisieron hasta que al crudo hierro se rindieron.

Solo quedó Valdivia acompañado de un clérigo, que acaso allí venia, y viendo así su campo destrozado el mal remedio y poca compañía dijo: Pues pelear es escusado, procuremos vivir por otra vía; pica en esto al caballo á toda prisa, tras él corriendo el clérigo de misa.

Cual suelen escapar de los monteros dos grandes javalís fieros, cerdosos, seguidos de solícitos rastros, de la campestre sangre codiciosos, y salen en su alcance los ligereros lebreles irlandeses generosos, con no menor codicia y pies livianos arrancan tras los miseros cristianos.

Tal tempestad de tiros, Señor, lanzan, cual el turbion que granizando viene, en fin, á poco trecho los alcanzan, que un paso cenagoso los detiene: los bárbaros sobre ellos se abalanzan, por valiente el postrero no se tiene: murió el clérigo luego, y maltratados trujeron á Valdivia ante el senado.

Caupolicán, gozoso en verle vivo, y en el estado y término presentado con voz de vencedor y gesto alto le amenaza y pregunta juntamente, Valdivia, como misero cautivo, responde y pide humilde y obediente que no le dé la muerte, y que le jura dejar libre la tierra en paz segura.

Cuentan que estuvo de tomar movido del contrito Valdivia aquel consejo, mas un pariente suyo empedernido á quien él respetaba por ser viejo, le dice: por dar crédito á un rendido quieres perder tal tiempo y aparejo.

y apuntando á Valdivia en el cerebro
descarga un gran baston de duro enebro.

Como el furioso toro, que apremiado
con fuerte amarra al palo, está bramando,
de la tímida gente rodeado,
que con admiracion le está mirando;
y el diestro carnicero ejercitado,
el grave y duro mazo levantando,
recio al cogote cóncavo descendiendo,
y muerto estremeciéndose le tiende:

Así el determinado viejo cano,
que á Valdivia escuchaba con mal ceño,
ayudándose de una y otra mano,
en alto levantó el ferrado leño:
no hizo el crudo golpe en vano,
que á Valdivia entregó al eterno sueño,
y en el suelo con súbita caída,
estremeciendo el cuerpo, dió la vida.

Llamábase este bárbaro Leocato,
y el gran Caupolican dello enojado,
quiso enmendar el libre desacato,
pero fue del ejército rogado:
salió el viejo de aquello al fin barato,
y el destrozo del todo fue acabado,
que no escapó cristiano de esta prueba
para poder llevar la triste nueva.

Dos bárbaros quedaron con la vida
solos de los tres mil; que como vieron
la gente nuestra rota y de vencida,
en un jaral espeso se escondieron:
de allí vieron el fin de la refina
guerra, y puestos en salvo lo dijeron;
que como las estrellas se mostraron,
sin ser de nadie vistos se escaparon.

La oscura noche en esto se subía
á mas andar á la mitad del cielo,
y con las alas lóbregas cubría
el orbe y redondez del ancho suelo:
cuando la vencedora compañía,
arimadas las armas sin recelo,
danzas en anchos cercos ordenaban,
donde la gran vitoria celebraban.

Fue la nueva en un punto discurriendo
por todo el araucano regimiento,
y antes que el sol se fuese descubriendo
el campo se cubrió de bastimento:
gran multitud de gente concurriendo,
se forma un general ayuntamiento
de mozos, viejos, niños y mujeres,
participes en todos los placeres.

Cuando la luz las aves anunciaban,
y alegres sus cantares repetían,
un sitio de altos árboles cercaban,
que una espaciosa plaza contenían:
y en ellos las cabezas empalaban
que de españoles cuerpos dividían:
los troncos, de sus ramas despojados,
eran de los despojos adornados;

Y dentro de aquel círculo y asiento,
cercado de una amena y gran floresta,
en memoria y honor del vencimiento,
celebran de beber la alegre fiesta:
el vino así aumentó el atrevimiento
que España en gran peligro estaba puesta;
pues que promete el mínimo soldado
de no dejar cimientto levantado.

Era allí la opinion generalmente
que sin tardar, doblando las jornadas,
partiese un grueso número de gente
á dar en las ciudades descuidadas:
que tomadas de salto y de repente,
serian con solo el miedo arruinadas;
y la patria en su honor restituida
no dejando cristiano con la vida.

Y dado orden bastante, y esto hecho,

para acabar de ejecutar su saña,
con gran poder y ejército de hecho
querian pasar la vuelta de la España:
pensándola poner en tanto estrecho,
por fuerza de armas, puestos en campaña,
que fuesen cultivadas las iberas
tierras de las naciones extranjeras.

El hijo de Leocano bien entiende
el vano intento, y quiere desviarle,
que como diestro y sabio, otro pretende,
y por mejor camino enderezarle:
el tiempo espera y la sazon atiende
que estén mejor dispuestos á tratarlo:
la fiesta era acabada y borrachera,
cuando á todos los habla en tal manera:

Menos que vos, señores, no pretendo
la dulce libertad tan estimada,
ni que sea nuestra patria, yo desfiendo,
en el sublime trono restaurada:
mas hase de atender á que, pudiendo
ganar, no se aventure á perder nada;
y así, con este celo y fin, procuro
no poner en peligro lo seguro.

Tomad con discrecion los pareceres
que van á la razon mas arimados,
pues cobrar vuestros hijos y mujeres
está en ir los principios acertados:
vuestra fama, el honor, tierra y haberes,
á punto están de ser recuperados;
que el Tiempo, que es el padre del consejo,
en las manos nos pone el aparejo.

A Valdivia y los suyos habeis muerto,
y una importante plaza destruido:
venir á la venganza será cierto
luego que en las ciudades sea sabido:
demo al enemigo el paso abierto:
esto asegura mas nuestro partido:
vengan, vengan con furia á rienda suelta,
que difícil será despues la vuelta.

La vitoria tenemos en las manos,
y pasos en la tierra mil seguros,
de ciénagas, lagunas y pantanos,
espesos montes ásperos y duros:
mejor pelean aquí los araucanos:
españoles mejor dentro en sus muros:
cualquier hombre, en su casa acometido,
es mas sabio, mas fuerte y atrevido.

Esto os vengo á decir, porque se entienda
cuanto con mas seguro acertaremos,
para poder tomar la justa enmienda,
que en sitios escogidos esperemos,
donde no habrá en el mundo quien desfienda
la razon y derecho que tenemos:
cuando temor tuviesen de buscarnos,
á sus casas iremos á alojarnos.

Con atencion de todos escuchada
fue la oracion que el general hacia,
siendo de los mas de ellos aprobada,
por ver que á su remedio convenia;
La gente ya del todo sosegada,
Caupolican al jóven se volvía
por quien fue la vitoria, ya perdida,
con milagrosa prueba conseguida.

Por darle mas favor, lo tenia asido
con la siniestra de la diestra mano,
diciéndole: ¡oh varon, que has estendido
el claro nombre y límite araucano!
por tí ha sido el estado redimido,
tú le sacaste del poder tirano:
á tí solo se debe esta vitoria,
digna de premio y de inmortal memoria.

Y, señores, pues es tan manifesto
(esto dijo volviéndose al senado)
el punto en que Lautaro nos ha puesto,
(que así el valiente mozo era llamado):

yo por remuneralle en algo desto,
con vuestra autoridad que me habeis dado,
por paga, aunque á tal deuda insuficiente,
le hago capitan y mi teniente.

Con la gente de guerra que escogiere,
pues que ya de sus obras sois testigos,
en el sitio que mas le pareciere
se ponga á recibir los enemigos;
adonde hasta que vengan los espere;
porque yo con la resta y mis amigos
ocuparé la entrada de Elicura,
aguardando la misma coyuntura.

Del grato mozo el cargo fue acetado,
con el favor que el general le daba:
aprobólo el comun aficionado;
si á alguno le pesó no lo mostraba:
y por el orden y uso acostumbrado
el gran Caupolicán le tresquilaba,
dejándole el copete en trenza largo,
insignia verdadera de aquel cargo.

Fue Lautaro industrioso, sabio, presto,
de gran consejo, término y cordura,
manso de condicion y hermoso gesto,
ni grande ni pequeño de estatura:
el ánimo en las cosas grandes puesto,
de fuerte trabazon y compostura,
duros los miembros, recios y nervosos,
anchas espaldas, pechos espaciosos.

Por él las fiestas fueron alargadas,
ejercitando siempre nuevos juegos
de saltos, luchas, pruebas nunca usadas,
danzas de noche en torno de los fuegos.
Había precios y joyas señaladas,
que nunca los troyanos ni los griegos,
cuando los juegos mas continuaron,
tan ricas y estimadas las sacaron.

Llegó á Caupolicán estando en esto
un bárbaro turbado sin aliento,
perdida la color, mudado el gesto,
cubierto de sudor y polvoriento,
diciéndole: señor, socorre presto,
tu campo es roto y cierto el perdimiento;
que la gente que estaba en la emboscada
es muerta la mas della y destrozada.

Por tierra de Elicura son bajados
catorce valentísimos guerreros,
de corazas finísimas armados,
sobre caballos prestos y ligeros:
por estos solos son desbaratados
dos escuadrones tuyos de piqueros;
y visto el gran estrago, al improviso
partí corriendo á darte de ello aviso.

Caupolicán con muestra no alterada,
hizo que del temor se asegurase,
diciendo que tan poca gente armada
al cabo era imposible que escapase;
y con la diligencia acostumbrada
mandó al nuevo teniente que guiase
con la mas presta gente por la vía,
que luego con el resto le seguía.

Lautaro, en lo acelar no perezoso,
escogiendo una escuadra suficiente,
marcha con tanta prisa, codicioso
de ganar opinion entre la gente...
Mas de Marte el estruendo sonoro
me llama, que me tardo injustamente:
de los catorce es tiempo que se trate,
y del sangriento y áspero combate.

Estiéndase su fama y sea notoria,
pues que tanto su espada resplandece,
y de ellos se eternice la memoria
si valor en las armas lo merece:
testimonio dará dello la historia;
pero acabar el canto me parece;
que á decir tan gran cosa no me atrevo,

sino es con nuevo aliento y canto nuevo.

CANTO IV.

Vienen catorce españoles por concierto á juntarse con Valdivia
en la fuerza de Tucapel: hallan los indios en una emboscada
con los cuales tuvieron un porlado reencuentro: llega Lautaro
con gente de refresco: mueren siete españoles y todos
los amigos que llevan; escápanse los otros por una gran ventura.

¡Cuán buena es la justicia y qué importante!
por ella son mil males atajados,
que si el rebelde araucó está pujante
con todos sus vecinos alterados,
y pasa su furor tan adelante,
fue por no ser á tiempo castigados:
la llaga que al principio no se cura
requiere al fin mas áspera la cura.

Que no es virtud, mas vicio y negligencia,
cuando de un daño otro mayor se espera,
el no curar con hierro la dolencia,
si del mal lo requiere la manera:
mas no con tal rigor que la clemencia
pierda su fuerza y la virtud entera;
clemente es y piadoso el que sin miedo
por escapar el brazo corta el dedo.

No quiero yo decir que á cada paso
traiga el hierro en la mano la justicia,
sino segun la gravedad del caso,
y la importancia y fin de la malicia:
pues vemos claro en el presente paso,
que al cabo corrompida de avaricia,
dió á la maldad lugar que se arraigase,
y en los ánimos mas se apoderase.

Mas no se ha de entender, como el liviano,
que se entrega al primero movimiento,
que por ser justiciero es inhumano,
y por alcanzar crédito es sangriento;
y como aquel que con injusta mano,
sin término, sin causa y fundamento,
por solo liviandad y vanagloria,
quiere dejar de su maldad memoria.

No faltará materia y coyuntura
para mostrar la pluma aquí curiosa;
mas no quiero meterme en tal hondura,
que es cosa no importante y peligrosa:
el tiempo lo dirá, y no mi escritura;
que quizá la tendrán por sospechosa:
solo diré que es opinion de sabios,
que donde falta el rey sobran agravios.

Pero á nuestro propósito tornando,
dejaré de tratar de sinrazones,
que es trabajar en vano, derramando
al viento en el desierto las razones:
de los nuestros diré, que peleando
estaban con los fieros escuadrones,
ganando fama y prez, honor y gloria,
haciendo cosas dignas de memoria.

Fue hecho tan notable que requiere
muchas atencion, y autorizada pluma:
y así digo que aquel que lo leyere,
en que fue de los grandes se resuma.
diré cuanto en mi estilo yo pudiere,
aunque todo será una breve suma;
y los nombres tambien de los soldados,
que con razon merecen ser loados.

Almagro, Cortés, Córdova, Nereda,
Moran, Gonzalo Hernandez, Maldonado,
Peñalosa, Vergara, Castañeda,
Diego García Herrero el arriscado,
Pero-Niño, Escalona, y otro queda
con el cual es el número acabado:
don Leonardo Manrique es el postrero,
igual en el valor siempre al primero.

Estos catorce son los que venian

á verse con Valdivia en el concierto,
que del pueblo Imperial partido habían
sin saber que Valdivia fuese muerto:
por la alta cuesta de Puren subían,
y en el mas alto asiento y descubierto
los caminos de rama ven sembrados,
señal de paga y junta de soldados.
Conocen que la tierra está alterada,
y que de gentes hacen llamamiento;
no torcieron por esto la jornada,
ni les mudó el temor el firme intento:
la fresca y nueva Aurora colorada
daba con su venida gran contento,
y las sombras del sol se retraían,
cuando el licúreo valle descubrían.

Aquí estaban los indios emboscados,
esperando á los nuestros si viniesen,
por cogerlos sin orden descuidados,
antes que de peligro se advirtiesen:
de un bosque á mano hecho rodeados,
para que mas cubiertos estuviesen,
hasta que, inadvertidos del engaño,
pudiesen á su salvo hacer el daño.

Los catorce españoles abajaban
por un repecho, al valle enderezando,
donde ocultos los bárbaros estaban
cubiertos de los ramos aguardando:
los nuestros con el bosque aún no igualaban,
cuando los indios, súbitos sonando
bárbaras trompas, roneos tamborinos,
los pasos ocuparon y caminos.

En cazador no entró tanta alegría,
cuando mas sin pensar la liebre echada
de súbito por medio de la vía
salta de entre los piés alborotada;
cuanto causó la muestra y vocería
del vecino escuadrón de la emboscada;
á nuestros españoles, que al instante
arrojan los caballos adelante.

En un punto los bárbaros formaron
de puntas de diamante una muralla;
pero los españoles no pararon
hasta de parte á parte atravesalla:
hombres, picas y mazas tropellaron,
revuelven, por dar fin á la batalla,
con mas valor y esfuerzo que esperanza,
vista de los contrarios la pujanza.

De tres dos escuadrones desviados
el paso les cercaron y la huida
viéndose así de bárbaros cercados,
piensan abrir por ellos la salida:
otra vez arremeten apiñados,
y aunque una escuadra dellos fue rompida
volvieron á su puesto recogidos,
quedando desta vuelta mal heridos.

Dos veces embistieron desta suerte,
las cerradas escuadras tropellando;
mas viéndose cercanos á la muerte,
prosiguen su derrota, enderezando
al desolado sitio y casa fuerte,
á diestro y á siniestro derribando,
que las indios entre ellos van mezclados,
hiriéndolos tambien por todos lados.

Estréchase el camino de Elicura
por la pequeña falda de una sierra:
la causa y la razón de esta angostura
es un lago que abaja el valle cierra:
para los nuestros esto fue ventura,
pues siguen su jornada haciendo guerra,
que solo un español que atrás venía
la bárbara arrogancia resistía.

Ellos que iban así por una espesa
mata, al calar de un áspero collado
ven un indio salir á toda priesa,
el vestido y el rostro demudado,



el cual en el camino se atraviesa,
y del seno sacó un papel cerrado
que Juan Gomez de Almagro el propio día
dando aviso á Valdivia escrito había:

El mismo mensajero ven lloroso,
que dellos adelante había partido:
de Valdivia el suceso lastimoso
les dijo, y lo demás acontecido:
y que el castillo el bárbaro furioso
le había por los cimientos destruido.
Viendo el remedio y presupuesto vano,
tomaron á la diestra un sitio llano.

Era el sitio de lomas rodeado,
aunque por esta senda y paso abierto,
del Este, Norte, Oeste está abrigado
y el Sur le hiere casi en descubierta:
por dó seguido va el camino usado,
de los ligeros bárbaros cubierto
en espaciosa hila prolongada,
sedientos de la sangre bautizada.

Tras los nuestros los bárbaros saliendo,
en el llano asimismo repararon,
y la gente esparcida recogiendo,
dos gruesos escuadrones reformaron:
los catorce españoles, conociendo
que era mejor romper, se aparejaron;
mueven los escuadrones concertados
por el fuerte Lincoya gobernados.

Con flautas, cuernos, roneos instrumentos,
alto estruendo, alaridos desdeñosos,

salen los fieros bárbaros sangrientos
contra los españoles valerosos,
que convertir esperan en lamentos
los arrogantes gritos orgullosos:
tanto el esfuerzo y ánimo les crece,
que poca gente en contra les parece.

Aunque allí un español desfigurado,
que yo no digo aquí cual dellos era,
dijo, viendo tan poca gente al lado:
¡oh si nuestro escuadron de ciento fuera!
pero Gonzalo Hernandez animado,
vuelto al cielo, responde: á Dios pluguiera
fuéramos solos doce, y dos faltaran,
que doce de la fama nos llamáran.

Los caballos en esto aperciendo,
firmes y recogidos en las sillas,
sueltan las riendas, y los piés batiendo,
parten contra las bárbaras cuadrillas:
las poderosas lanzas requiriendo,
afiladas en sangre las cuchillas,
llamando en alta voz á Dios del cielo,
hacen gemir y retremblar el suelo.

Calan de fuerte fresno como vigas
los bárbaros las picas al momento,
de la suerte que suelen las espigas
derribarse al furor del recio viento:
no bastaron las armas enemigas
al ímpetu español y movimiento,

que los nuestros rompieron por un lado,
dejando el escuadron aportillado.

A un tiempo los caballos volteando,
lejos las rotas lanzas arrojadas,
vuelven al enemigo y fiero bando,
en alto ya desnudas las espadas:
otra vez arremeten, no bastando
infinidad de puntas enastadas,
puestas en contra de la airada gente,
á que no se mezclasen igualmente.

Los unos, que no saben ser vencidos,
los otros á vencer acostumbrados,
son causa que se aumenten los heridos,
y que bajen los brazos mas pesados:
de llamas los arneses encendidos,
con gran fuerza y presteza golpeados,
formaban un rumor, que el alto cielo
del todo parecia venir al suelo.

El buen Gonzalo Hernandez, presumiendo
imitar al de Córdoba famoso,
iba por el ejército rompiendo,
no menos diestro y fuerte que animoso.
Peñalosa y Vergara conociendo
que vencer ó morir era forzoso,
hacen de sus personas arriscadas
de esfuerzo y fuerza pruebas señaladas.

El valiente soldado de Escalona,
la rigurosa espada ejercitando,



CM

RICO

aventura y señala su persona
mil bárbaros valientes señalando:
don Leonardo Manrique no perdona
los golpes que recibe, antes doblando
los suyos con gran priesa y mayor ira,

los castiga, maltrata y los retira.

Otro, pues, que de Córdoba se llama,
mozo de grande esfuerzo y valentia,
tanta sangre araucana allí derrama,
que hizo mas de cien viudas aquel día:

les ponen los hijuelos por delante;
pero cosa á moverlos no es bastante.

Ya de lo necesario aparejados
en demanda del bárbaro salían,
de arneses lucidísimos armados,
que vistosos de lejos parecían:
las mujeres por torres y tejados
con fijos ojos tiernos los seguían;
y echándoles de allí mil bendiciones,
vuelven á Dios el ruego y peticiones.

Del tropel se despiden ciudadano,
que del pueblo saliera á acompañarlos,
y en busca del ejército araucano
pican á toda presa los caballos:
dejan á la siniestra á Mareguano,
y á la diestra de Talca los vasallos,
hijo de Talcaguano, que su tierra
la ciñe casi en torno el mar y sierra.

De los seguros límites pasando,
pisan de Andalican la enjuta arena,
y el espacio llano atravesando,
suben las lomas, y el rumor no suena;
y al pié del cerro andálico llegando,
sin entender lo que Lautaro ordena,
solo el miedo de entrar por el estado
les mitigó el furor demasiado.

Un paso peligroso, agrio y estrecho,
de la banda del Norte está á la entrada
por un monte asperísimo y derecho,
la cumbre hasta los cielos levantada:
está tras este un llano á poco trecho,
y luego otra menor cuesta tajada,
que divide el distrito andalicano
del fértil valle y límite araucano.

Esta cuesta Lautaro habia elegido
para dar la batalla, y por concierto
tenia todo su ejército tendido
en lo mas alto della y descubierto:
viendo que á pié en lo llano es mal partido
seguir á los caballos campo abierto,
el alto y primer cerro deja esento,
pensando allí alcanzarlos por aliento.

Porque se tome bien del sitio el tino
quiero aquí figurarle por entero:
la subida no es mala del camino,
mas todo lo demás despeñado:
tiene al Poniente al bravo mar vecino,
que bate al pié de un gran derrumbadero,
y en la cumbre y mas alto de la cuesta
se allana cuanto un tiro de ballesta.

Estaba el alto cerro coronado
del poderoso ejército enemigo,
y el camino al entrar desocupado,
sin defensa ni estorbo, como digo:
pasado el primer monte, habia llegado
al pié deste segundo el bando amigo;
pero aquí Villagran confuso estuvo,
que el peligroso trance le detuvo.

Como el romano César, receloso
el pié en el Rubicon fijó á la entrada,
pensando allí de nuevo el peligroso
hecho que acometia y gran jornada;
al fin soltó las riendas animoso,
diciendo: ¡Sus! la suerte ya es echada...
así nuestro español rompió el camino,
dando libre la rienda á su destino.

Apenas el primer paso habia dado,
cuando luego tras él osadamente
por el fragoso monte levantado
alegre comenzó á subir la gente:
Lautaro sin moverse, arrinconado,
franca les da la entrada llanamente;
diez mil hombres gobierna, gente usada
en el duro ejercicio de la espada.

Tenia su campo en torno de la cuesta,

y mandado que nadie se moviese
un paso á comenzar la dura fiesta
hasta que el son de arremeter se oyese,
con una irremisible pena puesta
para aquel que del término saliese,
que estaban así quedos y callados
cual si fueran en mármoles mudados.

Pues la española gente, deseando
ejercitar la vencedora diestra,
se va á los enemigos acercando
por la banda del bárbaro siniestra:
Lautaro al puesto término llegando;
presenta la batalla en bella muestra,
con gran rumor de bárbaras trompetas;
atambores, bocinas y cornetas.

Paréceme, Señor, que será justo
dar fin al largo canto en este paso,
porque el deseo del otro mueva el gusto;
y porque de cantar me siento laso.
Suplicoos que el tardar no os dé disgusto,
pareciéndoos que voy tan paso á paso,
que aun de gentes agravio una gran suma,
atento á no llevar prolija pluma.

CANTO V.

Contiéndose la muy reñida batalla que entre los españoles y los araucanos hubo en la cuesta de Andalican, donde por la astucia de Lautaro y el demasiado trabajo de los españoles, fueron los nuestros desbaratados, y muertos mas de la mitad de ellos, juntamente con la de tres mil indios amigos.

SIEMPRE el benigno Dios, por su clemencia,
nos dilata el castigo merecido,
hasta ver sin enmienda la insolencia,
y el corazon rebelde endurecido:
y es tanta la dañosa inadvertencia,
que aunque vemos el término cumplido
y ejemplo del castigo en el vecino,
no queremos dejar el mal camino.

Dígolo, porque viene muy contenta
nuestra gente española á las espadas,
que en el fin de Valdivia no escarmienta,
ni mira haber seguido sus pisadas:
presto la vereis dar estrecha cuenta
de las culpas presentes y pasadas;
que el verdugo Lautaro, ardiendo en saña
se muestra con su gente en la campaña.

Villagran con la suya á punto puesto,
en el estrecho llano se detiene;
plantando seis cañones en buen puesto,
ordena aquí y allí lo que conviene:
estuvo sin moverse un rato en esto
por ver el orden que Lautaro tiene,
que ocupaba su gente tanto trecho
que mitigó el ardor de mas de un pecho.

De muchos fue esta guerra deseada;
pero sabe ora Dios sus intenciones,
viendo toda la cuesta rodeada
de gente en concertados escuadrones:
la sangre, del temor ya resfriada,
con presteza acudió á los corazones;
los miembros, del calor desarmados,
fueron luego de esfuerzo reformados.

Con nuevo encendimiento están bramando,
porque la trompa de partir no suena;
tanto el trance y batalla deseando
que cualquiera tardanza les da pena.
De la otra parte el araucano bando,
sujeto á lo que su caudillo ordena,
rabiaba por cerrar; mas la obediencia
le pone duro freno y resistencia.

Como el feroz caballo, que impaciente,
cuando el competidor ve ya cercano,
bufa, relincha, y con soberbia frente
hiere la tierra de una y otra mano;

Del antiguo valor y fortaleza
sin aflojar los nuestros siempre usaron;
no se vió en español jamás flaqueza
hasta que el campo y sitio les ganaron:
mas viéndose á tal hora en estrechez,
que pasaba de cinco que empezaron,
comienzan á dudar ya la batalla
perdiendo la esperanza de ganalla.

Dudan por ver al bárbaro tan fuerte,
cuando ellos en la fuerza iban menguando;
representóles el temor la muerte,
las heridas y sangre resfriando:
algunos desaniman de tal suerte
que se van al camino retirando,
no del todo, Señor, desbaratados,
mas haciéndoles rostro y ordenados.

Pero el buen Villagran, haciendo fuerza,
se arroja y contrapone al paso airado,
y con sabias razones los esfuerza,
como de capitán escarmentado,
diciendo: caballeros, nadie tuerza
de aquello que á su honor es obligado;
no os entreguéis al miedo, que es, yo os digo,
de todo nuestro bien grande enemigo.

Sacudidle de vos, y vereis luego
la deshonra y afrenta manifiesta:
mirad que el miedo infame, torpe y ciego
mas que el hierro enemigo aquí os molesta:
no os turbeis, reportaos, tened sosiego,
que en este solo punto teneis puesta
vuestra fama, el honor, vida y hacienda,
y es cosa que despues no tiene enmienda.

¿A dó volveis sin órden y sin tiento,
que los pasos tenemos impedidos?
¿Con cuánto deshonor y abatimiento
seremos de los nuestros acogidos?
La vida y honra está en el vencimiento,
la muerte y deshonor en ser vencidos:
mirad esto, y vereis huyendo cierta
vuestra deshonra y mas la vida incierta.

De la plaza no ganan cuanto un dedo
por esto y otras cosas que decia,
según era el terror y extraño miedo
en que el peligro puesto los habia.
¿Dónde quedar mejor que aquí yo puedo?
diciendo Villagran, con osadía
temeraria arremete á tanta gente,
solo para morir honradamente.

La vida ofrece de acabar contenta,
por no estar al rigor de ser juzgado;
teme mas que á la muerte alguna afrenta
y el verse con el dedo señalado:
no quiere andar á todos dando cuenta
si á volver las espaldas fue forzado;
que por dolencia ó mancha se reputa
tener hombre el honor puesto en disputa.

Cuán bien desto salió, que del caballo
al suelo le trujeron aturdido;
cuál procura prendello, cuál matallo,
pero las buenas armas le han valido;
otros dicen á voces: desarmallo;
acude allí la gente y el ruido.....
Mas quien saber el fin desto quisiere,
al otro canto pido que me espere.

CANTO VI.

Prosigue la comenzada batalla, con las estrañas y diversas
muertes que los araucanos ejecutaron en los vencidos, y la
poca piedad que con los niños y mujeres usaron, pasándolos
todos á cuchillo.

AL valeroso espíritu, ni suerte,
ni revolver de hado riguroso
le pueden presentar caso tan fuerte
que le traigan á estado vergonzoso;
como ahora á Villagran, que con su muerte,

no siendo de otro modo poderoso,
piensa atajar el áspero camino
adonde le tiraba su destino.

Sus soldados, el paso apresurando,
en confuso monton se retrujeron,
cuando en el nuevo y gran rumor mirando
á su buen capitán en tierra vieron:
solos trece, la vida despreciando,
los rostros y las riendas revolviendo,
rasgando á los caballos los hijares
se arrojan á embestir tantos millares.

Con mas valor que yo sabré decillo
el pequeño escuadron ligero cierra,
abriendo en los contrarios un portillo,
que casi puso en condicion la guerra:
rompen hasta dó el misero caudillo
de golpes aturdido estaba en tierra;
sin ayuda y favor desamparado,
de la enemiga turba rodeado.

Todos á un tiempo quieren ser primeros
en esta empresa y suerte señalada,
y estaban como lobos carnívoros
sobre la mansa oveja desmandada:
cuando discordes con ahullidos fieros
forman música en voz desentonada;
y en esto los mastines del ejido
llegan con gran presteza á aquel ruido.

Así los enemigos apiñados,
en medio al triste Villagran tenian,
que por darle la muerte, embarazados,
los unos á los otros se impedian:
mas los trece españoles esforzados
rompiendo á la sazón sobrevenian,
de roja y fresca sangre ya cubiertos
de aquellos que dejaban atras muertos.

Con gran presteza del amor movidos,
á donde á Villagran ven se arrojaban,
y los agudos hierros atrevidos
de nuevo en sangre nueva remojaban:
desamparan el cerco los heridos,
acá y allá medrosos se apartaban:
algunos sustentaban con mas suerte
su parte y opinion hasta la muerte.

Si un espeso montón se deshacia,
desocupando el campo escarmentados,
otra junta mayor luego nacia,
y estaban sus lugares ocupados:
del sueño Villagran aun no volvía;
mas tal maña se dieron sus soldados,
y así las prestas armas revolviéron,
que en su acuerdo á caballo lo pusieron,

A tardarse mas tiempo fuera muerto,
y á bien librar salió tan mal parado
que, aunque estaba de planchas bien cubierto,
tenia el cuerpo molido y magullado:
pero del sueño súbito despierto,
viendo trece españoles á su lado,
olvidando el peligro en que aun estaba,
entre los duros hierros se lanzaba.

Por medio del ejército enemigo
sin escarmiento ni temor hendia,
llevando en su defensa al bando amigo
que destrozando bárbaros venia:
trillan, derriban, hacen tal castigo
que duran las reliquias hoy en dia,
y durará en Arauco muchos años
el estrago y memoria de los daños.

Bernal hiere á Mailongo de pasada
de un valiente altibajo á fil derecho;
no le valió de acero la celada,
que los filos corrieron hasta el pecho:
Aguilera al través tendió la espada,
y al dispuesto Guaman dejó mal trecho;
haciendo ya el temor tan ancha senda
que bien pueden correr á toda rienda.

Salen, pues, los catorce vitoriosos donde los otros de su bando estaban, que turbados, sin orden, temerosos de ver su muerte ya remolinaban, no bastaron ni fueron poderosos Villagran y los otros que llegaban á estorbar el camino comenzado, que ya el temor gran fuerza habia cobrado.

Viendo bravo y gallardo al araucano, del todo de vencer desconfiados, y los caballos sin aliento, en vano de importunas espuelas fatigados; á grandes voces dicen: ¡A lo llano! no estemos desta suerte arrinconados: y con nuevo temor y desatino toman algunos de ellos el camino.

Cual de cabras montesas la manada, cuando á lugar estrecho es reducida, de diestros cazadores rodeada y de importunos tiros perseguida; que viéndose ofendida y apretada, una rompe el camino y la huida, siguiendo las demás á la primera; así abrieron los nuestros la carrera.

Uno, dos, diez y veinte desmandados corren á la bajada de la cuesta, sin orden ni atencion apresurados, como si al palio fueran sobre apuesta: aunque algunos valientes ocupados con firme rostro y con espada presta, combatiendo animosos, no miraban como así los amigos los dejaban.

No atienden al huir, ni se previenen de remedio tan flaco y vergonzoso; antes en su batalla se mantienen, trayendo el fin á término dudoso: y con heróicos ánimos detienen de los indios el ímpetu furioso, y la disposicion del duro hado en daño suyo y contra declarado.

Y así resisten, matan y destruyen, contrastando al destino, que parece que el valor araucano disminuyen, y el suyo con difícil prueba crece: mas haciendo á los amigos como huyen, que á mas correr la gente desaparece, hubieron de seguir la misma via, que ya fuera locura y no osadía.

Quiero mudar en lloro amargo el canto, que será á la sazón mas conveniente, pues me suena en la oreja el triste llanto del pueblo amigo y género inocente. No siendo el ser vencidos, tanto cuanto ver pasar las espadas crudamente por vírgenes, mujeres, servidores, que penetran los cielos sus clamores.

La infanteria española sin pereza y gente de servicio iban camino, que el miedo les prestaba ligereza, y mas de la que á algunos les convino; pues con la turbacion y gran torpeza muchos perdieron de la cuesta el tino, ruedan unos, los lomos quebrantados, otros hechos pedazos despenados.

Quedan por el camino mil tendidos, los arroyos de sangre el llano riegan, rompiendo el aire el llanto y alaridos que en son desentonado al cielo llegan: y las lástimas tristes y gemidos, (puestas las manos altas) con que ruegan y piden de la vida gracia en vano al inclemente bárbaro inhumano.

El cual siempre les iba caza dando, con mano presta y piés en la corrida, hiriendo sin respeto y derribando

la inútil gente, mísera, impedida, que á la amiga nacion iba invocando la ayuda en vano á la amistad debida, poniéndole delante con razones la deuda, el interés y obligaciones.

Y aunque mas las razones obligaban, si alguno á defenderlos revolvía, viendo cuanto los otros se alargaban, alargarse tambien le convenia. Ni á los que por amigos se trataban, ni á las que por amigas se debía, con quien habia amistad y cuenta estrecha, llamar, gemir, llorar les aprovecha.

Que ya los nuestros sin parar en nada por la carrera de su sangre roja dan siempre nueva furia á su jornada, y á los caballos priesa y rienda floja: que ni la voz de virgen delicada, ni obligacion de amigos los congoja. La pena y la fatiga que llevaban era que los caballos no volaban.

Sordos á aquel clamor y endurecidos, miden con sueltos piés el verde llano; pero algunos de lástima movidos, viendo el fiero espectáculo inhumano; de una rabiosa cólera encendidos, vuelven contra el ejército araucano que corre por el campo derramado, la mas parte en la presa embarazado.

Determinados de morir, revuelven haciendo al sexo tímido reparo, y de suerte en los bárbaros se envuelven; que á mas de diez la vuelta costó caro: por esto los primeros aun no vuelven, que quieren que el partido sea mas claro, y no poner la vida en aventura, cuanto lejos de allí tanto segura.

Torna la lid de nuevo á refrescarse; de un lado y otro anda igual trabada: pecho con pecho vienen á juntarse, lanza con lanza, espada con espada; pueden los españoles sustentarse, que la gente araucana derramada el alcance sin orden proseguia haciendo todo el daño que podia.

Cual banda de cornejas esparcidas que por el aire claro el vuelo tienden, que de la compañera conolidas, por los chirridos la prision entienden; las batidoras alas recogidas á darle ayuda en círculo deciden; el bárbaro escuadron de esta manera al rumor endereza la carrera.

La gente que de acá y de allá discurre, viendo el tumulto y aire polvoroso deja el alcance, y de tropel concurre al son de las espadas sonoros: cada araucano con presteza ocurre á donde era el favor mas provechoso, y los sangrientos hierros en las manos, cercan el escuadron de los cristianos.

La copia de los bárbaros creciendo, crece el son de las armas y refriega, y los nuestros se van disminuyendo, que en su ayuda y socorro nadie llega: pero con grande esfuerzo combatiendo ninguno la persona á ciento niega, ni allí se vió español que se notase que á su deuda una mínima faltase.

Mas de la suerte, como si del cielo tuvieran el seguro de las vidas, se meten y se arrojan sin recelo por las furiosas armas homicidas: caen por tierra, y echan por el suelo, dan y reciben ásperas heridas,

que el número dispar y aventajado
suple el valor y el ánimo sobrado.

Y así se contraponen, no temiendo
la muerte y furia bárbara importuna,
el ímpetu y pujanza resistiendo
de la gente, del hado y la fortuna:
mas contrastar á tantos no pudiendo
sin socorro, favor ni ayuda alguna,
dilatando el morir les fue forzoso
volver á su camino trabajoso.

Parece el esperar mas desatino,
que van los delanteros como el viento;
usar de aquel remedio les convino
y no del temerario atrevimiento:
muchos mueren en medio del camino
por falta de caballos y de aliento,
y de sangre tambien, que el verde prado
quedaba de su rastro colorado.

Flojos ya los caballos y encalmados,
los bárbaros por piés los alcanzaban,
y en los rendidos dueños derribados
las fuerzas de los brazos ensayaban:
otros de los peones empachados,
digo, de los cristianos que á pié andaban;
casi moverse al trote no podian,
que con solo el temor los detenian.

Los cansados peones se contentan
con las colas ó acciones aferradas,
y en vano lastimosos representan
estrechas amistades olvidadas:
de sí los de á caballo los ausentan,
si no pueden á ruego á cuchilladas,
como á los mas odiosos enemigos;
que no era á la sazón tiempo de amigos.

Atruenan todo el valle el gran bullicio,
armas, grita, clamor triste se oía
de la gente española y de servicio
que á manos de los indios perecía:
no se vió tan sangriento sacrificio,
ni tan estraña y cruda anatomía
como los fieros bárbaros hicieron
en dos mil y quinientos que murieron.

Unos vienen al suelo mal heridos,
de los lomos al vientre atravesados,
por medio de la frente otros hendidos,
otros mueren con honra degollados:
otros, que piden medios y partidos,
de los cascos los ojos arrancados,
los fuerzan á correr por peligrosos
peñascos sin parar precipitosos.

Y á las tristes mujeres delicadas
el debido respeto no guardaban,
antes con mas rigor por las espadas
sin escuchar sus ruegos las pasaban:
no tienen miramiento á las preñadas,
mas los golpes al vientre encaminaban,
y aconteció salir por las heridas
las tiernas pernezuclas no nacidas.

Suben por la gran cuesta al que mas puede,
y paga el perezoso y negligente,
que á ninguno mas vida se concede
de cuanto puede andar ligeramente:
y aquel torpe es forzoso que se quede
que no es en la carrera diligente;
que la muerte que airada atrás venia,
en afirmando el pié le sacudia.

Aunque la cuesta es áspera y derecha,
muchos á la alta cumbre han arribado,
adonde una albarrada hallaron hecha,
y el paso con maderos ocupado:
no tiene aquel camino otra desecha,
que el cerró casi en torno era tajado,
del un lado le bate la marina,
de otro un gran peñon con él confina.

Era de gruesos troncos mal pulidos

el nuevo muro en breve tiempo hecho,
con arte unos en otros engeridos
que cerraban la senda y paso estrecho:
dentro estaban los indios prevenidos,
las armas sobre el muro y antepecho;
que segun orgullosos se mostraban,
al cielo, no á la gente, amenazaban.

Viendo los españoles ya cerrados
los pasos y cerrada la esperanza,
á pasar ó morir determinados,
poniendo en Dios la firme confianza,
de la albarrada un trecho desviados
prueban de los caballos la pujanza,
corriendo un golpe de ellos á romperla,
y los bárbaros dentro á defenderla.

Así la gente estaba detenida,
que todo su trabajo no importaba,
ni al peligro hallaba la salida,
hasta que el viejo Villagran llegaba:
que vista la escusada arremetida
cuán poco en el remedio aprovechaba,
sin temor de morir ni muestra alguna
dió aquí el último tiento á la fortuna.

Estaba en un caballo derrivado
de la española raza poderoso,
ancho de cuadra, espeso, bien trabado,
castaño de color, presto, animoso,
veloz en la carrera y alentado,
de grande fuerza y de ímpetu furioso,
y la furia sujeta y corregida
por un débil bocado y blanda brida.

El rostro le endereza, y al momento
bate el presto español recio la hijada,
que sale con furioso movimiento
y encuentra con los pechos la albarrada:
no hace en el romper mas sentimiento
que si fuera en carrera acostumbrada,
abriendo tal camino, que pasaron
todos los que de abajo se escaparon.

Los bárbaros airados defendian
el paso, pero al cabo no pudieron,
que por mas que las armas esgrimian
los fuertes españoles los rompieron:
unos hacía la mano diestra guían,
otros tan buen camino no supieron,
tomando á la siniestra un mal sendero
que á dar iba en un gran despeñadero.

A la siniestra mano hacía el Poniente
estaban dos caminos mal usados,
estos debian de ser antiguamente
por dó al agua bajaban los venados:
digo en tiempos pasados, que al presente
por mil partes estaban derrumbados,
y el remate tajado con un salto
de mas de ciento y veinte brazas de alto.

Por órden de Natura no sabida
ó por gran sequedad de aquella tierra;
ó algun diluvio grande y avenida,
fue causa de tajarse aquella sierra:
pues por allí la gente mal regida
ocupada del miedo de la guerra,
huyendo de la muerte ya sin tino
á dar derechamente en ella vino.

La inadvertida gente iba rodando
que repararse un paso no podia,
el segundo al primero tropellando,
y el tercero al segundo récio envia:
el número se va multiplicando,
un cuerpo mil pedazos se hacia,
siempre rodando con furor violento
hasta parar en el mas bajo asiento.

Como el fiero Tifeo presumiendo
lanzar de sí el gran monte y pesadumbre
cuando el terrible cuerpo estremeciendo
sacude los peñascos de la cumbre,

que vienen con gran ímpetu y estruendo
hechos piezas abajo en muchedumbre;
así la triste gente mal guiada
rodando al llano va despedazada.

Pero aquella que el buen camino tiene,
de verle con presteza el fin procura:
ninguno por el otro se detiene,
que detenerse ya fuera locura:
rodar también alguno le conviene,
que mas de lo posible se apresura:
á caballo y á pié, y aun de cabeza
llegaron á lo bajo en poca pieza.

Sueltos iban caballos por el prado,
que muertos los señores han caído;
otros desocuparlos fue forzado
que por flojos la silla habían perdido:
cuál ligero cabalga y cuál turbado,
del temor de la muerte ya impedido,
atinar al estribo no podía,
y el caballo y sazón se le huía.

No aguardaban por esto; mas corriendo
juegan á mucha priesa los talones,
al delantero sin parar siguiendo,
que no le alcanzarán á dos tirones:
votos, promesas entre sí haciendo
de ayunos, romerías, oraciones,
y aun otros reservados solo al papa
si Dios de este peligro los escapa.

Venían ya los caballos por el llano
las orejas temblando derramadas:
quiérenlos aguijar, mas es en vano,
aunque recio les abren las hijadas;
el hermano no escucha al caro hermano:
las lástimas allí son escusadas:
quien dos pasos del otro se aventaja,
por ganar otros dos muere y trabaja.

Como el que sueña que en el ancho coso
siente al furioso toro avecinarse,
que piensa atribulado y temeroso
huyendo de aquel ímpetu salvarse,
y se aflige y congoja presuroso
por correr, y no puede menearse;
así estos á gran priesa á los caballos
no pueden, aunque quieren, aguijallos.

Haciendo el enemigo gran matanza
sigue el alcance y siempre los aqueja:
dichoso aquel que buen caballo alcanza,
que de su furia un poco mas se aleja:
quién la adarga abandona, quién la lanza,
quién de cansado el propio cuerpo deja:
y así la vencedora gente brava
la fiera sed con sangre mitigaba.

A aquel que por desdicha atrás venia,
ninguno (aunque sea amigo) le socorre,
despacio el mas ligero se movía,
quien el caballo trota mucho corre:
el cansancio y la sed los afligía:
mas Dios, que en el mayor peligro acorre;
frenó el ímpetu y curso al enemigo,
según en el siguiente canto digo.

CANTO VII.

Llegan los españoles á la ciudad de la Concepción hechos pedazos, cuentan el destrozo y pérdida de nuestra gente, y vista la poca que para resistir tan gran pujanza de enemigos en la ciudad había, y las muchas mujeres, niños y viejos que dentro estaban, se retiran en la ciudad de Santiago. Asimismo en este canto se contiene el saco, incendio y ruina de la ciudad de la Concepción.

TENER en mucho un pecho se debria
á dó el temor jamás halló posada,
temor que honrosa muerte nos desvía
por una vida infame y deshonrada:
en los peligros grandes, la osadía
merece ser de todos estimada:

el miedo es natural en el prudente,
y el saberlo vencer, es ser valiente.

Esto podrán decir los que picaban
los cansados caballos aguijando;
pues tanto de temor se apresuraban
que les darenos crédito aun callando:
con los prestos calcaños lo afirmaban,
con piernas, brazos, cuerpo hijadeando
también los araucanos sin aliento
la furia iban perdiendo y movimiento.

Que del grande trabajo fatigados
en el largo y veloz curso aflojaron,
y por el gran tesón desalentados
á seis leguas de alcance los dejaron.
Los nuestros, del temor mas aguijados,
al entrar de la noche se hallaron
en la estrema ribera del Biobío,
á donde pierde el nombre y ser de río.

Y á la orilla un gran barco asido vieron
de una gruesa cadena á un viejo pino!
los mas heridos dentro se metieron,
abriendo por las aguas el camino;
y los demás con ánimo atendieron
hasta que el esperado barco vino,
y con la diligencia comenzada
á la ciudad arriban deseada.

Puédese imaginar cual llegarían
del trabajo y heridas maltratados,
algunos casi rostros no traían,
otros los traen de golpes levantados:
del infierno parece que salían:
no hablan ni responden, elevados:
á todos con los ojos rodeaban;
y mas callando el daño declaraban.

Después que dió el cansancio y torpe espanto.
licencia de decir lo que pasaba,
dejando el pueblo atónito, y á cuanto
súbito en triste tono levantaba,
un alboroto y doloroso llanto,
que el gran desastre mas solemnizaba;
y al son discorde y áspera armonía
la casa mas vecina respondía:

Quién llora el muerto padre, quién marido,
quién hijos, quién sobrinos, quién hermanos;
mujeres como locas sin sentido
ansiosas tuercen las hermosas manos:
con el fresco dolor crece el gemido,
y los pretestos de accidente vanos:
los niños abrazados con las madres
preguntaban llorando por sus padres.

De casa en casa corren publicando
las voces y clamores esforzados
los muertos que murieron peleando
y aquellos infelices despeñados:
mozas, casadas, viudas lamentando,
puestas las manos y ojos levantados,
piden á Dios, para dolor tan fuerte,
el último remedio de la muerte.

La amarga noche sin dormir pasaban
al son de dolorosos instrumentos:
mas el día venido, se atajaban
con otro mayor mal estos lamentos:
diciendo que á gran furia se acercaban
los araucanos bárbaros sangrientos,
en una mano hierro, en otra fuego,
sobre el pueblo español, de temor ciego.

Ya la parlara Fama pregonando
torpes y rudas lenguas desataba:
las cosas de Lautaro acrecentando,
los enemigos ánimos menguaba:
que ya cada español casi temblando,
dando fuerza á la Fama, levantaba
al mas flaco araucano hasta el cielo,
derramando en los ánimos un hielo.

Levántase un rumor de retirarse,

y la triste ciudad desamparalla,
diciendo que no pueden sustentarse
contra los enemigos en batalla:
corrillos comenzaban á formarse:
la voz común aprueba el despoblalla:
algunos con razones importantes
reprobaban las causas no bastantes.

Dos varias partes eran admitidas,
del temor y el amor de la hacienda;
la poca gente, muertes y heridas,
dicen que la ciudad no se defiende:
las haciendas y rentas adquiridas,
al liberal temor cogen la rienda:
mas luego se esforzó y creció de modo,
que al fin se apoderó de todo en todo.

La gente principal claro pretende

desamparar el pueblo y propio nido:
el temeroso vulgo aun no lo entiende;
mas tiende oreja atenta á aquel ruido:
visto el público trato, mas no atiende;
que súbito, alterado y removido,
de nuevo esfuerza el llanto y las querellas,
poniendo un alarido en las estrellas.

Quién á su casa corre pregonando
la venida del bárbaro guerrero;
quién aguija, la silla procurando
cincharla en el caballo mas ligero.
Las encerradas vírgenes, llorando
por las calles sin manto ni escudero,
atónitas, de acá y allá perdidas,
á las madres buscaban desvalidas.

Como las corderillas temerosas



de las queridas madres apartadas,
balando van perdidas presurosas,
haciendo en poco espacio mil paradas,
ponen atenta oreja á todas cosas,
corren aquí y allí desatinadas;
así las tiernas vírgenes llorando,
á voces á las madres van llamando.

De rato en rato se renueva y crece
el llanto, la aflicción y el alarido:
tal vez hay que de súbito enmudece,
reduciendo el sentir solo al oído:
cualquier sombra, Lautaro les parece,
su rigurosa voz cualquier ruido,
alzan la grito y corren, no sabiendo
mas de ver á los otros ir corriendo.

Era cosa de oír bien lastimosa
los suspiros, clamores y lamento,

haciéndolos mayores cualquier cosa
que trae de nuevo el miedo por el viento:
desampara la turba temerosa
sus casas, posesion y heredamiento,
sedas, tapices, camas, recamados,
tejos de oro y de plata atesorados.

Si alguno hace protestos, requiriendo
que no sea la ciudad desamparada,
responde el principal: yo no lo entiendo
ni de mi voluntad soy parte en nada;
pero el temor un viejo posponiendo,
les dice: gente vil, acobardada,
deshonra del honor y ser de España,
¿qué es esto, dónde vais, quién os engaña?

No fue esta corrección de algun provecho
ni otras cosas que el viejo les decia,
muestran todos hacerse á su despecho

que fue donde dejó el alcance extraño :
en muy poco papel resumiremos
un gran proceso y término tamaño :
que fuera necesario larga historia
para ponerlo estenso por memoria.

Mas con la brevedad ya profesada
me detendré lo menos que pudiere ,
y las cosas menudas, de pasada
tocaré lo mejor que yo supiere :
pido que atenta oreja me sea dada ,
que el cuento es grave y atencion requiere ,
para que con curiosa y fácil pluma
los hechos de estos bárbaros resumia ;

Que luego que el alcance hubo cesado
volviendo al hijo de Pillan gozoso ,
que atrás un largo trecho había quedado ;
mas por autoridad que de medroso ,
al general despachan un soldado
alojándose el campo en el gracioso
valle de Talcamábida importante ,
de pastos y comidas abundante .

Un bárbaro valiente que tenía
la estancia y heredad en aquel valle ,
halló un indio cristiano por la via ;
pero no se preciano de matarle ,
prisionero á su casa le traía ,
y comienza en tal modo á razonarle :
la vida ¡ oh miserable ! quiero darte ,
aunque no la mereces por tu parte .

Pues que ya que á la guerra tú venias ,
gozando del honor de los guerreros ,
¿ por qué con las mujeres te escondias
viendo á hierro morir tus compañeros ?
mujer debes de ser , pues que temias
tanto de alguna espada los aceros ;
y así quiero que tengas el oficio
en todo lo que toca á mi servicio .

Mandó que del oficio se encargase
que á la mujer honesta es permitido ,
y la posada y cena concertase ,
en tanto que del sueño convencido
los fatigados miembros recrease :
y habiéndose á su cama recogido ,
al mundo el sol dos vueltas había dado ,
y no había el araucano despertado ;

Sepultado en un sueño tan profundo
como si de mil años fuera muerto ,
hasta que el claro sol dió luz al mundo
á la vuelta tercera , que despierto
pidió la usada ropa , y lo segundo
si estaba la comida ya en concierto :
el diligente siervo respondia
que despues de guisada estaba fria :

Diciéndole tambien como había estado
cincuenta horas de término en el lecho ,
del trabajo y manjares olvidado ,
con todo lo demás que se había hecho ;
y que el comer estaba aparejado ,
si del sueño se hallaba satisfecho .
El bárbaro responde : no me espanto
de haber sin despertar dormido tanto ;

Que el cuidadoso Lautaro apercebido ,
por hacer desear vuestra llegada ,
la gente en escuadrones ha tenido
con tal orden y tasa castigada ;
que aun el sentarnos era defendido
en acabando Apolo su jornada ,
hasta que ya los rayos de su lumbre
nos daban de la vuelta certidumbre .

Si alguno de su puesto se movia ,
sin esperar descargo le empalaba ,
y aquel que de cansado se dormia
en medio de dos picas le colgaba :
quien cortaba una espiga , allí moria ,
de mas de la racion que se le daba :

con órdenes estrechas y precetos
nos tuvo , como digo , así sujetos .

Destá suerte estuvimos los soldados
mas de catorce noches aguardando ,
las picas altas , á ellas arrimados ,
vuestra tarda venida deseando :
del sueño y del cansancio quebrantados ,
pasando gran trabajo , hasta cuando
supimos que llegábades ya junto ,
que nos quitó el cansancio en aquel punto .

Viendo el silencio que en el valle había ,
le pregunta si el campo era partido :
el mozo dice : ayer antes del dia
salió de aquí con súbito ruido ;
afirmarte la causa no sabia ;
aunque por claras muestras he entendido
que la ciudad de Penco torreada
era del español desamparada .

Así era la verdad , que caminado
habian los escuadrones vencedores
hacia el pueblo español desamparado
de los inadvertidos moradores .
La codicia del robo y el cuidado
les puso espuelas y ánimos mayores :
siete leguas del valle á Penco había
y arribaron en solo medio dia .

A vista de las casas ya la gente
se reparte por todos los caminos ,
porqué el saco del pueblo sea igualmente
lleno de ropa y falto de vecinos :
apenas la señal de partir siente ,
cuando cual negra banda de estorninos
que se abate al monton del blanco trigo ,
baja al pueblo el ejército enemigo .

La ciudad yerma en gran silencio atiende
el presto asalto y fiera arremetida
de la bárbara furia , que deciendo
con alto estruendo y con veloz corrida :
el menos codicioso allí pretende
la casa mas copiosa y bastecida :
vienen de gran tropel hacia las puertas ,
todas de par en par francas y abiertas .

Corren toda la casa en el momento ,
y en un punto escudriñan los rincones :
muchos por no engañarse por el tiento
rompen y descerrajan los cajones ;
baten tapices , rimas y ornamento ,
camas de seda y ricos pabellones ,
y cuanto descubrir pueden de vista ,
que no hay quien los impida ni resista .

No con tanto rigor el pueblo griego
entró por el trovano alojamiento ,
sembrando frigia sangre y vivo fuego ,
talando hasta en el último cimiento ;
cuanto de ira , venganza y furor ciego ,
el bárbaro , del robo no contento ,
arruina , destroza , desperdicia ,
y así aun no satisface su malicia .

Quién sube la escalera y quién abaja ,
quién á la ropa y quién al cofre aguija ,
quién abre , quién desquicia y desencaja ,
quién no deja fardel ni baratija ;
quién contiene , quién riñe , quién baraja ,
quién alega y se mete á la partija :
por las torres , desvanes y tejados
aparecen los bárbaros cargados .

No en colmenas de abejas la frecuencia ,
priesa y solicitud , cuando fabrican
en el panal la miel con providencia ,
que á los hombres jamás lo comunican ;
ni aquel salir , entrar , y diligencia
con que las tiernas flores melifican ,
se puede comparar , ni ser figura
de lo que aquella gente se apresura .

Alguno de robar no se contenta

la casa que le da cierta ventura ;
que la insaciable voluntad sedienta
otra de mayor presa le figura ;
haciendo codiciosa y necia cuenta
busca la incierta y deja la segura ;
y llegando , el sol puesto , á la posada ,
se queda por buscar mucho sin nada .

También se roba entre ellos lo robado ,
que poca cuenta y amistad habia ,
si no se pone en salvo á buen recado ;
que allí el mayor ladrón mas adquiria ;
cuál lo saca arrastrando , cuál cargado
va , que del propio hermano no se fia :
mas parte á ningún hombre se concede
que aquello que llevar consigo puede .

Como para el invierno se previenen
las guardosas hormigas avisadas ,
que á la abundante troje van y vienen
y andan en acarreo ocupadas ,
no se impiden , estorban , ni detienen ,
dan las vacías paso á las cargadas ;
así los araucanos codiciosos
entran , salen y vuelven presureros .

Quien buena parte tiene , mas no espera ,
que presto pone fuego al aposento ;
no aguarda que los otros salgan fuera ,
ni tiene al edificio miramiento :
la codiciosa llamada de manera
iba en tanto furor y crecimiento ,
que todo el pueblo misero se abrasa ,
corriendo el fuego ya de casa en casa .

Por alto y bajo el fuego se derrama ;
los cielos amenaza el son horrendo ;
de negro humo espeso y viva llama
la infelice ciudad se va cubriendo :
treme la tierra en torno , el fuego brama ,
de subir á su esfera presumiendo :
caen de rica labor maderamientos
resumidos en polvos cenicientos .

Piérdese la ciudad mas fértil de oro
que estaba en lo poblado de la tierra ,
y á donde mas riquezas y tesoro ,
según fama , en sus términos se encierra :
¡ oh cuantos vivirán en triste lloro
que les fuera mejor continua guerra !
pues es mayor miseria la pobreza
para quien se vió en próspera riqueza .

A quien diez , á quien veinte , y á quien treinta
mil ducados por año les rentara :
el mas pobre tuviera mil de renta ,
de aquí ninguno de ellos abajara :
la parte de Valdivia era sin cuenta ,
si la ciudad en paz se sustentara ,
que en torno la cercaban ricas venas
fáciles de labrar y de oro llenas .

Cien mil casados súbditos servian
á los de la ciudad desamparada ,
sacar tanto oro en cantidad podian
que á tenerse viniera casi en nada :
esto que digo y la opinion perdian
por alfojar el brazo de la espada ,
ganados , heredades , ricas casas
que ya se van tornando en vivas brasas .

La grita de los bárbaros se entona ;
no cabe el gozo dentro de sus pechos ,
viendo que el fuego horrible no perdona
hermosas cuerdas ni labrados techos :
en tanta multitud no hay tal persona
que de verlos se duela así deshechos ;
antes suspiran , gimen y se ofenden
porque tanto del fuego se defienden .

Parécele que es lento y espacioso ,
pues tanto en abrasarlos se tardaba ,
y maldicen al Tracio proceloso
porque la flaca llama no esforzaba :

al caer de las casas sonoro
un terrible alarido resonaba ,
que junto con el humo y las centellas ,
subiendo amenazaba las estrellas .

Crece la fiera llama en tanto grado
que las mas altas nubes encendia ;
Tracio con movimiento arrebatado
sacudiendo los árboles venia ;
y Vulcano al rumor , súcio y tiznado ,
con los herreros fuelles acudia ,
que ayudaron su parte al presto fuego ,
y así se apoderó de todo luego .

Nunca fue de Neron el gozo tanto
de ver en la gran Roma poderosa
prendido el fuego ya por cada canto ,
vista solo á tal hombre deleitosa ;
ni aquello tan gran gusto le dió , cuanto
gusta la gente bárbara dañosa
de ver como la llama se estendia ,
y la triste ciudad se consumia .

Era cosa de oír dura y terrible
de estallidos el son y grande estruendo ;
el negro humo espeso é insufrible ,
cual nube en aire , así se va imprimiendo ;
no hay cosa reservada al fuego horrible ,
todo en sí lo convierte , resumiendo
los ricos edificios levantados
en antiguos corrales derribados .

Llegado al fin el último contento
de aquella fiera gente vengativa ,
aun no parando en esto el mal intento ,
ni planta en pié , ni cosa dejan viva .
El incendio acabado , como cuento ,
un mensajero con gran prisa arriba
del hijo de Leocan , y su embajada
será en el otro canto declarada .

CANTO VIII.

Júntanse los caciques y señores principales á consejo general
en el valle de Arauco. Mata Tucapel al cacique Puchecalco , y
Caupolicán viene con poderoso ejército sobre la ciudad Imperial,
fundada en el valle de Cauten.

Un limpio honor del ánimo ofendido ,
jamás puede olvidar aquella afrenta ,
trayendo al hombre siempre así encogido
que dello sin hablar da larga cuenta :
y en el mayor contento , desabrido
se le pone delante , y representa
la dura y grave afrenta , con un miedo
que todos le señalan con el dedo .

Si bien esto los nuestros lo miraran
y al temor con esfuerzo resistieran ,
sus haciendas y casas sustentaran ,
y en la justa demanda fenecieran :
de mil desabrimientos no gustaran ,
ni al terror del vulgo se pusieran :
del vulgo , que jamás dice lo bueno ,
ni en decir los defectos tiene freno .

Pero de un bando y de otro contemplada
la diferencia en número de gentes ,
la ciudad sin reparos , descercada ,
con otra infinidad de inconvenientes :
y el ver puestas al filo de la espada
las gargantas de tantos inocentes .
niños , mujeres , vírgenes , sin culpa ,
será bastante y lícita disculpa .

Si no es disculpa y causa lo que digo ,
se puede atribuir este suceso
á que fue del Señor justo castigo ,
visto de su soberbia el gran esceso :
permitiendo que el bárbaro enemigo ,
aquel que fue su súbdito y oprimido ,
los eche de su tierra y posesiones ,
y les ponga el honor en opiniones .

Bien que en la Concepcion copia de gente estaba á la sazón; pero gran parte de barba blanca y arrugada frente, inútil en la dura y bélica arte, y poca de la edad mas suficiente á resistir el gran rigor de Marte y á la parcial fortuna, que se muestra en todos los sucesos ya siniestra.

¿Quién podrá con el bando lautarino, viendo que su opinion tanto crecía, y la fortuna próspera el camino en nuestro daño y su provecho abría? No piensa reparar hasta el divino cielo y arruinar su monarquía, haciendo aquellos bárbaros bizarros, grandes fieros, bravezas y desgarros.

Pues al pueblo de Penco desolado y de la fiera llama consumido, dije como á gran prisa habia llegado un indio mensajero, conocido, que por Caupolicán era enviado; y habiendo de su parte encarecido la gran batalla, digna de memoria, las gracias les rindió de la victoria.

Dijo tambien, sin alargar razones, que el general mandaba que partiese Lautaro con los prestos escuadrones, y en el valle de Arauco se metiese, donde el senado y junta de varones tratase lo que mas les conviniese; pues en el fértil valle hay aparejo para la junta y general consejo.

En oyendo Lautaro aquel mandato, levanta el campo, sin parar camina, deja gran tierra atrás, y en poco rato al monte Andalicano se avicina: y por llegar con súbito rebato el camino torció por la marina, ganosos de burlar al bando amigo, tomando el nombre y voz del enemigo.

Tanto marchó, que al asomar del día dió sobre el general súbitamente, con una baraunda y vocería que puso en arma y alteró la gente: mas vuelto el alboroto en alegría, conocida la burla claramente, los unos y los otros sin firmarse sueltas las armas corren á abrazarse.

Caupolicán alegre, humano y grave, los recibe, abrazando al buen Lautaro, y con regalo y plática suave le da prendas y honor de hermano caro: la gente, que de gozo en sí no cabe, por la ribera de un arroyo claro, en juntas y corrillos derramada, celebran de beber la fiesta usada.

Algun tiempo pasaron despues de esto antes que el gran senado fuese junto, tratando en su jornada y presupuesto desde el principio al fin sin faltar punto: pero al término justo y plazo puesto llegó la demás gente, y todo á punto, los principales hombres de la tierra entraron en consulta á uso de guerra.

Llevaba el general aquel vestido con que Valdivia ante él fue presentado; era de verde y púrpura, tejido con rica plata y oro recamado, un peto fuerte, en buena guerra habido, de fina pasta y temple relevado, la celada de claro y limpio acero, y un mundo de esmeralda por cimero.

Todos los capitanes señalados á la española usanza se vestían, la gente del comun y los soldados

se visten del despojo que traían; calzas, jubones, cueros desgarrados, en gran estima y precio se tenían; por inútil y bajo se juzgaba el que español despojo no llevaba.

A manera de triunfos, ordenaron el venir á la junta así vestidos, y en el consejo, como digo, entraron ciento y treinta caciques escogidos: por su costumbre antigua se sentaron, segun que por la espada eran tenidos. Estando en gran silencio el pueblo ufano, así soltó la voz Caupolicano:

Bien entendido tengo yo, varones, para que nuestra fama se acreciente, que no es menester fuerza de razones, mas solo el apuntarlo brevemente; que segun vuestros fuertes corazones, entrar la España pienso fácilmente, y al gran emperador invicto Carlo al dominio araucano sujetarlo.

Los españoles vemos que ya entienden el peso de las mazas barreadas, pues ni en campo ni en muro nos atienden: sabemos como cortan sus espadas y cuan poco las mallas los defienden del corte de las hachas aceradas; si sus picas son largas y fornidas, con las vuestras han sido ya medidas.

De vuestro intento asegurarme quiero, pues estoy del valor tan satisfecho, que gruesos muros de templado acero allanareis poniéndoles el pecho: con esta confianza, yo el primero seguiré vuestro bando y el derecho que teneis de ganar la fuerte España y conquistar del mundo la campaña.

La deidad de esta gente entenderemos, y si del alto cielo cristalino decidiendo, como dicen, abriremos á puro hierro anchísimo camino; su género y linaje asolaremos: que no bastará ejército divino, ni divino poder, esfuerzo y arte, si todos nos hacemos á una parte.

En fin, fuertes guerreros, como digo, no puede mi intencion mas declararse: aquel que me quisiere por amigo, á tiempo está que puede señalarse: téngame desde aquí por enemigo el que quisiere á paces arrimarse. Aquí dió fin, y su intencion propuesta, esperaba sereno la respuesta.

Ceja no se movió, y aun el aliento apenas al espíritu halló vía mientras duró el soberbio parlamento que el gran Caupolicano les hacia. Hubo en el responder el cumplimiento y ceremonia usada en cortesía; á Lautaro tocaba, y escusado. Lincoya así responde levantado:

Señor, yo no me he visto tan gozoso despues que en este triste mundo vivo, como en ver manifesto el valeroso intento tuyo, el ánimo y motivo: y así, por pensamiento tan glorioso, me ofrezco por tu siervo y tu cautivo: que no quiero ser rey del cielo y tierra si hubiese de acabarse aquí la guerra.

Y en testimonio desto, yo te juro de te seguir y acompañar de hecho; ni por áspero caso, adverso y duro, á la patria volver jamás el pecho: desto puedes, Señor, estar seguro; todo faltará y será deshecho

antes que la palabra acreditada
de un hombre como yo por prenda dada.

Así dijo; y tras él, aunque rogado,
el buen Peteguelen, Curaca anciano,
de condicion muy áspera enojado,
pero afable en la paz, fácil y humano,
viejo, enjuto, dispuesto, bien trazado,
señor de aquel hermoso y fértil llano,
con espaciosa voz y grave gesto
propuso en sus razones sabias esto:

Fuerte varon y capitan perfeto,
no dejaré de ser el delantero
á probar la fineza deste peto
y si mi hacha rompe el fino acero;
mas, como quien lo entiende, te prometo
que falta por hacer mucho primero
que salgan españoles desta tierra,
cuanto mas ir á España á mover guerra.

Bien será que, Señor, nos contentemos
con lo que nos dejaron los pasados,
y á nuestros enemigos desterremos
que están en lo mas dello apoderados:
despues, por el suceso entenderemos
mejor el disponer de nuestros hados.
Esto á mí me parece; y quien quisiere
proponga otra razon si mejor fuere.

Callando este cacique, se adelanta
Tucapelo, de cólera encendido,
y sin respeto así la voz levanta
con un tono soberbio y atrevido,
diciendo: A mí la España no me espanta,
y no quiero por hombre ser tenido
si solo no arruino á los cristianos,
ora sean divinos, ora humanos.

Pues lanzarlos de Chile y destruirlos
no será para mí bastante guerra;
que pienso, si me esperan, confundirlos
en el profundo centro de la tierra;
y si huyen, mi maza ha de seguirlos,
que es la que deste mundo los destierra:
por eso no nos ponga nadie miedo,
que aun no haré en hacerlo lo que puedo:

Y por mi diestro brazo os aseguro,
(si la maza dos años me sustenta)
á despecho del cielo, á hierro puro
de dar desto descargo y buena cuenta,
y no dejar de España enhiesto muro;
y aun el ánimo á mas se me acrecienta,
que despues que allanare el ancho suelo
á guerra incitaré al supremo cielo.

Que no son hados, es pura flaqueza
la que nos pone estorbos y embarazos:
pensar que haya fortuna, es gran simpleza;
la fortuna es la fuerza de los brazos:
la máquina del cielo y fortaleza
vendrá primero abajo hecha pedazos,
que Tucapel en esta y otra empresa
falte un mínimo punto en su promesa.

Peteguelen, la vieja sangre fria
se le encendió de rabia, y levantado
le dice: ¡oh arrogante! la osadía
sin discrecion jamás fue de esforzado.....
Pero Caupolican que conocía
del viejo á tiempo el ánimo arrojado,
con discrecion le ataja las razones,
haciendo proponer á otros varones.

Puren se ofrece allí, y Angol se ofrece
no con menor braveza y desatiento:
Ongolmo no quedó, segun parece,
de mostrar su soberbio pensamiento:
del uno en otro multiplica y crece
el número en el mismo ofrecimiento.
Colocolo, que atento estaba á todo,
sacó la voz, diciendo de este modo:

La verde edad os lleva á ser furiosos,

¡oh hijos! y nosotros los ancianos
no somos en el mundo provechosos
mas de para decir consejos sanos:
que no nos ciegan humos vaporosos
del juvenil hervor y años lozanos:
y así, como mas libres, entendemos
lo que siendo mancebos no podemos.

Vosotros, capitanes esforzados,
de sola una victoria envanecidos,
estais de tal manera levantados,
que os parecen ya pocos los nacidos:
templad, templad los pechos alterados
y esos vanos esfuerzos mal regidos;
no hagais de españoles tal desprecio
que no venden sus vidas á mal precio.

Si dos veces, por dicha, los venciastes,
mirad cuando primero aqui vinieron
que resistir su fuerza no podistes,
pues mas de cinco veces os vencieron:
en el licúreo campo ya lo vistes
lo que solos catorce allí hicieron:
no será poco hecho y buen partido
cobrar la tierra y crédito perdido.

Debemos procurar con seso y arte
redimir nuestra patria, y libertarnos,
dando á vuestras bravezas menos parte,
pues mas pueden dañar que aprovecharnos.
¡Oh hijo de Leocan! quiero avisarte,
si quieres como sabio gobernarnos,
que temples esta furia, y con maduro
seso, pongas remedio en lo futuro.

El consejo mas sano y conveniente
es que el campo en tres bandas repartido,
á un tiempo, aunque por parte diferente,
dé sobre el Cauten, pueblo aborrecido:
bien que esté en su defensa buena gente,
es poca; y este asiento destruido,
Valdivia de allanar fácil sería,
pues no alcanza arcabuz ni artillería.

Solo á mí Santiago me dá pena;
pero modo á su tiempo buscaremos
para poderla entrar, y la Serena
fácilmente despues la allanaremos.
Aunque sujeto á lo que el hado ordena,
es el mejor camino que tenemos.
Acabando con esto el sabio viejo,
á muchos pareció bien su consejo.

Tras este otro Curaca, hechicero,
de la vejez decrepita impedido,
Puchecalco se llama el agorero,
por sabio en los pronósticos tenido,
con profundo suspiro, íntimo y fiero,
comienza así á decir entristecido:
Al negro Eponamon doy por testigo
de lo que siempre he dicho y ahora digo.

Por un término breve se os concede
la libertad, y habeis lo mas gozado:
mudarse esta sentencia ya no puede,
que está por las estrellas ordenado,
y que fortuna en vuestro daño rueda:
mirad que os llama ya el preciso hado
á dura sujecion y trances fuertes:
repárense á lo menos tantas muertes.

El aire de señales anda lleno,
y las nocturnas aves van turbando
con sordo vuelo el claro día sereno,
mil prodigios funestos anunciando:
las plantas con sobrado humor terreno
se van, sin producir fruto, secando:
las estrellas, la luna, el sol lo afirman;
cien mil agujeros tristes lo confirman.

Mirolo todo, y todo contemplado,
no sé en qué pueda yo esperar consuelo,
que de su espada el Orion armado
con gran ruina ya amenaza el suelo:

Júpiter se ha al Ocaso retirado ;
solo Marte sangriento posee el cielo ,
que denotando la futura guerra
enciende un fuego bélico en la tierra.

Ya la furiosa Muerte irreparable
viene á nosotros con airada diestra ;
y la amiga Fortuna favorable
con diferente rostro se nos muestra ;
y Eponamon horrendo y espantable ,
envuelto en la caliente sangre nuestra ,
la corba garra tiende , el cerro yerto ,
llevándonos al no sabido puerto.

Tucapel , que de rabia reventando
estaba oyendo al viejo , mas no atiende ,
que dice : Yo veré si adivinando
de mi maza este necio se defiende :
diciendo esto , y la maza levantando ,
la derriba sobre él , y así lo tiende ,
que jamás mudó curso de planeta
ni fue mas adivino ni profeta.

Quédole desto el brazo tan sabroso ,
según la muestra , que movido estuvo
de dar tras el senado religioso ,
y no sé la razon que lo detuvo .
Caupolican atónito y rabioso
trasportada la mente un rato estuvo ;
mas vuelto en si , con voz horrible y fiera
gritaba : Capitanes ; ¡ muera ! ¡ muera !

No le dió tanto gusto á aquella gente
lo que Caupolicano le decia ,
cuanto al soberbio bárbaro impaciente
viendo que ocasion tal se le ofrecia :
era alto el tribunal , pero el valiente
los hace saltar de él tan á porfía ,
que ciento y treinta que eran , en un punto
saltan los ciento y él tras ellos junto .

Los que en el alto tribunal quedaron
son los en esta historia señalados ,
que jamás de su asiento se mudaron ,
de donde lo miraban sosegados :
que de ver uno solo no curaron
mostrarse por tan poco alborotados ,
aunque los que saltaron de tan alto
en menos estimaron aquel salto .

Cubierto Tucapel de fina malla
saltó como un ligero y suelto pardo
en medio de la tímida canalla ,
haciendo plaza el bárbaro gallardo :
con silbos , grita , en desigual batalla ;
con piedra , palo , flecha , lanza y dardo
le persigue la gente de manera
como si fuera toro ó brava fiera .

Según suele jugar por gran destreza
el liviano montante un buen maestro
hiriendo con estraña ligereza
delante , atrás , á diestro y á siniestro ;
con mas desenvoltura y mas presteza ,
mostrándose en los polpes fuerte y diestro ;
el fiero Tucapel en la pelea
con la pesada maza se rodea .

De tullir y mancar no se contenta ,
ni para contentarse esto le basta ;
solo de aquellos tristes hace cuenta
que su maza los hace torta ó pasta :
rompe , magulla , muele y atormenta ,
desgobierna , destroza , estrópiya y gasta :
tiros lloven sobre él arrojados
cual tempestad furiosa de granizos .

Pero sin miedo el bárbaro sangriento
por las espesas armas discurría ;
brazos , cabezas y ánimos sin cuento
soberbios quebrantó en solo aquel día ;
y cual menuda lluvia por el viento
la sangre y frescos sesos esparcía :
no discierne al pariente del estraño ,

haciéndolos iguales en el jaño .

Las armas eran solo en defenderle
de la canalla bárbara araucana ,
que en monton trabajaba de ofenderle ;
mas el temor la ofensa hacia liviana .
Era , cierto , admirable cosa verle
saltar y acometer con furia insana ,
desmembrando la gente , sin poderse
de su maza y presteza defenderse .

Caupolican , del caso no pensado
en tal furor y cólera se enciende ,
que estaba de bajar determinado
aunque su gravedad se lo defiende :
pero Lautaro alegre y admirado
miraba como solo así contiene
un hombre contra tanto barbarismo ,
incrédulo y dudoso de si mismo .

Y en esto al general , con el debido
respeto y ojos bajos en el suelo ,
le dice : una merced , señor te pido ,
si algo merece mi intencion y celo ,
y es , que el gran desacato cometido ,
perdone francamente á Tucapelo ,
pues ha mostrado en campo claramente
valer él mas que toda aquella gente .

Perplejo el general estaba en duda ;
pero mirando al fin quién lo pedia ,
luego el ejecutivo intento muda ,
y con el rostro alegre respondia :
él ha tenido en vos bastante ayuda ,
por la cual le perdono ; y mas decia ,
que fuese á las escuadras , y mandase
que el combatirle mas luego cesase .

Baja Lautaro al campo , y prestamente
el rico cuerno á retirar tocaba ,
al son del cual se recogió la gente ,
que recogerse á nadie le pesaba :
solo lo siente el bárbaro valiente ,
que fuese á su sabor no estaba ;
y volviendo á Lautaro el fiero gesto ,
en alta y libre voz le dijo aquesto :

¿ Cómo , buen capitán , has estorbado
el tomar desta vil canalla enmienda
y verme destos rústicos vengado
para que mi valor mejor se entienda ?
Lautaro le responde : es escusado
quien viniere contigo á la contienda
que se pueda valer contra tu diestra ,
según que dello has dado aquí la muestra .

Conmigo puedes ir , que te aseguro
que ningún daño ó mal te sobrevenga .
Tucapel le responde : yo te juro
que un paso ese temor no me detenga :
mi maza es la que á mí me dá el seguro ;
lo demás como quiera vaya y venga :
que el miedo es de los niños y mujeres .
Sús , alto , vamos luego á dō quisieres .

Juntos los dos al tribunal llegando ,
Tucapel de Lautaro adelantado
subió por la escalera , no mostrando
punto de alteracion por lo pasado :
el sagaz general disimulando
con graciosa apariencia le ha tratado ;
y de la rota plática el estilo
Lautaro así diciendo anudó el hilo :

Invicto capitán , yo he estado atento
á lo que estos varones han propuesto ,
y no sé figurarte el gran contento
que me da ver su esfuerzo manifiesto :
si de servirte tengo sano intento ,
mis obras por las tuyas dirán esto ;
pues para ser del todo agradecidas
será poco perder por tí mil vidas .

Estos fuertes guerreros ayudarte
quieren á restaurar la propia tierra ,

porque en ello les va tambien su parte;
Y por el vicio grande de la guerra:
no puedo yo dejar de aconsejarte,
(aunque todo el consejo en tí se encierra)
aquello que mejor me pareciere
y mas bien al bien público viniere.

Es mi voto que debes atenerte
al consejo, con término discreto,
del sabio Colocolo, que por suerte
le cupo ser en todo tan perfecto:
así que, gran señor, sin detenerte,
cumple que esto se ponga por efeto
antes que los cristianos se aperciban,
porque mas flacamente nos reciban.

Y pues que Mapochó solo es temido,
después que lo demás esté allanado,
por el potente Eponamon te pido
que el cargo de asolarle me sea dado:
la tierra palmo á palmo la he medido,
con españoles siempre he militado:
entiendo sus astucias é invenciones,
el modo, el arte, el tiempo y ocasiones.

Quinientos araucanos solamente
quiere para la empresa que yo digo,
escogidos en toda nuestra gente:
un soldado de mas no ha de ir conmigo.
Aquí lo digo, estando tú presente
y estos sabios caciques, que me obligo
de darte la ciudad puesta en las manos
con cien cabezas nobles de cristianos.

Aquí se cerró el bárbaro orgulloso,
y gran rato sobre ello platicaron:
pareciéndoles modo provechoso,
todos en este acuerdo concordaron:
después dó estaba el pueblo deseoso
de saber novedades, se bajaron,
donde lo definido y decretado
con general pregon fue declarado.

Estuvieron allí catorce dias
en grande regocijo y mucha fiesta,
ocupados en juegos y alegrías,
y en quien mas veces bebe sobre apuesta:
después contra los pueblos del Mesías
la alborozada gente en órden puesta,
marcha Caupolican con la vanguardia,
quedando Lemolemo en retaguardia.

Cerca llegó el ejército furioso
de la Imperial, fundada en sitio fuerte,
donde el fiero enemigo victorioso
la pensaba entregar presto á la muerte:
mas el Eterno Padre poderoso
lo dispone y ordena de otra suerte,
dilatando el azote merecido,
como vereis, prestando atento oído.

CANTO IX.

Llegan los araucanos á tres leguas de la Imperial con grueso
ejército: no ha efeto su intencion por permission divina. Dan
la vuelta á sus tierras, á donde les vino nueva que los espa-
ñoles estaban en el asiento de Penco reedificando la ciudad de
la Concepcion; hacen sobre los españoles, y hubo entre ellos
una recia batalla.

Si los hombres no ven milagros tantos
como se vieron en la edad pasada,
es causa haber agora pocos santos,
y estar la ley cristiana autorizada:
y así de cualquier cosa hacen espantos
que sobre el natural uso es obrada;
y no solo al autor no dan creencia,
mas ponen en su crédito dolencia.

Que si al enfermo quiere Dios sanarle,
por su costumbre y tiempo convalence:
si al hijo miserable levantarle,
por modos ordinarios le engrandece

si al soberbio hinchado derribarle,
por naturales terminos se ofrece:
de suerte que las cosas de esta vida
van por su natural curso y medida.

Por dó vemos que Dios quiere y procura
hacer su voluntad naturalmente,
sirviendo de instrumento la Natura,
sobre la cual él solo es el potente;
y así los que creyeren por fe pura
merecen mas que si palpablemente
viesen lo que después de ya visible
sacarlos de que fue seria imposible.

En contar una cosa estoy dudoso,
que soy de poner dudas enemigo,
y es un extraño caso milagroso
que fue todo un ejército testigo:
aunque yo soy en esto escrupuloso,
por lo que dello arriba, Señor, digo,
no dejaré en efeto de contarlo,
pues los indios no dejan de afirmarlo.

Y manifiesto vemos hoy en dia
que, porque la Ley sacra se estendiese,
nuestro Dios los milagros permitia
y que el natural orden se escediese:
Presumirse podrá por esta vía
que, para que á la fe se redujese
la bárbara costumbre y ciega gente,
usase de milagros claramente.

Ya dije que el ejército araucano
de la Imperial tres leguas se alejaba,
en un dispuesto asiento y campo llano
y que Caupolican determinaba
entrar el pueblo con armada mano:
tambien como el castigo dilataba
Dios á su pueblo ingrato y sin enmienda,
usando de clemencia y larga rienda.

Estaba la Imperial desbastecida
de armas, de munición y vitualla;
bien que la gente della era escogida,
pero muy poca para dar batalla:
fuera por los cimientos destruida,
cualquier fuerza bastara á arruinalla;
y persona de dentro no escapara
si á vista el pueblo bárbaro llegara.

Cuando el campo de allí queria mudarse,
que ya la trompa á caminar tocaba,
súbito comenzó el aire á turbarse,
y de prodigios tristes se espesaba:
nubes con nubes vienen á cerrarse,
turbulento rumor se levantaba,
que con airados impetus violentos
mostraban su furor los cuatro vientos.

Agua recia, granizo, piedra espesa
las intrincadas nubes despedian:
rayos, truenos, relámpagos á priesa
rompen los cielos y la tierra abrian:
hacen los vientos áspera represa,
que en su entera violencia competian:
cuanto topa arrebatada el torbellino,
alzándolo en furioso remolino.

Un miedo igual á todos atormenta:
no hay corazon, no hay ánimo así entero,
que en tanta confusion, furia y tormenta
no temblase, aunque mas fuese de acero.
En esto Eponamon se les presenta
en forma de un dragon horrible y fiero,
con enroscada cola, envuelto en fuego,
y en ronca y torpe voz les habló luego,

Diciéndoles: que á priesa caminasen
sobre el pueblo español amedrentado;
que por cualquiera banda que llegasen
con gran facilidad seria tomado;
y que al cuchillo y fuego le entregasen
sin dejar hombre á vida y muro alzado.
Esto dicho, que todos lo entendieron,

en humo se deshizo, y no lo vieron.

Al punto los confusos elementos fueron sus movimientos aplacando, y los desenfrenados cuatro vientos se van á sus cavernas retirando: las nubes se retraen á sus asientos, el cielo y claro sol desocupando: solo el miedo en el pecho mas osado no dejó su lugar desocupado.

La tempestad cesada, el raso cielo vistió el húmedo campo de alegría; cuando con claro y presuroso vuelo en una nube una mujer venia cubierta de un hermoso y limpio velo, con tanto resplandor, que al mediodía la claridad del sol delante della es la que cerca dél tiene una estrella.

Desterrando el temor la faz sagrada á todos confortó con su venida: venia de un viejo cano acompañada, al parecer de grave y santa vida: con una blanda voz y delicada les dice: ¿á dónde andais, gente perdida? volved, volved el paso á vuestra tierra, no vais á la Imperial á mover guerra.

Que Dios quiere ayudar á sus cristianos y darles sobre vos mando y potencia; pues ingratos, rebeldes é inhumanos así le habeis negado la obediencia: mirad, no vais allá, porque en sus manos pondrá Dios el cuchillo y la sentencia. Diciendo esto, y dejando el bajo suelo, por el aire espacioso subió al cielo.

Los araucanos la vision gloriosa de aquel velo blanquísimo cubierta siguen con vista fija y codiciosa, casi sin alentar la boca abierta: ya que desapareció, fue estraña cosa que, como quien atónito despierta, los unos á los otros se miraban, y ninguna palabra se hablaban.

Todos de un corazon y pensamiento, sin esperar mandato ni otro ruego, como si solo aquel fuera su intento, el camino de Arauco toman luego: van sin orden, ligeros como el viento; paréceles que de un sensible fuego por detrás las espaldas se encendian, y así con mayor ímpetu corrian.

Heme, Señor, de muchos informado, para no lo escribir confusamente: á veinte y tres de abril, que hoy es mediado, hara cuatro años cierta y justamente que el caso milagroso aquí contado aconteció, presente tanta gente, el año de quinientos y cincuenta y cuatro sobre mil por cierta cuenta.

Va la verdad en suma declarada, segun que de los bárbaros se sabe, y no de fingimientos adornada, que es cosa que en materia tal no cabe. Tienen ellos por cosa averiguada (que no es en prueba desto poco grave) que por esta vision hubo en dos años hambres, dolencias, muertes y otros daños.

Que la mar, reprimiendo sus vapores, faltó la agua y vertientes de la sierra, talando el sol en tierna edad las flores, ayudado del fuego de la guerra. Como creció la seca y las calores, por falta de humedad la árida tierra rompió banco y alzóse con los frutos dejando de acudir con sus tributos.

Causó que una maldad se introdujese en el distrito y término araucano,

y fue que carne humana se comiese, (¡inorme introducion, caso inhumano!) y en parricidio atroz se convirtiese el hermano en sustancia del hermano: tal madre hubo, que al hijo muy querido al vientre le volvió dó habia salido.

Digo, pues, que los bárbaros llegando al valle de Puren, paterno suelo, las armas por entonces arrimando, dieron lugar al tempestuoso cielo. Es este tiempo, en estas partes, cuando el encogido invierno con su hielo del todo apoderándose en la tierra pone punto al discurso de la guerra.

Espárcese y derrámase la gente, dejan el campo y buscan los poblados, cesa el fiero ejercicio comunmente, la tierra cubren húmidos nublados. Mas cuando enciende á Escorpio el sol ardiente y la frígida nieve los collados sacuden de sus cinas levantadas, ya de la nueva hierba coronadas.

En este tiempo el bullicioso Marte saca su carro con horrible estruendo, y ardiendo en ira belicosa parte, por el dispuesto Arauco discurriendo, hace temblar la tierra á cada parte, los ferrados caballos impeliendo; y en la diestra el sangriento hierro agudo bate con la siniestra el fuerte escudo.

Luego á furor movidos los guerreros toman las armas, dejan el reposo; acuden los remotos forasteros al cebo de la guerra codicioso: de los hierros renuevan los aceros; templan la cuerda al arco vigoroso; el peso de las mazas acrecientan, y el duro fresno de las astas tientan.

La gente andaba ya desta manera, con el son de las armas y bullicio, que codiciosa comenzar espera el deseado bélico ejercicio: juntáronse á la usada borrachera (orden antigua y detestable vicio) la mas ilustre gente y señalada á dar difinicion en la jornada.

Tratando en general concilio estaban del bien y aumentacion de aquel estado, cuando cuatro soldados arribaban con triste muestra y paso apresurado, haciéndoles saber como ya andaban en el sitio de Penco arruinado cantidad de españoles trabajando, un grueso y fuerte muro levantando;

Diciéndoles: venimos, oh guerreros, de parte de los pueblos comarcanos con facultad bastante á prometeros, si desterrais de nuevo á los cristianos, que pagarán con suma de dineros el trabajo y labor de vuestras manos; y no habiendo el efecto deseado, la tertia parte hayais de lo asentado.

Viendo el poco reparo y resistencia que sin vuestro favor todos tenemos, les dimos llanamente la obediencia que en el tiempo infelice dar solemos. No fue por opresion, no fue violencia; pues, aunque desdichados, entendemos cuan breve es el sospiro de la muerte, que pone fin y límite á la suerte:

Mas, porque estando Arauco tan vecino, y fija en su favor la inestable rueda, la paz nos pareció mejor camino para que remediar todo se pueda;

ya que lo estrague el áspero destino,
tiempo para morir despues nos queda;
pues no estarán los brazos tan cansados
que no puedan abrir nuestros costados.

Y pues os es patente y manifiesta
la embajada y gran priesa que traemos,
en ella hora tratad, que la respuesta
con la resolucion esperaremos:
brevedad os pedimos, que con esta
podrá ser que sin riesgo derribemos
la soberbia española y confianza,
antes que les dé esfuerzo la tardanza.

No se puede decir el gran contento
que les dió á los caciques la embajada:
de todos desde allí en el pensamiento,
antes que se acabase fue acetada:
pero tuvieron freno y sufrimiento,
que la primera voz estaba dada
al hijo de Leocan, que consultado,
asi responde en nombre del senado:

Estamos con razon maravillados
de lo que en este caso hemos oido,
¿y es verdad que hay cristianos tan osados
que quieren con nosotros mas ruido?
Sús, sús, que estos varones esforzados
acetan la promesa y el partido:
no dando entero fin á la jornada,
del trabajo no quieren llevar nada.

Bien os podeis volver luego con esto,
que sin duda en efeto lo pondremos,
y sobre los cristianos, lo mas presto
que se pueda dar orden, llegaremos;
donde se mostrará bien manifiesto
lo poco en que nosotros los tenemos:
pero habeis de advertir con sabio modo
que aviso se nos dé siempre de todo.

Muy alegres los cuatro se partieron
por llevar tal respuesta; y caminando
en breve á sus señores se volvieron,
que estaban por momentos aguardando:
y visto el buen despacho que trujeron,
el contento y traicion disimulando,
sufrian con discrecion las vejaciones
encubriendo las falsas intenciones.

Domésticos se muestran en el trato,
nadie toma la causa y la defiende,
conociendo que el medio mas barato
del araucano ejército depende;
y con doble y solícito contrato
la esperada venganza se pretende
debajo de humildad y gran secreto
para que su intencion viniere á efeto.

De nuestra gente y pueblo destrozado
gran descuido en hablar he yo tenido;
mas como es en el mundo acostumbrado
desamparar la parte del vencido:
asi yo tras el bando afortunado
he llevado camino tan seguido;
y si aquí la ocasion no me avisara
jamás pienso que della me acordara.

Conté de la ciudad la despoblada
y de sus ciudadanos el camino;
púselos en el fin de la jornada,
do forzoso dejarlos me convino:
pues volviendo á la historia comenzada
y al duro proceder de su destino,
estuvieron el tiempo en Santiago
que yo dellos mencion aqui no hago.

Retirados allí, se reformaron
de todo el aparato conveniente,
donde por los mas votos acordaron
reedificar á Penco nuevamente.
Con gran trabajo y gasto levantaron
pequeña copia y número de gente:
afirmar la ocasion desto no puedo,

si fue la poca paga á mucho miedo.

Al yermo Penco herboso habian llegado,
y un sitio, que en mitad del pueblo habia,
le tenian de tapion fortificado,
que en recogido cuadro le ceñia,
de dos fuertes bastiones abrigado,
que cada uno dos frentes descubria,
y á cada frente asiste una bombardia
que con maciza bala el paso guarda.

La gente comarcana, con fingida
muestra, la paz malvada aseguraba,
esperando la ayuda prometida
que á cencerros tapados caminaba;
pero no fue secreta esta partida,
pues entre los cristianos se trataba
que el valiente Lautaro habia pasado
las lomas con ejército formado.

Suéñase que Purén allí venia,
Tomé, Pillolco, Angol y Cayeguanu,
Tucapel, que en orgullo y bizarria
no le igualaba bárbaro araucano,
Ongolmo, Lemolemo y Lebopía,
Caniomangué, Elicura, Mareguano,
Cayocupil, Lincoya, Lepomande,
Chilcano, Leucoton y Mareande.

Todos estos varones señalados
fueron para esta guerra apercebidos
con otros dos mil pláticos soldados
en el copioso ejército escogidos.
Venian de fuertes petos arreados,
gruesas picas de hierros muy fornidos,
ferradas mazas, hachas aceradas,
armas arrojadizas y enastadas.

Destá manera el escuadron camina
en la callada noche y sombra oscura,
debajo del gobierno y disciplina
del cuidadoso Lautaro, que procura
llegar cuando la estrella matutina
alegra el místico campo y la verdura;
antes que por aviso y doble trato
de su venida hubiese algun recato.

Pero los españoles, de un amigo
bárbaro que con ellos contrataba,
saben como el ejército enemigo
con riguroso intento se acercaba:
pues avisados desto, como digo,
y de cuanto en secreto se trataba,
al trance se aparejan y batalla,
requiriendo los fosos y muralla.

Era caudillo y capitán de España,
el noble montañés Juan de Alvarado,
hombre sagaz, solícito y de maña,
de gran esfuerzo y discrecion dotado;
el cual con orden y presteza estraña,
del presente peligro recatado,
sazon no pierde, tiempo y coyuntura,
antes las prevenciones apresura.

Que al punto, apercebidos los soldados,
en su lugar cada uno de ellos puesto,
manda á nueve guerreros mas cursados
que salgan á correr la tierra presto:
y en la cerrada noche confiados
llegan al campo bárbaro, y en esto
del callado escuadron fueron sentidos,
levantando terribles alaridos.

La grita, el sobresalto, los rumores,
el súbito alboroto de la guerra,
las sonoras trompas y atambores
hacen gemir y estremecer la tierra:
en esto los astutos corredores,
atravesando una pequeña sierra,
toman la vuelta por mas corta via,
dando aviso á la amiga compañía.

Juan de Alvarado con ingenio y arte
de la fuerza lo flaco fortifica,

y en lo mas necesario, allí reparte gente del arcabuz y de la pica: proveído recaudo en toda parte, á recibir al araucano pica: con la ligera escuadra de caballo, por no mostrar temer en esperallo.

La nueva claridad del día siguiente sobre el claro horizonte se mostraba, y el sol por el dorado y fresco oriente de rojo ya las nubes coloraba: á tal hora Alvarado con su gente del prevenido fuerte se alejaba en busca de la escuadra lautarina, que á mas andar tambien se le avvicina.

Los nuestros media legua aun no se habian de aquel su muro lejos alargado, cuando al calar de un monte descubrian el araucano ejército ordenado.

Allí las limpias armas relucian mas que el claro cristal del sol tocado, cubiertas de altas plumas las celadas verdes, azules, blancas, encarnadas,

¿Quién pintaros podrá el contento cuando sienten los araucanos el ruido, que, las diestras en alto levantando, pusieron en el cielo un alarido?

Mil instrumentos bárbaros tocando, con grande orgullo y paso mas tendido se vienen acercando á los de España, sonando en torno toda la campaña.

Quieren los españoles responderlos con el horrible son de armada mano, calan el monte á fin de acometerlos, teniendo por mejor el sitio llano: bajas las lanzas vienen á romperlos; pero la osada muestra salió en vano, que los bárbaros ya disciplinados del todo se cerraron apinados.

Tan espesas las picas derribaron con pié y con rostro firme hácia delante, que no solo el encuentro repararon, pero á desbaratarlos fue bastante: los nuestros sin romper se retiraron, y ellos gloriosos con furor pujante por dar remate al venturoso lance siguen con piés ligeros el alcance.

Apretándolos iban reciamente, los nuestros resistiendo y peleando, hasta el estrecho paso de una puente, que allí Lautaro, al cuerno aliento dando, el araucano ejército obediente se va al son conocido reparando; del fuerte tanto trecho esto sería cuanto tira un cañon de puntería.

Detúvose Lautaro, con intento de esperar al caliente medio día, porque de la mañana el fresco viento los caballos y gente alentaría: reforma su escuadron, haciendo asiento á vista de los nuestros, que á porfia se habian al sitio fuerte recogido, teniendo por mejor aquel partido.

Cuando el sol en el medio cielo estaba no declinando á parte un solo punto, y la aguda chicharra se entonaba con un desapacible contrapunto, el astuto Lautaro levantaba su campo en escuadron cerrado y junto con grande estruendo y paso concertado hácia el sitio español fortificado.

Con audacia, desden y confianza Lautaro contra el fuerte caminaba: síguale atrás la gente en ordenanza, y el con gracioso término arrastraba una larga, ñudosa y gruesa lanza,

que airoso poco á poco la terciaba, y tanto por el cuento la blandia, que juntar les extremos parecia.

Los pocos españoles salen fuera, que encerrados no quieren esperallos, de arcabuces delante una hilera, otras de picas luego, y los caballos á los lados: y así desta manera con fiera muestra vienen á buscarlos. Llegados á dō ya podian herirse los unos á los otros dejan irse;

Y de ronor intrínseco aguijados los movidos ejércitos venian: suenan los arcabuces asestados: del humo, fuego y polvo se cubrian. Los corvos arcos con vigor flechados gran número de tiros despedian: vuelan nubadas de armas enastadas, por los valientes brazos arrojadas,

Cuales contrarias aguas á toparse van con rauda corriente sonora, que, resistiendo al tiempo del mezclarse, aquella mas violenta y poderosa á la menos pujante, sin pararse volverla contra el curso es cierta cosa: así á nuestro escuadron forzosamente le arrebató la bárbara corriente.

No pudiendo sufrir la fuerza brava del número de gente y movimiento, al español el bárbaro llevaba como á liviana paja el recio viento. Entran sin órden, que ya rota andaba, todos mezclados en el fuerte asiento, y dentro del cuadrado y ancho muro comienzan pié con pié un combate duro.

Algunos españoles castigados recogerse en la fuerza no quisieron, que eran de corazones congojados y de verse en estrecho rehuyeron: quieren el campo abierto, y por los lados del turbado monton se dividieron; pero los de mas ser, con mano osada procuran amparar la plaza entrada.

Allí quieren morir ó defenderse: la carrera mas larga otros tomaron, que acordaron con tiempo guarecerse: otros á la marina se llegaron metiéndose en un barco, sin poderse sufrir, las corvas áncoras alzaron: satisfaciendo al miedo y bajo intento las velas con presteza dan al viento.

Quien en llegar es algo perezoso, viendo levar el áncora á la nave, no duda en arrojarle al mar furioso, teniendo aquel morir por menos grave. Quien antes no nadaba, de medroso las olas rompe agora y nadar sabe: mirad, pues, el temor á que ha llegado, que viene á ser de miedo el hombre osado.

Los que están en la fuerza retraídos, como buenos guerreros se defienden, muertos quieren quedar y no vencidos, que ya solo un honrado fin pretenden: y con tal presupuesto embravecidos, sin esperanza de vivir ofenden, haciendo en los contrarios tal estrago que la plaza de sangre era ya lago.

Lautaro, gente y armas contrastando, en la fuerza el primero entrado habia, y muerto á dos soldados en entrando que en suerte le cupieron aquel día. Lincoya iba hiriendo y derribando: mas ¿quién podrá decir la bravería de Tucapel, que el cielo acometiera si hallara algun camino ó escalera?

No entró el fuerte por puerta ni por puente,
antes con desenvuelto y diestro salto,
libre el foso saltó ligeramente,
y estaba en un momento en lo mas alto:
no le pudo seguir por allí gente,
él solo de aquel lado dió el asalto;
mas, como si de mil fuera guardado,
se arroja luego en medio del cercado.

Apenas puso el pié firme en la plaza,
cuando el furioso bárbaro, esgrimiendo
la ejercitada, dura y gruesa maza,
iba los enemigos esparciendo:
no vale malla fina ni coraza;
y las celadas fuertes, no pudiendo
sufrir los recios golpes que bajaban,
machucando los sesos se abollaban.

Unos dejan tullidos y contrechos,
otros para en su vida lastimados,
á quién hunde el pescuezo por los pechos,
á quién rompe los lomos y costados
cual si fueran de blanda cera hechos:
magulla, muele y deja derrengados,
y en el mayor peligro osadamente
se arroja sin temor de armas y gente.

Contra Ortiz revolvió con muestra airada
que habia muerto á Torquin, mozo animoso,
la maza alta, y la vista en él clavada,
rompe por el tropel de armas furioso:
no sé cual fue la espada señalada
ni aquel brazo pujante y provechoso
que el mástil cercenó del araucano
y dos dedos con él de la una mano.

Con el encendimiento que llevaba
no sintió la herida de repente;
mas cuando el brazo y golpe descargaba,
que los dedos y maza faltar sienten,
herida tigre hircana no es tan brava,
ni acosado leon tan impaciente
como el indio, que lleno de postema,
del cielo, infierno, tierra y mar blasfema.

Sobre las puntas de los piés estriba,
y en ellas la persona mas levanta:
el brazo cuanto puede atrás derriba,
y el trozo impele con violencia tanta
que á Ortiz, que alta la espada sobre él iba,
la celada y los cascos le quebranta,
y del grave dolor desvanecido
dió en el suelo de manos sin sentido.

El bárbaro con esto no vengado,
viene sobre él con furia acelerada,
y con la diestra, aun no medrosa, airado,
á Ortiz arrebató la aguda espada:
alzándole la cota por un lado,
le atravesó de la una á la otra hijada,
y la alma del corpóreo alojamiento
hizo el duro y forzoso apartamiento.

La espada á la siniestra el indio trueca,
sintiéndose tullido de la diestra,
y del golpe primero otro derrueca,
que tambien en herir era maestra:
como suele segar la paja seca
el presto segador con mano diestra,
así aquel Tucapel con fuerza brava
brazos, piernas y cuellos cercenaba.

Dejándose guiar por do la ira
le llevaba furioso discurriendo,
unos hiere, maltrata, otros retira,
la espesa selva de astas deshaciendo:
acaso al Padre Lobo un golpe tira,
que contra cuatro estaba combatiendo,
el cual sin ver el fin de aquella guerra
dió el alma á Dios y el cuerpo dió á la tierra.

El grave Leucoton, no menos fuerte,
con el valor que el cielo le concede,
hiere, aturde, derriba y da la muerte,

que nadie en fuerza y ánimo le escede:
no sé cómo á escribirlo todo acierte,
que mi cansada mano ya no puede
por tanta confusion llevar la pluma,
y así reduce mucho á breve suma.

Tambien Angol, soberbio y esforzado,
su corvo y gran cuchillo en torno esgrime,
hiere al jóven Diego Oro, y del pesado
golpe en la dura tierra el cuerpo imprime:
pero en esta sazón Juan de Alvarado,
la furia de una punta le reprime,
que al tiempo que el furioso alfange alzaba
por debajo del brazo le calaba.

No halló defensa la enemiga espada;
lanzándose por parte descubierta,
derecho al corazon hizo la entrada,
abriendo una sangrienta y ancha puerta:
la cara antes del jóven colorada
se vió de marillez mustia cubierta;
descoyuntó el brazo un mortal hielo,
batiendo el cuerpo helado el duro suelo.

El corpulento mozo Mareguano,
que airado á todas partes discurría,
llegó al tiempo que Angol por diestra mano
al riguroso hierro se rendía:
era su íntimo amigo y primo hermano,
de estrecho trato antiguo y compañía;
pues fue siempre en la vida igual la suerte,
quiere dijo tambien que sea en la muerte:

Y contra el matador con repentina
rabia, que el pecho y venas le abrasaba,
un macizo y fornido tronco empuja,
y con fuerza sobre él lo derribaba.
Mas temiendo del golpe la ruina
Alvarado, que el ojo alerta estaba,
saca presto el caballo apercebido,
y en el suelo el tronco quedó metido.

Chilcan, Ongolmo, Cayeguan de un lado,
Lepomande y Purén en compañía,
habian así á los nuestros apretado,
que ganaron gran crédito aquel día:
Tomé, Cayocupil y el esforzado
Pillolco, Caniomangue y Lebopía,
Mareande, Elicura y Lemolemo
de su valor mostraron el estremo.

En esto un rumor súbito se siente
que los cóncavos cielos atronaba,
y era que la victoria abiertamente
por el bárbaro infiel se declaraba:
ya la española destrozada gente
al camino de Itáta enderezaba,
desamparando el suelo desdichado,
de sangre y enemigos ocupado.

Del todo á toda furia comenzando
iban los españoles la huida,
siempre mas el temor apresurando
con agudas espuelas la corrida.
Sigue el alcance y valos aquejando
la bárbara canalla embravecida,
envuelta en una espesa polvoreda,
matando al que por flojo atrás se queda.

Alvarado con ánimo y cordura
los anima y esfuerza y no aprovecha;
que la turbada gente en tal rotura
huye la muerte y plaza tan estrecha:
cuál encamina al monte, y cuál procura
de Mapochó la senda mas derecha,
y cuál, y cuál constante todavía,
animoso con Atropos porfia.

Estos honrosa muerte deseando
despreciaban la vida deshonorada,
aquel forzoso punto dilatando
con raro esfuerzo y valerosa espada:
presto quedó la plaza sin un bando,
de almas vacia y de cuerpos ocupada,

que animosos los pocos que quedaban á las armas y muerte se entregaban.

Unos por los costados caen abiertos; otros de parte á parte atravesados; otros que de su sangre están cubiertos, se rinden á la muerte desangrados: al fin, todos quedaron allí muertos, del riguroso hierro apedezados.

Vamos tras los que aguijan los caballos, que no haremos poco en alcanzallos.

Quién por camino incierto, quién por senda áspera, peligrosa y desusada, bate el caballo y dale suelta rienda,

que el miedo es grande y grande la jornada; el bárbaro escuadron con grita horrenda, por sierra, monte, llano y por cañada las espaldas les iba calentando, hiriendo, dando muerte y derribando.

Habia de la comarca concurrido gente armada por uno y otro lado, que á la mira imparcial habia asistido hasta ver el derecho declarado: en esto alzando un súbito alarido, con el orgullo á vencedores dado, baja las armas, hasta allí neutrales, en daño de las señas imperiales.



Lantaro al frente de su ejército.

Sale en el codicioso seguimiento de la española gente, que corria con furia y ligereza mas que el viento, sin hacerse uno á otro compañía: la mucha turbacion y desaliento que á los nuestros el miedo les ponía los lleva sin caminos, esparcidos por sierras, valles, montes; por ejidos.

Los que tienen caballos mas ligeros ¡oh cuán de corazón son envidiados! ¡qué poco se conocen compañeros de largo tiempo y amistad tratados!

no aprovechan promesas de dineros, ni de bienes allí representados: tanto el miedo ocupado los habia que lugar la codicia aun no tenia;

Antes los intereses despreciando se muestran allí poco codiciosos, tras las ricas celadas arrojando petos de fina plata embarazosos: y así, de las promesas no curando, jugaban los talones presurosos: solo las alas de Icaro quisieran, aunque pasando el mar se derritieran.

Juan Hernando Alvarados la jornada
y con el valiente Ibarra apresuraban,
animando la gente desmayada,
mas no por esto el paso moderaban :
abren por la carrera embarazada,
que ligeros caballos gobernaban,
y aunque con viva espuela los batian,
alargarse de un indio no podian.

Delante largo trecho de la gente,
á los tres les da caza y atormenta
un espaldudo bárbaro valiente
Rengo llamado, mozo de gran cuenta :

este solo los sigue osadamente
y á voces con palabras los afrenta,
y los aprieta y corre á campo raso,
sin poderle ganar un solo paso.

¡Jo! ¡jo! (les vá gritando) ; espera! ; espera!
que mas en castellano nõ sabia ;
pero en su natural lengua primera
atrevidas injurias les decia.

Tres leguas los corrió desta manera,
que jamás de las colas se partia
por mucho que aguijasen los rocines,
llamándolos infames y ruines.



Llevaba una arma en alto levantada,
que no hay quien su faecion y forma diga :
era una gruesa haya mal labrada
de la grandeza y peso de una viga,
de metal la cabeza barreada ;
y esgrimela el garzon sin mas fatiga
que el presto esgrimidor suelto y liviano
juega el fácil baston con diestra mano.

Si alguna vez con el troncon pesado
los caballos el bárbaro alcanzaba,
era de fuerza el golpe tan cargado
que casi derrengados los dejaba ;
así cada caballo escarmentado

sin espuelas el curso apresuraba :
que jamás fué baqueta en la corrida
como el baston del bárbaro temida.

Aunque gran trecho áquel follon se aleja
del seguro monton y amigo bando,
no por esto la dura empresa deja,
antes mas los persigue y vá afrentando :
con prestos piés y maza los aqueja,
la nacion española profanando
en language araucano, que entendian
los tres, que á mas correr dél se desvian.

Veinte veces revuelven los cristianos,
dando sobre él con súbita presteza ;

á todos tres les dá llenas las manos,
con su diabólica arma y ligereza :
entre tanto llegaban los ufanos
indios en el alcance sin pereza ;
y volviendo los tres á su carrera
el bárbaro y baston sobre ellos era.

No por áspero monte ni ágría cuesta
afloja el curso y animoso brio ;
antes cual correr suele sobre apuesta
tras las fieras el Puelche en desafío,
los corre, aflige, aprieta y los molesta ;
y á diez millas de alcance, por do un río
el camino atraviesa al mar corriendo,
se fué en la húmida orilla deteniendo.

El bárbaro escuadron parado habia,
solo el contumaz Rengo porfiando,
desistir de la empresa no queria,
aunque no ve persona de su bando :
los tres lasos cristianos á porfia
iban el ancho vado atravesando,
cuando Rengo cargó de una pesada
piedra la presta honda del usada.

El tronco en el suelo húmido fijado ;
rodea el brazo dos veces, despidiendo
el tosco y gran guijarro así arrojado,
que el monte retumbó del sordo estruendo :
las ninfas por lo mas sesgo del vado,
las cristalinas aguas revolviendo,
sus doradas cabezas levantaron
y á ver el caso atentas se pararon.

El importuno bárbaro no cesa
ni afloja de la empresa que pretende ;
antes con silbos, grita y piedra espesa,
la agua á mas de la cinta los ofende ;
y dándoles en esto mucha priesa,
el beber los caballos les defiende,
diciendo : sús, salid, salid afuera,
que yo os manterné campo en la ribera.

Viendo Alvarado á Rengo así orgulloso,
de la soberbia tema ya impaciente,
dice á los dos : ¡ oh caso vergonzoso,
que á tres nos siga un indio solamente
y triunfe de nosotros victorioso !
no es bien que de españoles tal se cuente :
volvamos, y de aquí jamás pasemos
si primero morir no le hacemos.

Así dijo, y las riendas revolviendo,
segunda vez el vado atravesaban ;
de morir ó matarle proponiendo,
los caballos cansados aguijaban :
en esto el araucano, conociendo
la cólera y furor con que tornaban,
olvidando la maza y presupuesto,
las voladoras plantas mueve presto.

Una larga carrera por la arena
los tres á toda furia le siguieron,
aunque en valde tomaron esta pena,
que el indio mas corrió que ellos corrieron :
faltos, no de intencion pero de lena,
de cansados las riendas recogieron ;
y en un áspero sitio y peligroso
les hizo rostro el bárbaro animoso.

Por espaldas tomó una gran quebrada,
revolviendo á los tres con osadía,
y á falta de la maza acostumbrada,
á menudo la honda sacudia :
de allí con mofa, silbos y pedrada ;
sin poderle ofender los ofendia,
por ser aquel lugar despeñado,
y mas que ellos el bárbaro ligero.

Visto Alvarado serle así escusado
el fin de lo que tanto deseaba,
dejando libre al bárbaro esforzado,
que bien de mala gana se quedaba,
pasa otra vez el ya seguro vado,

y al usado camino se tornaba,
triste en ver que Fortuna por tal modo
se le mostraba adversa y dura en todo.

Habia dejado el campo lautarino
de seguir el alcance grande rato ;
iban los españoles sin camino,
como ovejas que van fuera de hato.
De no seguirlos mas me determino,
que por lo que adelante dellos trato,
dejarlos por agora me es forzado
donde otras veces ya los he dejado.

Con la gente araucana quiero andarme,
dichosa á la sazón y afortunada ;
y, como se acostumbra, desviarme
de la parte vencida y desdichada :
por donde tantos ván quiero guiarme ;
siguiendo la carrera tan usada,
pues la costumbre y tiempo me convence ;
y todo el mundo es ya ¡ viva quien vence !

¡ Cuán usado es huir los abatidos
y seguir los soberbios levantados,
de la instable Fortuna favoritos
para solo despues ser derribados !
Al cabo estos favores, reducidos
á su valor, son bienes empréstados
que habemos de pagar con siete tanto,
como claro nos muestra el nuevo canto.

CANTO X.

Ufanos los araucanos de las victorias habidas, ordenan unas fiestas generales donde concurrieron diversas gentes así extranjeras como naturales, entre los cuales hubo grandes pruebas y diferencias.

CUANDO la varia diosa favorece
y las dádivas prósperas reparte,
¡ cómo al ánimo flaco fortalece,
que de triste mujer se vuelve un Marte ;
y derriba, acobarda y enflaquece
el esfuerzo viril en la otra parte,
haciendo cuesta arriba lo que es llano
y un gran cerro la palma de la mano !

¡ Quién vió los españoles colocados
sobre el mas alto cuerno de la luna
de sus famosos hechos rodeados,
sin punto y muestra de mudanza alguna !
¡ Quién los ve en breve tiempo derribados !
¡ Quién ve en miseria vuelta su fortuna,
seguidos, no de Marte dios sanguíneo,
pero del tímido sexo femenino !

Mirad aquí la suerte tan trocada,
pues aquellos que al cielo no temían,
las mujeres, á quien la rueda es dada,
con varonil esfuerzo los seguían,
y con la diestra á la labor usada
las atrevidas lanzas esgrimían,
que por el hado próspero impelidas,
hacían crudos efectos y heridas.

Estas mujeres digo que estuvieron
en un monte escondidas esperando
de la batalla el fin ; y cuando vieron
que iba de rota el castellano bando,
hiriendo el cielo á gritos descendieron,
el mujeril temor de sí lanzando,
y de ajeno valor y esfuerzo armadas,
toman de los ya muertos las espadas :

Y á vueltas del estruendo y muchedumbre,
también en la victoria embebecidas,
de medrosas y blandas de costumbre
se vuelven temerarias homicidas :
no sienten ni les daban pesadumbre
los pechos al correr, ni las crecidas
barrigas de ocho meses ocupadas,
antes corren mejor las mas preñadas.

Llamábase infelice la postrera,

y con ruegos al cielo se volvía, porque á tal coyuntura en la carrera mover mas presto el paso no podia. Si las mujeres van desta manera, ¿la bárbara canalla cuál iría? De aquí tuvo principio en esta tierra venir tambien mujeres á la guerra.

Vienen acompañando á sus maridos, y en el dudoso trance están paradas; pero si los contrarios son vencidos salen á perseguirlos esforzadas: prueban la flaca fuerza en los rendidos y si cortan en ellos sus espadas, haciéndolos morir de mil maneras, que la mujer cruél eslo de veras.

Así á los nuestros otra vez siguieron hasta donde el alcance habia cesado, y desde allí la vuelta al pueblo dieron, ya de los enemigos saqueado: que cuando hacer mas daño no pudieron, subiendo en los caballos que en el prado sueltos sin órden y gobierno andaban, á sus dueños por juego remedaban.

Quién hace que combate, y quién huía, y quién trás el que huye vá corriendo; quién finge que está muerto, y se tendía, quién correr procuraba no pudiendo: la alegre gente así se entretenía, el trabajo importuno despidiendo, hasta que el sol rayaba los collados que el general llegó y los mas soldados.

Los unos y los otros aguijaban cou gran priesa á abrazarse estrechamente; pero algunos, por mas que se esforzaban, la envidia les hacia arrugar la frente: francos los vencedores se mostraban, repartiendo la presa alegremente; que aun en el pecho vil contra natura puede tanto la próspera ventura.

Una solemne fiesta en este asiento quiso Caupolican que se hiciese, donde del araucano ayuntamiento la gente militar solo estuviere; y con alegre muestra y gran contento, sin que la popular se entremetiese, en danzas, juegos, vicio y pasatiempo allí se detuvieron algun tiempo.

Los juegos y ejercicios acabados, para el valle de Arauco caminaron, do á las usadas fiestas los soldados de toda la provincia convocaron: fueron bastantes plazos señalados, joyas de gran valor se pregonaron, de los que en ellas fuesen vencedores, premios dignos de grandes contendores.

La fama de la fiesta iba corriendo mas que los diligentes mensajeros, en un término breve apercibiendo naturales, vecinos y extranjeros: gran multitud de gente concurriendo, creció el número tanto de guerreros, que ocupaban las tiendas forasteras los valles, montes, llanos y riberas.

Ya el esperado catorceno día, que tanta gente estaba deseando, al campo su color restituía, las importunas sombras desterrando: cuando la bulliciosa compañía de los briosos jóvenes, mostrando el juvenil hervor y sangre nueva, en campo estaban prestos á la prueba.

Fue con solemne pompa referido el órden de los precios, y el primero era un lustroso alfange, guarnecido por mano artificiosa de platero:

este premio fue allí constituido para aquel que con brazo mas entero tirase una fornida y gruesa lanza, sobrando á los demás en la pujanza:

Y de cendrada plata una celada, cubierta de altas plumas de colores, de un cerco de oro puro rodeada, esmaltadas en él varias labores, fue la preciada joya señalada para aquel que entre diestros luchadores en la difícil prueba se estremase y por señor del campo en pié quedase.

Un lebrál animoso, remendado, que el collar remataba una venera de agudas puntas de metal herrado, era el precio de aquel que, en la carrera, de todos armas y presteza armado, arribase mas presto á la bandera que una gran milla lejos tremolaba y el trecho señalado limitaba:

Y de niervos un arco, hecho por arte, con su dorada aljaba que pendia de un ancho y bien labrado talabarte con dos gruesas hebillas de ataugia, este se señaló y se puso aparte para aquel que con flecha á puntería, ganando por destreza el precio rico, llevase al papagayo el corvo pico.

Un caballo morcillo, rabicano, tascando el freno estaba de cabestro, precio del que con suelta y presta mano esgrimiese el baston como mas diestro. Por juez se señaló á Caupolicano, de todos ejercicios gran maestro. Ya la trompeta con sonada nueva llamaba opositores á la prueba.

No bien sonó la alegre trompa, cuando el jóven Orompello, ya en el puesto, airosamente el manto derribando, mostró el hermoso cuerpo bien dispuesto y en la valiente diestra blandiendo una maciza lanza. Luego en esto se ponen asimismo Lepomande, Crino, Pillolco, Guambo y Mareande.

Estos seis, en igual hila corriendo, las lanzas por los fieles igualadas, á un tiempo las derechas sacudiendo, fueron con seis gemidos arrojadas: salen las astas con rumor crujiendo, de aquella fuerza é impetu llevadas, rompen el aire, suben hasta el cielo, bajando con la misma furia al suelo.

La de Pillolco fue la asta primera que falta de vigor á tierra vino, trás ella la de Guambo, y la tercera de Lepomande, y cuarta la de Crino, la quinta de Mareande, y la postrera haciendo por mas fuerza mas camino, la de Orompello fue, mozo pujante, pasando cinco brazas adelante.

Trás estos otros seis lanzas tomaron, de los que por mas fuertes se estimaban, y aunque con fuerza extrema procuraron sobrepujar el tiro, no llegaban: otros trás estos, y otros seis probaron, mas todos con vergüenza atrás quedaban; y por no detenerme en este cuento, digo que lo probaron mas de ciento.

Ninguno con seis brazas llegar pudo al tiro de Orompello señalado, hasta que Leucocon, varon membrudo, viendo que ya el probar habia aflojado, dijo en voz alta: De perder no dudo, mas porque todos ya me habeis mirado, quiero ver este brazo lo que pueda

y á dó llegar mi estrella me concede.

Esto dicho, la lanza requerida,
en ponerse en el puesto poco tarda;
y dando una ligera arremetida,
hizo muestra de sí fuerte y gallarda:
la lanza por los aires impelida
sale cual gruesa bala de bombardá,
ó cual furioso trueno, que corriendo,
por las espesas nubes vá rompiendo.

Cuatro brazas pasó con raudó vuelo
de la señal y raya delantera;
rompiendo el hierro por el duro suelo,
tiembla por largo espacio la asta fuera:
alza la turba un alarido al cielo,
y de tropel con súbita carrera
muchos á ver el tiro van corriendo,
la fuerza y tirador engrandeciendo.

Unos el largo trecho á piés medían
y examinan el peso de la lanza,
otros por maravilla encarecían
del esforzado brazo la pujanza:
otros van por el precio, otros hacían
al vencedor cantares de alabanza,
de Leucoton el nombre levantando
le van en alta voz solemnizando.

Salta Orompello, y por la turba hiende,
y aquel rumor, colérico, baraja,
diciendo: aun no he perdido, ni se entiende
de solo el primer tiro la ventaja:
Caupolicán la vara en esto tiende,
y á tiempo un encendido fuego ataja,
que Tucapel al primo había acudido,
y otros con Leucoton se habían metido.

Caupolicán, que estaba por juez puesto,
mostrándose imparcial, discretamente
la furia de Orompello aplaca presto
con sabrosas palabras blandamente:
y así, no se altercando mas sobre esto,
conforme á la postura, justamente
á Leucoton, por mas aventajado,
le fue ceñido el corvo alfanje al lado.

Acabada con esto la porfía,
y Leucoton quedando vitorioso,
Orompello á una parte se desvía,
del caso algo corrido y vergonzoso;
mas como sabio mozo lo encubría,
de verse en ocasiones deseoso
por dó con Leucoton, y causa nueva,
venir pudiese á mas estrecha prueba.

Era Orompello mozo asáz valido,
que desde su niñez fue muy brioso,
manso, tratable, fácil, corregido,
y, en ocasion metido, valeroso;
de muchos en asiento preferido
por su esfuerzo y linaje generoso,
hijo del venerable Mauropande,
primo de Tucapel y amigo grande.

Puesto nuevo silencio y despejado
el campo dó la prueba se hacía,
el diestro Cayeguan, mozo esforzado,
á mantener la lucha se metía:
no pasó mucho, cuando de otro lado
con gran disposición Torquin salía
de haber en él pujanza y ligereza,
ambos en el luchar de gran destreza.

Dada señal, con pasos ordenados
los dos gallardos bárbaros se mueven;
ya los viérades juntos, ya apartados;
ora tienden el cuerpo, ora le embeben:
por un lado y por otro recatados
se inquierén, cercan, buscan y remueven,
tientan, vuelven, revuelven y se apuntan,
y al cabo con gran ímpetu se juntan.

Hechas las presas y ellos recogidos,
en su fuerza procuran conocerse;

pero de ardor colérico encendidos
comienzan por el campo á revolverse;
cíñense piés con piés, y entretregidos
cargan á un lado y otro, sin poderse
llevar cuanto una mínima ventaja,
por mas que el uno y otro se trabaja.

Andando así, en un tiempo, cauteloso
metió la pierna diestra Cayeguan;
quiso Torquin ceñirla codicioso
cargando con gran fuerza á aquella mano:
sácala á tiempo Cayeguan mañoso,
y el cuerpo de Torquin quedando en vano,
del mismo peso y fuerza que traía
á los piés enemigos se tendía.

Tras este el fuerte Rengo se presenta,
el cual, lanzando fuera los vestidos,
descubre la persona corpulenta,
brazos robustos, músculos fornidos:
mirale la confusa turba atenta,
que de cuatro entre todos escogidos
este valiente bárbaro era el uno,
jamás sobrepujado de ninguno.

Con gran fuerza los hombros sacudiendo
se apareja á la lucha y desafío,
y al vencedor contrario apercibiendo
le vá á buscar con animoso brio:
de la otra parte Cayeguan saliendo
en medio de aquel campo á su albedrío;
vienen los dos gallardos á juntarse,
procurando en la presa aventajarse.

Un rato los juzgaron igualmente,
y anduvo en duda la vitoria incierta;
mas luego Rengo dió señal patente
con que fue su pujanza descubierta:
que entre los duros brazos reciamente
al triste Cayeguan, la boca abierta,
sin dejarle alentar, le retraía,
y acá y allá con él se revolvia.

Alzóle de la tierra: y apretado,
en el aire gran pieza le suspende;
Cayeguan sin color, desalentado,
abre los brazos y las piernas tiende:
viéndolo así rendido, el esforzado
Rengo que á la vitoria solo atiende,
dejándole bajar, con poca pena
le estampa de gran golpe en el arena.

Sacáronle del campo sin sentido,
y á su tienda en los hombros le llevaron:
todos la fuerza grande y el partido
de Rengo en alta voz solemnizaron:
pero cesando en esto aquel ruido,
á sus asientos luego se tornaron,
porque vieron que Talco aparejado
el puesto de la lucha había tomado.

Fue este Talco de pruebas gran maestro,
de recios miembros y feroz semblante,
diestro en la lucha y en las armas diestro,
ligero y esforzado, aunque arrogante;
y con todas las partes que aquí muestro,
era Rengo mas suelto y mas pujante,
usado en los robustos ejercicios,
que dello su persona daba indicios.

Talco se mueve y sale con presteza,
Rengo espaciosamente se movía;
fiase mucho el uno en la destreza,
el otro en su vigor solo se fia:
en esto con estraña ligereza,
cuando menos cuidado en Talco había,
un gran salto dió Rengo no pensado,
cogiendo al enemigo descuidado.

De la suerte que el tigre cauteloso,
viendo venir lozano al suelto pardo,
el cuello bajo, lerdó y perezoso,
con ronco son se mueve á paso tardo,
y en un instante súbito y furioso

salta sobre él con ímpetu gallardo,
y echándole la garra, así le aprieta,
que le oprime, le rinde y le sujeta :

De esta manera Rengo á Talco afierra
y, antes que á la defensa se prevenga,
tan recio le apretó contra la tierra,
que el lomo quebrantado lo derriega:
viéndolo pues así, lo desafierra,
y á su puesto, esperando que otro venga,

vuelve, dejando el campo con tal hecho
de su estremada fuerza satisfecho.

Mas no hubo en hombre allí tal osadía
que á contrastar al bárbaro se atreva;
y así, porque la noche ya venia,
se difirió la comenzada prueba
hasta que el carro del siguiente día
alegrase los campos con luz nueva :
sonando luego varios instrumentos,



de las mesas hinchieron los asientos.

Pues otro día, saliendo de su tienda
el hijo de Leocan, acompañado
de gran gente, al lugar de la contienda
con altos instrumentos fue llevado :
Rengo, porque su fama mas se estienda,
dando una vuelta en torno del cercado
entró dentro con una bella muestra,
y á mantener se puso la palestra.

Después por dos horas Rengo tuvo el puesto

sin que nadie la plaza le pisase,
que no se vió soldado tan dispuesto
que, viéndole, el lugar vacío ocupase :
pero ya Leucoton mirando en esto,
que, porque su valor mas se notase,
hasta ver el mas fuerte había esperado,
con grave paso entró en el estacado.

Luego un rumor confuso y grande estruendo
entre el parlero vulgo se levanta
de ver estos dos juntos, conociendo

en ambos igualmente fuerza tanta. Leucoton, la persona recogiendo, á recibir á Rengo se adelanta, que con gallardo paso se venia de esfuerzo acompañado y lozanía.

Vienen al parangon dos animosos que en esfuerzo y pujanza par no tienen : unas veces aguijan presurosos, otras frenan el paso y lo detienen : andan en torno y miran cautelosos, y á todos los engaños se previenen ; pero no tardó mucho que cerraron, y con estrechos ñudos se abrazaron.

Juntándose los dos pechos con pechos, van las últimas fuerzas apurando : ya se afirman y tienen muy estrechos, ya se arrojan en torno volteando, ya los izquierdos, ya los piés derechos se enclavijan y enredan, no bastando cuanta fuerza se pone, estudio y arte, á poder mejorarse alguna parte.

Acá y allá furiosos se rodean, la fuerza uno del otro resistiendo ; tanto forcejan, gimen, hijadéan, que los miembros se van entorpeciendo ; tiemblan de la fatiga y titubean las cansadas rodillas, no pudiendo comportar el teson y furia insana, que al fin eran de hueso y carne humana.

De sudor grueso y engrosado aliento cubiertos los dos bárbaros andaban, y del fogoso y recio movimiento roncós los pechos dentro resonaban : ellos siempre con mas encendimiento, sacando nuevas fuerzas, procuraban llegar la empresa al cabo comenzada por ganar el honor y la celada.

Pero ventaja entre ellos conocida no se vió allí, ni de flaqueza indicio ; ambos jóvenes son de edad florida, iguales en la fuerza y ejercicio : mas la suerte de Rengo enflaquecida, y el hado, que hasta allí le fue propicio, hicieron que perdiese á su despecho del precio y del honor todo el derecho.

Habia en la plaza un hoyo hácia el un lado, engaste de un guijarro y nuevamente estaba de su asiento levantado por el concurso y huella de la gente : desto el cansado Rengo no avisado, metió el pié dentro, y desgraciadamente, cual cae de la segur herido el pino, con no menor estruendo á tierra vino.

No la pelota con tan presto salto resurte arriba del macizo suelo, ni la águila, que al robo cala de alto, sube en el aire con tan recio vuelo ; como de corrimiento el seso falto, Rengo rabioso, amenazando al cielo, se puso en pié, que aun bien no tocó en tierra, y contra Leucoton furioso cierra.

Como en la fiera lucha Anteó temido por el furioso Alcides derribado, que de la tierra madre recogido, cobraba fuerza y ánimo doblado ; así el airado Rengo embravecido, que apenas en la arena habia tocado, sobre el contrario arriba de tal suerte, que al extremo llegó de honrado y fuerte.

Tanta afrenta, vergüenza y dolor siente el público lugar considerando, que abrasado de fuego y rabia ardiente se le fueron las fuerzas aumentando ; y furioso, colérico, impaciente, de suerte á Leucoton va retirando,

que apenas le resiste ; y el suceso oireis en el siguiente canto espreso.

CANTO XI.

Acábanse las fiestas y diferencias, y caminando Lantaró sobre la ciudad de Santiago, antes de llegar á ella hace un fuerte, en el cual metido, vienen los españoles sobre el donde invieron una recia batalla.

CUANDO los corazones nunca usados á dar señal y muestra de flaqueza se ven en lugar público afrentados, entonces manifiestan su grandeza, fortalecen los miembros fatigados, despiden el cansancio y la torpeza, y salen fácilmente con las cosas que eran antes, Señor, dificultosas.

Así le avino á Rengo, que en cayendo, tanto esfuerzo le puso el corrimiento, que lleno de furor y en ira ardiendo se le dobló la fuerza y el aliento : y al enemigo fuerte, no pudiendo ganarle antes un paso, agora ciento alzado de la tierra le llevaba, que aun afirmar los piés no le dejaba.

Adelante la cólera pasara y hubiera alguna brega en aquel llano, si, receloso de esto, no bajara presto de arriba el hijo de Pillano, que de Caupolicán traía la vara, y él propio los aparta de su mano : que no fue poco, en tanto encendimiento tenerle este respeto y miramiento.

Siendo desta manera sin ruido despartida la lucha ya enconada, le fue á Rengo su honor restituído, mas quedó sin derecho á la celada : aun no estaba del todo difinido, ni la plaza de gente despojada, cuando el mozo Orompello dijo presto : mi vez ahora me toca, mio es el puesto.

Que bramando entre sí se deshacia esperando aquel tiempo deseado, viendo que Leucoton ya mantenía, del tiro de la lanza no olvidado : con gran desemboltura y gallardía salva el palenque y entra el estacado, y en medio de la plaza, como digo, llamaba cuerpo á cuerpo al enemigo.

La trápala y murmurio en el momento creció, porque parando el pueblo en ello, conoce por allí cuán descontento del fuerte Leucoton está Orompello : témesse que vendrán á rompimiento, mas nadie se atraviesa á defendello, antes la plaza libre les dejaron y los vacíos lugares ocuparon.

El pueblo, de la lucha deseoso la mas parte á Orompello se inclinaba ; mira los bellos miembros y el airoso cuerpo que á la sazón se desnudaba, la gracia, el pelo crespo y el hermoso rostro, donde su poca edad mostraba, que veinte años cumplidos no tenía, y á Leucoton á fuerzas desafia.

Juzgan ser desconformes los presentes las fuerzas de estos dos por la apariencia ; viendo del uno el garbo y los valientes niervos, edad perfecta y esperiencia ; y del otro los miembros diferentes, la tierna edad y grata adolescencia ; aunque á tal opinion contradecía la muestra de Orompello y osadía :

Que puesto en su lugar, ufano espera el son de la trompeta, como cuando

el fogoso caballo en la carrera
la seña del partir está aguardando;
y cual halcón, que en la húmida ribera
ve la garza de lejos blanqueando,
que se alegra y se pule ya lozano,
y está para arrojarle de la mano.

El gallardo Orompello así esperaba
aquel alegre son para moverse,
que de ver la tardanza, imaginaba
que habían impedimentos de ofrecerse.
Visto que tanto ya se dilataba,
queriendo á su sabor satisfacerse,
derecho á Leucoton sale animoso,
que no fue en recibirle perezoso.

En gran silencio vuelto el rumor vano,
quedando mudos todos los presentes
en medio de la plaza, mano á mano,
salen á se probar los dos valientes.
Como cuando el lebel y fiero alano,
mostrándose con ronco son los dientes,
yertos los cerros y ojos encendidos,
se vienen á morder embravecidos;

De tal modo los dos amordazados,
sin esperar trompeta ni padrino,
de coraje y rencor estimulados,
de medio á medio parten el camino,
y en un instante iguales, aferrados,
con estremada fuerza y diestro tino
se ciñeron los brazos poderosos,
echándose á los piés lazos nudosos.

Las desconformes fuerzas, aunque iguales,
los lleva, arroja y vuelve á todos lados;
viéranlos sin mudarse á veces tales
que parecen en tierra estar clavados:
donde ponen los piés, dejan señales,
caban el duro suelo, y apretados,
juntándose rodillas con rodillas,
hacen crujir los huesos y costillas.

Cada cual del valor, destreza y maña
usaba que en tal tiempo usar podía,
viendo el duro teson y fuerza extraña
que en su recio adversario conocía:
revuélvense los dos por la campaña,
sin conocerse en nadie mejoría;
pero tanto de acá y de allá anduvieron
que ambos juntos á un tiempo en tierra dieron.

Fue tan presto el caer, y en el momento
tan presto el levantarse, por manera,
que se puede decir que el mas atento,
á mover la pestaña, no lo viera:
ventaja ni señal de vencimiento
juzgarse por entonces no pudiera;
que Leucoton arrodilló en el llano
y Orompello tocó sola una mano.

En esto los padrinos se metieron,
y á cada lado el suyo retirando,
en disputa la lucha resumieron,
sus puntos y razones alegando:
de entrambas partes gentes acudieron,
la porfia y rumor multiplicando;
quién daba al uno el precio, honor y gloria;
quién cantaba del otro la victoria.

Tucapel, que estaba en un asiento
á la diestra del hijo de Pillano,
visto lo que pasaba, en el momento
salta en la plaza, la ferrada en mano;
y con aquel usado atrevimiento
dice: El precio ganó mi primo hermano,
y si alguno esta causa me defiende,
hárele yo entender que no lo entiende:

La joya es de Orompello, y quien bastante
se crea á reprobear el voto mío,
en campo estamos, hágase adelante,
que en suma le desmiento y desafío.
Leucoton con un término arrogante

dice: Yo amansaré tu loco brio,
y el vano orgullo y necio devaneo,
que mucho tiempo ha ya que lo deseo.

Conmigo lo has de haber, que comenzado
juego tenemos ya, dijo Orompello.
Responde Leucoton fiero y airado:
contigo y con tu primo quiero habello.
Caupolicán en esto era llegado,
que del supremo asiento, viendo aquello,
había bajado á la sazón, confuso,
y allí su autoridad toda interpuso.

Leucoton y Orompello, conociendo
que el gran Caupolicán allí venía,
las enconosas voces deteniendo
cada cual por su parte se desvía:
mas Tucapel, la maza revolviendo,
que otro acuerdo y concierto no quería,
lleno de ira diabólica, no calla,
llamando á todo el mundo á la batalla.

Ruego y medios con él no valen nada
del hijo de Leocán ni de otra gente,
diciendo que á Orompello la celada
por vencedor le den primeramente:
después, que en plaza franca y estacada
con Leucoton le dejen libremente,
donde aquella disputa se decida,
perdiendo de los dos uno la vida.

Puesto Caupolicán en este aprieto,
lleno de rabia y de furor movido,
le dice: haré que guardes el respeto
que á mi persona y cargo le es debido.
Tucapel le responde: yo prometo
que por temor no baje del partido;
y aquel que en lo que digo no viniere,
haga á su voluntad lo que pudiere.

Guardaréte respeto, si derecho
en lo que justo pido me guardares,
y mientras que con recto y sano pecho
la causa sin pasión de esto mirares:
mas si, contra razón, solo de hecho,
torciendo la justicia lo llevares,
por tí y tu cargo, y todo el mundo junto,
no perderé de mi derecho un punto.

Caupolicán, perdida la paciencia,
se mueve á Tucapel determinado;
mas Colocolo, viejo de experiencia,
que con temor le andaba siempre al lado,
le hizo una acatada resistencia
diciendo: ¿estás, señor, tan olvidado
de tí y tu autoridad y salud nuestra
que lo pongas en solo alzar la diestra?

Mira, señor, que todo se aventura:
mira que están los mas ya diferentes:
de Tucapel conoce la locura
y la fuerza que tiene de parientes;
lo que enmendarse puede con cordura
no lo enmiendes con sangre de inocentes:
dale á Orompello el contenido precio,
y otro al competidor de igual aprecio.

Si por rigor y término sangriento
quieres poner en riesgo lo que queda,
(puesto que sobre fijo fundamento
fortuna á tu sabor mueva la rueda,
y el juvenil furor y atrevimiento
castigar á tu salvo te conceda)
queda tu fuerza mas disminuida,
y al fin tu autoridad menos temida.

Pierdes dos hombres, pierdes dos espadas
que el límite araucano han estendido,
y en las fieras naciones apartadas
hacen que sea tu nombre tan temido:
si ahora han sido aquí desacatadas,
mira lo que otras veces han servido
en trances peligrosos, derramando
la sangre propia y del contrario bando.

Imprimieron así en Caupolicano las razones y celo de aquel viejo, que frenando el furor dijo: en tu mano lo dejo todo y tomo ese consejo. Con tal resolución, el sabio anciano, viendo abierto camino y aparejo, habló con Leucoton, que vino en todo, y á los primeros después del mismo modo.

Y así el viejo eficaz los persuadiera, que en tal discordia y caso tan diviso, lo que el mundo universo no pudiera pudo su discreción y buen aviso: fuélos, pues, reduciendo de manera, que vinieron á todo lo que quiso; pero con condición que la celada por precio al Orompello fuese dada.

Pues la rica celada allí traída al ufano Orompello le fue puesta; y una cuera de malla guarnecida de fino oro á la par vino con esta, y al mismo tiempo á Leucoton vestida. Todos conformes, en alegre fiesta á las copiosas mesas se sentaron, donde mas la amistad confederaron.

Acabado el comer, lo que del día les quedaba, las mesas levantadas, se pasó en regocijo y alegría, tejiendo en corros danzas siempre usadas, donde un número grande intervenía de mozos y mujeres festejadas; que las pruebas cesaron y ocasiones atento á no mover nuevas cuestiones.

Cuando la noche el horizonte cierra y con la negra sombra al mundo abraza, los principales hombres de la tierra se juntaron en una antigua plaza á tratar de las cosas de la guerra, y en el discurso dellas har la traza, diciendo que el subsidio padecido había de ser con sangre redemido.

Salieron con que al hijo de Pillano se cometiese el cargo deseado, y el número de gente por su mano fuese absolutamente señalado: tal era la opinión del araucano y tal crédito y fama había alcanzado, que si asolar el cielo prometiera crédito á la promesa se le diera.

Y entre la gente jóven mas granada fueron por él quinientos escogidos, mozos gallardos, de la vida airada, por mas bravos que pláticos tenidos: y hubo de otros por ir esta jornada tantos ruegos, protestos y partidos, que escusa no bastó ni impedimento á no esceder la copia en otros ciento.

Los que Lautaro escoge son soldados perdidos por bullicio y disensiones, en el duro trabajo ejercitados, diabólicos, rufianes, desgarrones, á cualquiera maldad determinados, amigos de mudanzas y cuestiones, homicidas, sangrientos, temerarios, grandísimos ladrones y corsarios,

Con esta buena gente caminaba pacífico hasta el Maule atravesando, y las tierras, después, por do pasaba iba á fuego y á sangre sujetando: todo sin resistir se le allanaba, sometiéndose al yugo y nuevo mando; caciques y señores le obedecen; con haciendas y gentes se le ofrecen.

Los bárbaros en pueblos y ciudades la comarca arruinan y destruyen: talan comidas, casas y heredades,

que los indios de miedo al pueblo huyen: estupro, adulterios y maldades por violencia sin término concluyen, no reservando edad, estado y tierra, que á fuego y sangre rota era la guerra.

No paran con la gana que tenían de venir con los nuestros á la prueba: los indios comarcanos que huían llevan á la ciudad la triste nueva: rumores y alborotos se movían, el bélico bullicio se renueva, aunque algunos que el caso contemplaban á tales nuevas crédito no daban.

Dicen que era locura claramente pensar que así una escuadra desmandada de tan pequeño número de gente se atreviese á emprender esta jornada, y mas contra ciudad tan eminente, y lejos de su tierra y apartada; pero los que de Penco habían salido tienen por mas el daño que el ruido.

Votos hay que saliesen al camino, estos son de los jóvenes bríosos; otros que era imprudencia y desatino, por los pasos y sitios peligrosos: á todos con presteza se previno, que de grandes reparos ingeniosos el pueblo fortalecen, y en un punto despachan corredores todo junto,

Debajo de un caudillo diligente, que verdadera relación trujese del número y designio de la gente; con comisión, si lance le saliese á su honor y defensa conveniente, que al bárbaro escuadrón acometiese, volviendo á rienda suelta dos soldados para que dello fuesen avisados.

Por no haber caso en esto señalado, abrevio con decir que se partieron, y al cuarto día, con ánimo esforzado, sobre el campo enemigo amanecieron: travóse el juego, y no duró travado, que los bárbaros luego los rompieron, y todos con cuidado y piés ligeros revolvieron á ser los mensajeros.

Sin aliento, cansados y afligidos vuelven con testimonio asaz bastante, de como fueron rotos y vencidos por la fuerza del bárbaro pujante, lasos, llenos de sangre, mal heridos, con pérdida de un hombre, el cual delante y en medio de los campos desmandado, á manos de Lautaro había espirado.

Cuentan, que levantado un muro había á donde con sus bárbaros se acoge, y que infinita gente le acudia, de la cual la mas diestra y fuerte escoge: tambien que bastimentos cada día y cantidad de munición recoge, afirmando por cierto, fuera desto, que sobre la ciudad llegará presto.

Quien incrédulo dello antes estaba, teniendo allí el venir por desvarío, á tan clara señal crédito daba; helándole la sangre un miedo frío: quién de pura congoja trasudaba, que de Lautaro ya conoce el brio; quién con ardiente y animoso pecho bramaba por venir mas presto al hecho.

Villagran enfermado acaso había, no puede á la sazón seguir la guerra; mas con ruegos y dádivas movía la gente mas gallarda de la tierra: y por caudillo en su lugar ponía un caro primo suyo, en quien se encierra

todo lo que conviene á buen soldado ,
Pedro de Villagran era llamado.

Este , sin mas tardar , tomó el camino
en demanda del bárbaro Lautaro ,
y el cargo que tan loco desatino
como es venir allí le cueste caro :
dióse tal priesa á andar , que presto vino
á la corva ribera del río claro ,
que vuelve atrás en círculo gran trecho ,
despues hasta la mar corre derecho.

Media legua pequeña , elige un puesto ,
de donde estaba el bárbaro alojado ,
en el lugar mejor y mas dispuesto ,
y allí por ver la noche ha reparado :
estaba á cualquier trance y rumor presto ,
de guardia y centinelas rodeado ,
cuando sin entender la cosa cierta
gritaban : ¡ arma ! ¡ arma ! ¡ alerta ! ¡ alerta !

Esto fue que Lautaro habia sabido
como allí nuestra gente era llegada ,
que despues de la haber reconocido
por su misma persona y numerada ,
volvióse sin de nadie ser sentido ;
y mostrando estimar aquello en nada ,
hizo de los caballos que tenia
soltar el de mas furia y lozanía.

Diciendo en alta voz : si no me engaño ,
no deben de saber que soy Lautaro
de quien han recibido tanto daño ,
daño que no tendrá jamás reparo :
mas , porque no me tengan por extraño ;
y el ser yo aquí venido sea mas claro ,
sabiendo con quien vienen á la prueba ,
quiere que este rocin lleve la nueva.

Diez caballos , señor , habia ganado
en la refriega y última revuelta :
el mejor ensillado y enfrenado ,
porque diese el aviso cierto , suelta :
siendo el feroz caballo amenazado ,
hácia el campo español toma la vuelta
al rastro y al olor de los caballos ,
y esta fue la ocasion de alborotallos.

Venia con un rumor y furia tanta ,
que dió mas fuerza al arma y mayor fuego ;
la gente recatada se levanta
con sobresalto y gran desasosiego :
el escándalo tanto no fue cuanta
era despues la burla , risa y juego ,
de ver que un animal de tal manera
en arma y alboroto los pusiera.

Pasaron sin dormir la noche en esto ,
hasta el nuevo apuntar de la mañana ,
que con ánimo y firme presupuesto
de vencer ó morir de buena gana
salen del sitio y alojado puesto
contra la gente bárbara araucana ,
que no menos estaba acudiciada
de venir al efecto de la espada.

Un edicto Lautaro puesto habia
que quien fuera del muro un paso diese ,
como por crimen grave y rebeldía ,
sin otra informacion luego muriese :
así , el temor frenando á la osadía ,
por mas que la ocasion la conmoviese ,
las riendas no rompió de la obediencia
ni el ímpetu pasó de su licencia.

Del muro estaba el bárbaro cubierto ,
no dejando salir soldado fuera ;
quiere que su partido sea mas cierto ,
encerrando á los nuestros de manera
que no les aproveche en campo abierto
de ligeros caballos la carrera
mas solo ánimo , esfuerzo y entereza ,
y la virtud del brazo y fortaleza.

Era el órden así , que acometiendo

la plaza , al tiempo del herir volviesen
las espaldas los bárbaros huyendo ,
porque dentro los nuestros se metiesen :
y algunos por defuera revolviendo ,
antes que los cristianos se advirtiesen ,
ocuparles las puertas del cercado ,
y combatir allí á campo cerrado.

Con tal ardid los indios aguardaban
á la gente española que venia ;
y en viéndola asomar , la saludaban
alzando una terrible vocería :
soberbios desde allí la amenazaban
con audacia , desprecio y bizarria ,
quién la fornida pica blandiendo ,
quién la maza ferrada levantando.

Como toros que van á ser lidiados ,
cuando aquellos que cerca los desean ,
con silvos y rumor de los tablados
(seguros de peligro) los toread ,
y en su daño los hierros amolados
sin miedo amenazándolos blandean ;
así la gente bárbara araucana
del muro amenazaba á la cristiana.

Los españoles , siempre con semblante
de parecerles poca aquella caza ,
paso á paso caminan adelante ,
pensando de allanar el fuerte y plaza ,
en alta voz diciendo : no es bastante
el muro , ni la pica y dura maza
á estorbaros la muerte merecida ,
por la gran desvergüenza cometida.

Llegados de la fuerza poco trecho ,
reconocida bien por cada parte ,
pónenle el rostro , y sin torcer , derecho
asaltan el fosado baluarte :
por acabado tienen aquel hecho :
de los bárbaros huye la mas parte ,
ganan las puertas francas con gran gloria ,
cantando en altas voces la vitoria.

No hubiera relacion deste contento
si los primeros indios aguardaran
tanto espacio y sazon cuanto un momento
que las puertas los últimos tomarán :
mas viéndolos entrar , sin sufrimiento ,
ni poderse abstener , luego reparan :
haciendo la señal que no debían ,
hicieron revolver los que huían.

Como corre el caballo cuando ha olido
las yeguas que atrás quedan y querencia ,
que allí el intento inclina y el sentido ,
gime y relincha con celosa ausencia ,
afloja el curso , atrás tiende el oído
alerto á sí el señor le da licencia ,
que á dar la vuelta aun no le ha señalado ,
cuando sobre los piés ha volteado ;

De aquel modo los bárbaros huyendo ,
con muestra de temor , aunque fingida ,
firman el paso presuroso oyendo
la alegre y cierta seña conocida :
y encontra de los nuestros esgrimiendo
la cruda espada , al parecer rendida ,
vuelven con una furia tan terrible
que el suelo retembló del son horrible.

Como por sesgo mar del manso viento
siguen las graves olas el camino ,
y con furioso y recio movimiento
salta el contrario coro repentino :
que las arenas del profundo asiento
las saca arriba en turbio remolino ,
y , las hinchadas olas revolviendo ,
al tempestuoso coro van siguiendo ;

De la misma manera á nuestra gente ,
que el alcance sin término seguía ,
la subita mudanza de repente
le turbó la victoria y alegría :

que, sin se reparar, violentamente por el mismo camino revolvía, resistiendo con ánimo esforzado el número de gente aventajado.

Mas como un caudaloso rio de fama, la presa y palizada desatando, por inculco camino se derrama, los arraigados troncos arrancando; cuando con desfrenado curso brama, cuanto topa delante arrebatando, y los duros peñascos enterrados por las furiosas aguas son llevados;

Con impetu y violencia semejante los indios á los nuestros arrancaron, y, sin pararles cosa por delante, en furiosa corriente los llevaron: hasta que con veloz furor pujante de la cerrada plaza los lanzaron, que el miedo de perder allí la vida les hizo el paso llano á la salida.

De mas prisa y con piés mas desenvueltos los sueltos españoles que á la entrada, en una polvorosa nube envueltos salen del cerco estrecho y palizada: entre ellos van los bárbaros revueltos, una gente con otra amontonada, que sin perder un punto se herian de manos y de piés como podian.

No el alzado antepecho y agujeros que fuera dél en torno habia cavados, ni la fagina y suma de maderos con los fuertes bejucos amarrados detuvieron el curso á los ligeros caballos, de los hierros ostigados; que, como si voláran por el viento, salieron á lo llano en salvamento.

Los españoles sin parar corriendo, libre la plaza á los contrarios dejan, que la fortuna próspera siguiendo con prestos piés y manos los aquejan: pero los nuestros, el morir temiendo, siempre alargan el paso y mas se alejan, reparando á las veces reciamente la gran furia y pujanza de la gente.

Bien una legua larga habian corrido á toda furia por la seca arena; solo Lautaro no los ha seguido, lleno de enojo y de rabiosa pena: viendo el poco sosten del mal regido campo, tan recio el rico cuerno suena, que los mas delanteros lo sintieron, y al son, sin mas correr, se retrujeron.

Estaba así impaciente y enojado, que mirarle á la cara nadie osaba, y al pabellon él solo retirado un nuevo edicto publicar mandaba, que guerrero ninguno fuese osado salir un paso fuera de la cava, aunque los españoles revolviessen y mil veces el fuerte acometiesen.

Despues llamando á junta á los soldados, (aunque ardiendo en furor) templadamente les dice: amigos, vamos engañados si con tan poco número de gente pensamos allanar los levantados muros de una ciudad así eminente: la industria tiene aquí mas fuerza y parte que la temeridad del fiero Marte.

Esta los fieros ánimos reprime, y á los flacos y débiles esfuerza: las cervices indómitas oprime en el yugo domésticas por fuerza: esta el honor y pérdidas redime, y la sazón á usar della nos fuerza; que la industria solícita y fortuna

tienen conformidad y andan á una.

Cumple partir de aquí, muestras haciendo que solo de temor nos retiramos, y asegurar los españoles, viendo como el honor y campo les dejamos; que despues á su tiempo revolviendo haremos lo que así dificultamos, teniendo ellos el llano, y por guarida vecina la ciudad fortalecida.

El hijo de Pillan esto decia, cuando asomaba el bando castellano, que con esfuerzo nuevo y osadia quiere probar segunda vez la mano. Fue tanto el alborozo y alegría de los bárbaros viendo por el llano aparecer los nuestros, que al momento gritan y baten palmas de contento.

En esto los cristianos acercando poco á poco se van á la batalla, y al justo tiempo del partir llegando, dejan irse á la bárbara canalla: que uno la maza en alto, otro bajando la pica, el cuerpo esento en la muralla, con animoso esfuerzo se mostraban, y al ejercicio bélico incitaban.

Unos acuden á las anchas puertas y comienzan allí el combate duro; de escudos las cabezas bien cubiertas se llegan otros al guardado muro; otros buscan por partes descubiertas la subida y el paso mas seguro: hinche el bando español la cava honda, y el araucano el muro á la redonda.

Pero el pueblo español con osadia, cubierto de fortísimos escudos, la lluvia de los tiros resistia y los botes de lanzas muy agudos. Era tanta la grita y armonía, y el espeso batir de golpes crudos, que Maule el rauda curso refrenaba confuso al son que en torno rimbombaba.

Por las puertas y frente y por los lados el muro se combate y se defiende; allí corren con prisa amontonados á donde mas peligro haberse entiende: allí con prestos golpes esforzados á su enemigo cada cual ofende con tan terrible afeto y fuerza dura que poco importa escudo ni armadura.

Los nuestros hácia atrás se retrujeron, de los tiros y golpes impelidos, tres veces, y otras tantas revolviéron de vergonzosa cólera movidos: gran pieza á la fortuna resistieron: mas ya todos andaban mal heridos, flacos, sin fuerza, lasos, desangrados, y de sangre lo hierros colorados.

El coraje y la cólera es de suerte, que va en aumento el daño y la crueza, hallan los españoles siempre el fuerte mas fuerte y en los golpes mas dureza: sin temor acometen de la muerte; pero poco aprovecha esta braveza, que el que menos herido y flaco andaba por seis partes la sangre derramaba.

Hasta la gente bárbara se espanta de ver lo que los nuestros han sufrido de espesos golpes, flecha y piedra tanta que sin cesar sobre ellos ha llovido; y cuán determinados y con cuanta furia tres veces han acometido, desto los enemigos impacientes apretaban los puños y los dientes.

Y como tempestad que jamás cesa, antes que va en furioso crecimiento,

cuando la congelada piedra espesa
hiere los techos y se esfuerza el viento :
así los duros bárbaros, apriesa,
movidos de vergüenza y corrimiento,
con lanzas, dardos, piedras arrojadas,
baten dargas, rodela y celadas.

Los cansados cristianos, no pudiendo
sufrir el gran trabajo incompartible,
se van forzosamente retrayendo
del vano intento y plaza incespugnable :
y el destrozado campo recogiendo,
vista su suerte y hado miserable,
por el mismo camino que vinieron,
aunque con menos furia, se volvieron.

Aquella noche al pié de una montaña
vinieron á tener su alojamiento,
segura de enemigos la campaña,
que ninguno salió en su seguimiento :
decir prometo la cautela estraña
de Lautaro despues, que ahora me siento
flaco, cansado, ronco ; y entre tanto
esforzaré la voz al nuevo canto.

CANTO XII.

Recogido Lautaro en su fuerte, no quiere seguir la vitoria por
entretener á los españoles. Pasa ciertas razones con el Marco
Veaz, por las cuales Pedro de Villagran viene á entender el
peligroso punto en que estaba, y levantando su campo se re-
tira. Viene el marques de Cañete á la ciudad de Los Reyes en
el Perú.

Virtud difícil y difícil prueba
es guardar el secreto peligroso,
que la dificultad bien claro prueba
cuanto es sano, seguro y provechoso ;
y el poco fruto y mucho mal que lleva
el vicio inútil del hablar dañoso :
ejemplo los de Libico homicidas,
y otros que les costó el hablar las vidas.

Veránse por los ojos y escrituras
en los presentes tiempos y pasados
crüeldades, ruínas, desventuras,
infamias, puniciones de pecados,
grandes yerros en grandes coyunturas,
pérdidas de personas y de estados :
todo por no sufrir el indiscreto.
la peligrosa carga del secreto.

De los vicios, el menos de provecho
y por donde mas daño á veces viene,
es el no retener el fácil pecho
el secreto hasta el tiempo que conviene :
rompe y deshace al fin todo lo hecho,
quita la fuerza que la industria tiene,
guerra, furor, discordia, fuego enciende :
al propio dueño y al amigo vende.

Por esto el sabio hijo de Pillano
la causa á sus soldados encubria
de no dejar salir gente á lo llano
siguiendo la vitoria de aquel dia :
y el retirado campo castellano,
seguro á paso largo por la via,
como dije, la furia quebrantada,
toma de la ciudad la vuelta usada.

Usar Lautaro desta maña, entiendo
que fuese para algun sagaz intento,
el cual, por conjeturas, comprehendo
ser de gran importancia y fundamento.
Dejado esto á su tiempo, y revolviendo
á los nuestros, que así del fuerte asiento
se alejan, á tres leguas otro dia
hicieron alto, asiento y ranchería.

Dos dias los españoles estuvieron
haciendo de los bravos aguardando ;
pero jamás los bárbaros vinieron,
ni gente pareció del otro bando :
al fin dos de los nuestros se atrevieron

á ver el fuerte, y cerca dél llegando,
oyeron una voz alta del muro
diciéndoles : llegaos, que os doy seguro.

Al uno por su nombre lo llamaba,
con el cierto seguro prometido
el cual, dejando al otro, se llegaba
por conocer quien era el atrevido :
llegado el español junto á la cava,
el de la voz fue luego conocido,
que era el gallardo hijo de Pillano,
tratado dél un tiempo como hermano.

Estaba de un lustroso peto armado
con sobrevesta de oro guarnecida,
en una gruesa pica recostado
por el ferrado regaton asida :
el ancho y duro hierro colorado
y de sangre la media hasta teñida ;
puesta de limpio acero una celada
abierta por mil partes y abollada.

Llegado el español donde podia
hablarle y entenderle claramente,
el bizarro Lautaro le decia :
Marcos, de tí me espanto estrañamente
y desa tú ignorante compañía,
que sin razon y seso, ciegamente
penseis así de mi opinion mudarme
y ser bastantes todos á enojarme.

¿Qué intento os mueve ó qué furor insano,
que así quereis tiranizar la tierra ?
¿no veis que todo agora está en mi mano,
el bien vuestro y el mal, la paz, la guerra ?
¿no veis que el nombre y crédito araucano
los levantados ánimos atierra ?
¿qué solo el son al mundo pone miedo
y quebrantala fuerzas y el denuedo ?

En los pueblos no fuistes poderosos
de defender las propias posesiones,
que es cosa, que aun los pájaros medrosos
hacen rostro en su nido á los leones :
¿y en los desiertos campos pedregosos
pensais de sustentar los pabellones
en tiempo que estais mas amedrentados,
y mas vuestros contrarios animados ?

Es, á mi parecer, loca osadia
querer contra nosotros sustentarnos,
pues ni por arte, maña ni otra via
podeis en nuestro daño aprovecharos :
si lo quereis llevar por valentia,
baste el presente estrago á escarmentaros ;
que fresca sangre aun vierten las heridas,
y della aquí las yerbas veo teñidas.

Pues dejar yo jamás de perseguiros,
segun que lo juré, será escusado,
hasta dentro en España he de seguiros,
que así lo he prometido al gran senado :
mas si quereis en tiempo reduciros,
haciendo lo que aquí será mandado,
saldré de la promesa y juramento,
y vosotros saldreis de perdimiento.

Treinta mujeres virgenes apuestas
por tal concierto habeis de dar cada año,
blancas, rubias, hermosas, bien dispuestas,
de quince años á veinte, sin engaño :
han de ser españolas ; y tras estas
treinta capas de verde y fino paño,
y otras treinta de púrpura, tejidas
con fino hilo de oro guarnecidas :

Tambien doce caballos poderosos
nuevos y ricamente enjaezados,
domésticos, ligeros y furiosos,
debajo de la rienda concertados :
y seis diestros lebreles animosos
en la caza, me habeis de dar cebados :
este solo tributo estorbaria
lo que estorbar el mundo no podria.

Atento el castellano le escuchaba, estando de la plática gustoso; mas cuando á estas razones allegaba no pudo aquí tener ya mas reposo: así impaciente al bárbaro atajaba diciéndole: no estés tan orgulloso, que las parias que pides ¡oh Lautaro! te costarán, si esperas, presto caro.

En pago de tu loco atrevimiento te darán españoles por tributo cruda muerte, con áspero tormento, y Arauco cubrirán de eterno luto. Lautaro dijo: es eso hablar al viento; sobre ello, Marcos, mas yo no disputo; las armas, no la lengua, han de tratarlo. y la fuerza y valor determinarlo.

Libre puedes decir lo que quisieres, como aquel que seguro le está dado, que tú despues harás lo que pudieres, y yo podré hacer lo que he jurado: tratemos de otras cosas de placeres, quede para su tiempo comenzado; y quíerote mostrar, pues tiempo hallo, una lucida escuadra de caballo.

Que, para que no andeis tan al seguro, acuerdo de tener tambien caballos, y de imponer mis súbditos procuro á saberlos tratar y gobernarlos. Esto dijo Lautaro, y desde el muro á seis dispuestos mozos sus vasallos mandó que en seis caballos cabalgasen, y por delante dél los pascasen.

Por las dos puentes, á la vez caladas, salieron á caballo seis chilcanos, pintadas y anchas dargas embrazadas, gruesas lanzas terciadas en las manos: vestidas fuertes cotas, y tocadas las cabezas al modo de africanos, mantos por las caderas derribados, los brazos hasta el codo arremangados:

Y con airosa muestra por delante del atento español dos vueltas dieron; pero ni de su puesto y buen semblante punto que se notase le movieron: antes con muestra y ánimo arrogante, en alta voz, que todos lo entendieron, (que el muro estaba ya lleno de gente) habló así con Lautaro libremente.

En vano ¡oh capitán! cierto trabaja quien pretende con fieros espantarme; no estimo lo que ves en una paja, ni alardes pueden punto amedrentarme; y por mostrar si temo la ventaja, yo solo con los seis quiero probarme, dó verás, que á seis mil seré bastante: vengan luego á la prueba aquí delante.

Lautaro respondió: Marcos, si mueres tanto por nos mostrar tu fuerza y brio, el mínimo que dellos escogieres á pié vendrá contigo en desafío del modo y la manera que quisieres: elige armas y campo á tu albedrío, ora con ellas, ora desarmados; á puños, coces, uñas y á bocados.

El español le dijo: yo te digo que mi honor en tal caso no consiente darte uno por uno su castigo, porque jamás se diga entre la gente que cuerpo á cuerpo bárbaro conmigo en campo osase entrar singularmente: por tanto, si no quieres lo que pido, no quiero yo acetar otro partido.

No vinieron en esto á concertarse: despues por otras cosas discurrieron; pero llegado el tiempo de apartarse,

del bárbaro, los dos se despidieron: vueltos á su camino, oyen llamarse, y á la voz conocida revolviéron, que era el mesmo Lautaro quien llamaba, diciendo: una razon se me olvidaba.

Tengo mi gente triste y aflijida, con gran necesidad de bastimento, que me falta del todo la comida por órden mala y poco regimiento: pues la teneis de sobra recogida, haced un liberal repartimiento proveyéndonos della, que á mi cuenta mas la gloria y honor vuestro acrecienta:

Que en el íncrito estado es uso antiguo, y entre buenos soldados ley guardada, alimentar la fuerza al enemigo para solo oprimirle por la espada: estad, Marcos, atento á lo que digo, y entended, que será cosa loada, que digan que las fuerzas sujuzgasteis que para mayor triunfo alimentastes.

Que se llame vitoria yo lo dudo cuando el contrario á tal estremo viene que en aquello que nunca el valor pudo la hambre miserable poder tiene, y al fuerte brazo indómito y membrudo lo debilita, doma y lo detiene; y así por bajo modo y estrechez, viene á parecer fuerte la flaqueza.

Era, señor, su intento que pensase ser la necesidad, fingida, cierta, para que nuestra gente se animase de industria abriendo aquella falsa puerta; y con esto inducir la á que esperase, teniendo así su astucia mas cubierta, hasta que el fin llegase deseado del cauteloso engaño fabricado.

Marcos, de las palabras conmovido, le dice: yo prometo de intentarlo por solo esas razones que has movido; y hacer todo el poder en procurarlo. Habiéndose con esto despedido, revolviendo las riendas al caballo, él y su compañero caminaron hasta que al español campo llegaron.

De todo al punto Villagrà informado cuanto á Marcos Lautaro dicho habia, sospechoso, confuso y admirado de ver que bastimentos le pedia: era sagaz, celoso y recatado revolviendo la presta fantasía, los secretos designios comprehende, y el peligroso estado y trance entiende;

Y, en el presto remedio resolutivo, cuando el mundo se muestra mas oscuro, sin tocar trompa, del peligro instruido, toma el camino á la ciudad seguro, maravillado del ardid astuto.

Pero de nuestra gente ahora no curo, que quiero antes decir el modo extraño de la ingeniosa astucia y nuevo engaño.

Aun no era bien la nueva luz llegada, cuando luego los bárbaros supieron la súbita partida y retirada, que no con poca muestra lo sintieron, viendo claro que al fin de la jornada por un espacio breve no pudieron hacer en los cristanos tal matanza que nadie dellos mas tomara lanza.

Que aquel sitio cercado de montaña, que es en un bajo y recogido llano, de acequias copiosísimas se baña por zanjas con industria hechas á mano: rotas al nacimiento, la campaña se hace en breve un lago y gran pantano;

la tierra es honda, floja, anegadiza,
hueca, falsa, esponjada y movidiza:

Quedáran, si las zanjás se rompieran,
en agua aquellos campos empapados;
moverse los caballos no pudieran
en pegajosos lodos atascados:
¿dónde, si aguardáran, los cogieran
como en liga á los pájaros cebados:
que ya Lautaro, con despacho presto,
había en ejecución el ardid puesto.

Triste por la partida y con despecho
la fuerza desampara el mismo día,
y el camino de Arauco mas derecho
marcha con su escuadron de infantería:
revuelve y traza en el cuidadoso pecho
diversas cosas, y en ninguna había
el consuelo y disculpa que buscaba,
y entré sí razonando, suspiraba

Diciendo: ¿qué color puede bastarme
para ser desta culpa reservado?
¿no pretendí yo mucho de encargarme
de cosa que me deja bien cargado?
¿de quién sino de mí puedo quejarme,
pues todo por mi mano se ha guiado?
¿Soy yo quien prometió en un año solo
de conquistar del uno al otro polo?

Mientras que yo con tan lucida gente
ver el muro español aun no he podido,
la Luna ya tres veces frente á frente
ha visto nuestro campo mal regido:
y el carro de Faeton resplandeciente
del escorpio al Acuario ha discurrido;
y al fin damos la vuelta maltratados,
con pérdida de mas de cien soldados.

Si con morir tuviese confianza
que una vergüenza tal se colorase,
haria á mi inútil brazo que esta lanza
el débil corazon me atravesase;
pero daria de mi mayor venganza
y gloria al enemigo si pensase
que temí mas su brazo poderoso
que el flaco mio cobarde y temeroso.

Yo juro al infernal poder eterno,
si la muerte en un año no me atierra,
de echar de Chile el español gobierno,
y de sangre empapar toda la tierra:
ni mudanza, calor, ni crudo invierno
podrán romper el hilo de la guerra,
y dentro del profundo reino oscuro
no se verá español en mi seguro.

Hizo también solene juramento
de no volver jamás al nido caro,
ni del agua, del sol, sereno y viento
ponerse á la defensa ni al reparo:
ni de tratar en cosas de contento
hasta que el mundo entienda de Lautaro
que cosa no emprendió dificultosa
sin darla, con valor, salida honrosa.

En esto le parece que alojaba
la cuerda del dolor, que á veces tanto
con grave y dura afrenta le apretaba,
que de perder el seso estuvo á canto:
así el feroz Lautaro caminaba,
y al fin de tres jornadas, entre tanto
que el esperado tiempo se avvicina,
se aloja en una vega á la marina.

Junto á donde con recio movimiento
baja de un monte Itáta caudaloso,
atravesando aquel umbroso asiento
con sesgo curso, grave y espaciado:
los árboles provocan á contento,
el viento sopla allí mas amoroso,
burlando con las tiernas florecillas,
rojas, azules, blancas y amarillas.

Siete leguas de Pencó justamente

es esta deleitosa y fértil tierra,
abundante, capaz y suficiente
para poder sufrir gente de guerra:
tiene cerca á la banda del oriente
la grande cordillera y alta sierra
de donde el raudito Itáta apresurado
baja á dar su tributo al mar salado.

Fue un tiempo de españoles; pero habia
la prometida fe ya quebrantado,
viendo que la fortuna parecia
declarada de parte del Estado;
el cual veinte y dos leguas contenia:
este era su distrito señalado;
pero tan grande crédito alcanzaba
que toda la nacion le respetaba.

Los españoles ánimos briosos
este los puso humildes por el suelo;
este los bajos, tristes y medrosos
hace que se levanten contra el cielo,
y los extraños pueblos poderosos
de miedo de este viven con recelo;
los remotos vecinos y extranjeros
se rinden y someten á sus fueros.

Pues la flor del Estado deseando
estaba al tardo tiempo en esta vega,
tardo para quien gusto está esperando;
tal al que no espera bien, bien presto llega;
pero, el tiempo y sazón apresurando,
á sus valientes bárbaros congrega,
y antes que se metiesen en la via,
estas breves razones les decia:

Amigos: si entendiésemos que el deseo
de combatir sin otro miramiento;
y la fogosa gana que en vos veo,
fuese de la vitoria el fundamento,
hágoos saber de mí que cierto creo
estar en vuestra mano el vencimiento;
y un paso atrás volver no me hiciera
si el mundo sobre mí todo viniera.

Mas no es solo con ánimo adquirida
una cosa difícil y pesada:

¿qué aprovecha el esfuerzo sin medida
si tenemos la fuerza limitada?

Mas ésta (aunque con límite) regida
por industrioso ingenio y gobernada,
de duras y de muy dificultosas
hace llanas y fáciles las cosas.

¿Cuántos vemos el crédito perdido
en afrentoso y misero destierro
por solo haber sin término ofrecido
el pecho osado al enemigo hierro?
que no es valor, mas antes es tenido
por loco, temerario y torpe yerro:
valor es ser al órden obediente,
y locura sin órden ser valiente.

Como en este negocio y gran jornada
con tanto esfuerzo así nos destruimos,
fue porque no miramos jamás nada
sino al ciego apetito á quien seguimos:
que á no perder, por furia anticipada,
el tiempo y coyuntura que tuvimos,
no quedara español ni cosa alguna
á la disposición de la Fortuna.

Si al entrar de la fuerza reportados
allí algun sufrimiento se tuviera,
fueran vuestros esfuerzos celebrados,
pues ningun enemigo se nos fuera:
en la ciudad estaban descuidados:
con la gente que andaba por defuera
hiciéramos un hecho y una suerte
que no la consumieran tiempo y muerte.

Pero quiero ponerlos advertencia,
que habeis por la razon de gobernaros,
haciendo al movimiento resistencia
hasta que la sazón venga á llamaros:

y no salirme un punto de obediencia, ni á lo que no os mandare adelantaros; que en el inobediente y atrevido haré ejemplar castigo nunca oído.

Y, pues volvemos ya donde se muestra nuestro poco valor, por mal regidos, en fe que habeis de ser, alza la diestra, en el primer honor restituidos, o el campo regará la sangre nuestra, y habemos de quedar en él tendidos por pasto de las brutas bestias fieras, y de las sucias aves carniceras.

Con esto fue la plática acabada, y la trompeta á levantar tocando, dieron nuevo principio á su jornada, con la usada presteza caminando: yendo así al descubrir, de una ensenada, por Mataquino á la derecha entrando, un bárbaro encontraron por la vía, que del pueblo les dijo que venia.

Este les afirmó con juramento que en Mapochó se sabe su venida; ora les dió la nueva della el viento, ora de espías solícitas sabida: tambien que de copioso bastimento estaba la ciudad ya prevenida, con defensa, reparos, provisiones, pertrechos, aparatos, municiones.

Certificado bien Lautaro desto, muda el primer intento que traía, viendo ser temerario presupuesto seguirle con tan poca compañía: piensa juntar mas gentes, y de presto un fuerte asiento que en el valle habia con ingenio y cuidado diligente comienza á reforzarle nuevamente.

Con la priesa que dió dentro metido, y ser dispuesto el sitio y reparado, fue en breve aquel lugar fortalecido, de foso y fuerte muro rodeado: gente á la fama desto habia acudido, codiciosa del robo deseado. Forzoso me es pasar de aquí corriendo que siento en nuestro pueblo un gran estruendo.

Sábase en la ciudad por cosa cierta que á toda furia el hijo de Pillano, guiando un escuadron de gente esperta, viene sobre ella con armada mano: el súbito temor puso en alerta y confusion al pueblo castellano; mas la sangre, que el miedo helado habia, de un ardiente coraje se encendia.

A las armas acuden los briosos, y aquellos que los años agravaban con industrias y avisos provechosos la tierra y partes flacas reparaban: tras estos treinta mozos animosos y un astuto caudillo se aprestaban, que con algunos bárbaros amigos fuesen á descubrir los enemigos.

Villagrán á la sazón no residia en el pueblo español alborotado, que para la Imperial partido habia por camino de Arauco desviado: mas ya con nueva gente revolvía, y junto de dó el bárbaro cercado de gruesos troncos y fagina estaba, sin saberlo una noche se alojaba.

Cuando la alegre y fresca aurora vino, y él la nueva jornada comenzaba, al calar de una loma, en el camino un comarcano bárbaro encontraba, el cual le dió la nueva del vecino campo, y razon de cuanto en él pasaba; que todo bien el mozo lo sabia,

como aquel que á robar de allá venia.

Entendió el español, del indio, cuanto el bárbaro enemigo determina, y como allega gentes, entretanto que el oportuno tiempo se acerca: no puso á los cautenes esto espanto, y mas cuando supieron que vecina venia tambien la gente nuestra armada, que dellos aun no estaba una jornada.

Villagrán le pregunta si podria ganar al araucano la albarrada: sonriéndose el indio respondia ser cosa de intentar bien escusada, por el reparo y sitio que tenia, y estar por las espaldas abrigada de una tajada y peñascosa sierra, que por aquella parte el fuerte cierra.

Díjole Villagrán: Yo determino por esa relacion tuya guiarme, y abrir por la montaña alta el camino, que quiero á cualquier cosa aventurarme y si donde está el campo lautarino en una noche puedes tú llevarme, del trabajo serás gratificado, y al fuego, si me mientes, entregado.

Sin temor dice el bárbaro: Yo juro en menos de una noche de llevarte por difícil camino aunque seguro; desta palabra puedes confiarle: de Lautaro despues no te aseguro; ni tu gente y amigos serán parte á que si vais allá no os coja á todos y os dé civiles muertes de mil modos.

No le movió el temor que le ponía á Villagrán el bárbaro guerrero, que visto cuan sin miedo se ofrecia, le pareció de trato verdadero: y á la gente del pueblo, que venia, despacha un diligente mensajero, para que con la priesa conveniente con él venga á juntarse brevemente.

Pues otro dia allí juntos, se dejaron ir por dó quiso el bárbaro guiallos, y en la cerrada noche no cesaron de afligir con espuelas los caballos. Despues se contará lo que pasaron, que cumple por agora aquí dejallo, por decir la venida en esta tierra de quien dió nuevas fuerzas á la guerra.

Hasta aquí, lo que en suma he referido yo no estuve, Señor, presente á ello; y así, de sospechoso, no he querido de parciales intérpretes sabello: de ambas las mismas partes lo he aprendido, y pongo justamente solo aquello en que todos concuerdan y confieren, y en lo que en general menos difieren.

Pues que, en autoridad de lo que digo, vemos que hay tanta sangre derramada, prosiguiendo adelante, yo me obligo, que irá la historia mas autorizada: podré ya discurrir como testigo que fui presente á toda la jornada, sin cegarme pasion, de la cual huyo, ni quitar á ninguno lo que es suyo.

Pisada en esta tierra no han pisado que no haya por mis piés sido medida; golpe ni cuchillada no se ha dado que no diga de quien es la herida: de las pocas que di estoy disculpado, pues tanto por mirar, embebecida truje la mente en esto y ocupada, que se olvidaba el brazo de la espada.

Si causa me incitó á que yo escribiese con mi pobre talento y torpe pluma,

fue que tanto valor no pereciese,
ni el tiempo injustamente lo consuma:
que el mostrarme yo sabio me moviese,
ninguno que lo fuere lo presuma:
que, cierto, bien entiendo mi pobreza
y de las flacas sienes la estrechez.

De mi poco caudal bastante indicio
y testimonio aquí patente queda:
va la verdad desnuda de artificio,
para que mas segura pasar pueda:
pero si fuera desto lleva vicio,
pido que por merced se me conceda
se mire en esta parte el buen intento,
que es solo de acertar y dar contento:

Que aunque la barba el rostro no ha ocupado,
y la pluma á escribir tanto se atreve,
que de crédito estoy necesitado,
pues tan poco á mis años se le debe;
espero que será, Señor, mirado
el celo justo y causa que me mueve;
y esto la voluntad se tome en cuenta
para que algun error se me consienta.

Quiero dejar á Arauco por un rato:
que para mi discurso es importante
lo que forzado aquí del Perú trato,
aunque de su comarca es bien distante:
y para que se entienda mas barato,
y con facilidad lo de adelante,
si Lautaro me deja, diré en breve
la gente que en su daño ahora se mueve.

El marqués de Cañete era llegado
á la ciudad insigne de los Reyes,
de Carlos Quinto máximo enviado
á la guarda y reparo de sus leyes:
este fue por sus partes señalado
para virey de donde dos vireyes
por los rebeldes brazos atrevidos
habian sido á la muerte conducidos.

Oliendo el virey nuevo las pasiones
y maldades por uso introducidas,
el ánimo dispuesto á alteraciones,
en leal apariencia entretejidas;
los agravios, insultos y traiciones,
con tanta desvergüenza cometidas,
viendo, que aun el tirano no hedía,
que aunque muerto, de fresco se bullía;

Entró como sagaz y receloso,
no mostrando el cuchillo y duro yerro,
que fuera en aquel tiempo peligroso,
y dar con hierro en un notable yerro:
mostrándose benigno y amoroso,
trayéndoles la mano por el cerro,
hasta tomar el paso á la malicia,
y dar mas fuerza y mano á la justicia.

En tanto que las cosas disponia,
para limpiar del todo las maldades,
quitando las justicias, las ponía
de su mano por todas las ciudades;
estas eran personas que entendía
haber en ellas justas calidades,
de Dios, del rey, del mundo temerosas,
en semejantes cargos provechosas.

Entretenia la gente y sustentaba
con son de un general repartimiento,
y el mas culpado mas premio esperaba,
fundado en el pasado regimiento.

El marqués entre tanto se informaba,
llevando deste error diverso intento;
que no solo dió pena á los culpados,
mas renovó los yerros perdonados:

Pues cuando con el tiempo ya pensaron
que estaban sus insultos encubiertos,
en público pregon se renovaron,
y fueron con castigo descubiertos,
que casi en los mas pueblos que pecaron

amanecieron en un tiempo muertos
aquellos que con mas poder y mano
habian seguido el bando del tirano.

No condeno, Señor, los que murieron,
pues fueron perdonados y admitidos,
cuando á vuestro servicio en sazón fueron,
y en importante tiempo reducidos;
quedando los errores que tuvieron
á vuestra gran clemencia remitidos.
De vos solo, Señor, es el juzgarlos,
y el poderlos salvar ó condenarlos.

Dar mi secreto en esto yo no puedo,
que siempre en casos de honra lo rehuso:
solo digo el terror y extraño miedo
que en la gente soberbia el marqués puso
con el castigo á la sazón acedo,
dejando el reino atónito y confuso,
del temerario hecho tan dudoso,
que aun era imaginarlo peligroso.

A quien hallaba culpa conocida,
del Perú le destierra en penitencia,
que es entre ellos la afrenta mas sentida
y que se toma menos en paciencia:
el justo de ejemplar, y recta vida,
temeroso escudriña la conciencia,
viendo el rigor de la justicia airada,
que ya desenvainado habia la espada.

Y algunos capitanes y soldados,
que con lustre sirvieron en la guerra
y esperaban de ser gratificados,
conforme á los humores de la tierra,
recelando tenerlos agraviados,
del reino en son de presos los destierra,
remitiendo las pagas á la mano
de rey tan poderoso y soberano.

Esto puso suspensa mas la gente,
la causa del destierro no sabiendo;
no entiende si es injusto ó justamente;
solo sabe callar y estar temblando:
teme la furia y el rigor presente,
y á inquirir la razon no se atreviendo,
tiende á cualquier rumor atento oído;
mas no puede sentir mas del ruido.

Temor, silencio y confusion andaba,
atónita la gente discurría,
nadie la oculta causa preguntaba,
que aun preguntar error le parecia:
por saber, uno á otro se miraba,
y el mas sabio los hombros encogia,
temiendo el golpe del furor presente,
movido al parecer por accidente.

Fue hecho tan sagaz, grande y osado,
que pocos con razon le van delante,
asaz en estos tiempos celebrado,
y á los ánimos sueltos importante:
por él quedó el Perú atemorizado,
temerario, rebelde y arrogante
y á la justicia el paso mas seguro,
con mayor esperanza en lo futuro.

Así enfrenó el Perú, con un bocado
que no le romperá jamás la rienda,
haciendo al ambicioso y alterado
contentarse con sola su hacienda;
y el bullicio y deseo inordenado,
le redujo á quietud y nueva enmienda:
que poco lo mal puesto permanece,
como por la experiencia al fin parece.

Quien antes no pensaba estar contento
con veinte ó treinta mil pesos de renta,
enfrena de tal suerte el pensamiento
que solo con la vida se contenta:
después hizo el marqués repartimiento
entre los beneméritos de cuenta
para esforzar los ánimos caídos
y dar mayor tormento á los perdidos.

Con ejemplos así y acaecimientos,
¿cómo vemos que tantos van errados,
que sobre arena y frágiles cimientos
fabrican edificios levantados?

Bien se muestran sus flacos fundamentos,
pues por tierra tan presto derribados
con afrentoso nombre y voz los vemos,
huyendo su inficion cuanto podemos.

¡Oh vano error! ¡oh necio desconcierto,
del torpe que con ánimo ignorante
no mira en el peligro y paso incierto
las pisadas de aquel que va delante,
teniendo, á costa ajena, ejemplo cierto,
que el brazo del amigo mas constante
ha de esparcir su sangre en su disculpa,
lavando allí la espada de la culpa!

Quiero que esté algun tiempo falsamente
sobre traidores hombros sostenido,
que el viento que se mueve de repente
le aflige, altera y turba aquel ruido:
pues que cuando la voz del rey se siente,
no hay son tan duro y áspero al oído:
que tiene solo el nombre fuerza tanta
que los huesos le oprime y le quebranta.

Que le asome fortuna algun contento,
¡con cuántos sinsabores va mezclado!
aquel recelo, aquel desabrimiento,
aquel triste vivir tan recatado:
traga el duro morir cada momento,
témese del que está mas confiado:
que la vida antes libre y amparada
está sujeta ya á cualquier espada.

Negando al rey la deuda y obediencia,
se somete al mas mínimo soldado,
poniendo en contentarle diligencia,
con gran miedo y solícito cuidado;
y aquellos mas amigos en presencia,
las lanzas le enderezan al costado,
y sobre la cabeza aparejadas
le están amenazando mil espadas.

Cualquier rumor, cualquiera voz le espanta,
cualquier secreto piensa que es negarle:
si el brazo mueve alguno y lo levanta,
piensa el triste que fue para matarle
la sogá arrastra, el lazo á la garganta:
¿qué confianza puede asegurarle?
pues mai el que negar al rey procura
tendrá con un tirano fe segura.

Si no bastare verlos acabados
tan presto, y que ninguno permanece,
y los rollos y términos poblados
de quien tan justamente lo merece;
bandos, casas, linajes estragados,
con nombre que los mancha y escurece;
baste la obligacion con que nacemos,
que á nuestro rey y príncipe tenemos.

De un paso en otro paso voy saliendo
del discurso y materia que seguia;
pero aunque vaya ciego discurriendo
por caminos mas ásperos sin guia,
del encendido Marte el son horrendo
me hará que atine á la derecha via;
y así seguro desto y confiado,
me atrevo á reposar que estoy cansado.

CANTO XIII.

Hecho el marqués de Cañete el castigo en el Perú; llegan mensajeros de Chile á pedirle socorro el cual, vista ser su demanda importante y justa se le envia grande por mar y por tierra. Tambien contiene al cabo este canto cómo Francisco de Villagran, guiado por un indio viene sobre Lautaro.

Dicaoso con razon puede llamarse
aquel que en los peligros arrojado
dellos sabe salir sin ensuciarse,
y libre de poder ser imputado:

pero quien destos puede desviarse
le tengo por mas bienaventurado:
aunque el peligro afina lo perfeto,
aquel que dél se aparta es el discreto:

Que muchas veces dá la fantasia
en cosas que seguro nos promete,
y un ánimo á salir con ellas cria
que con temeridad las acomete:
despues en el peligro desvaria,
y no acierta á salir de dó se mete:
que la señora al siervo sometida,
pierde la fuerza y tino á la salida.

Vereis en el Perú que han procurado
levantar el tirano y ayudarle,
para solo mostrar despues de alzado,
la traidora lealtad en derribarle:
y con disignio y ánimo dañado
le dan fuerza, y despues viene á matarle
la espada infiel, de la maldad autora,
al rey y amigos pérvida y traidora.

Fraguan la guerra atizan disensiones
en hábito leal, aunque engañoso,
pensando de subir mas escalones
por un áspero atajo y tropezoso:
al cabo las malvadas intenciones
vienen á fin tan malo y afrentoso,
como vereis si bien mirais la guerra
civil y alteraciones desta tierra.

Deshechos, pues, del todo los nublados
por el audaz marqués y su prudencia,
curando con rigor los alterados,
como quien entendió bien la dolencia:
en nombre de su rey, á otros tocados
de aquel olor descubre la clemencia;
que hasta allí del rigor cubierta estaba,
con general perdon que los lavaba.

No el atrevido caso y espantoso,
en el Perú jamás acontecido,
ni el ejemplar castigo riguroso
que amansó el fiero pueblo embravecido,
fue en tal tiempo bastante y poderoso,
de ensordecer el bárbaro ruido,
y la voz araucana y clara fama
que en aquellas provincias se derrama.

Nuevas por mar y tierra eran llegadas
del daño y perdicion de nuestra gente,
por las vitorias grandes y jornadas
del araucano bárbaro potente:
pidiendo las ciudades apretadas
presuroso socorro y suficiente,
haciendo relacion de cómo estaban
y de todas las cosas que pasaban.

Gerónimo Alderete, adelantado,
á quien era el gobierno cometido,
hombre en estas provincias señalado,
y en gran figura y crédito tenido:
donde como animoso y buen soldado
habia grandes trabajos padecido;
(no pongo su proceso en esta historia,
que dél la general hará memoria).

Presente no se halla á tanta guerra
y á tales desventuras y contrastes;
mas con vos, gran Felipe, en Inglaterra,
cuando la fe de nuevo allí plantastes:
allí le distes cargo desta tierra,
de allí con gran favor le despachastes;
pero cortóle el áspero destino
el hilo de la vida en el camino.

Fue su muerte así súbita sentida,
y mas el sentimiento acrecentaba
ver á gobernacion tan corrompida
que cada uno por sí se gobernaba:
andaba la discordia ya encendida,
la ambicion del mandar se desmandaba:
al fin, es imposible que acaezca

que un cuerpo sin cabeza permanezca.

Aquellos que de Chile habían venido á pedir el socorro necesario, viendo á su Adelantado fallecido y todo á su propósito contrario, con un semblante triste y afligido, de parecer de todos voluntario piden á don Hurtado que se vea, y de remedio presto los provea, Diciendo : varon claro y escelente, nuestra necesidad te es manifiesta, y la fuerza del bárbaro potente que tiene á Chile en tanto estrecho puesta : el mas fuerte remedio es llevar gente, esta ya puedes ver cuan cara cuesta. De parte de tu rey te requerimos nos concedas aquí lo que pedimos.

A tu hijo ; oh marqués ! te demandamos, en quien tanta virtud y gracia cabe, porque con su persona confiamos que nuestra desventura y mal se acabe : de sus partes, señor, nos contentamos, pues que por natural cosa se sabe (y aun acá en el comun es habla vieja) que nunca del leon nació la oveja.

Y pues hay tanta falta de guerreros, haciendo esta jornada don García se moverá el comun y caballeros, alegres de llevar tan buena guia : y lo que no podrán muchos dineros podrá el amor y buena compañía, ó la vergüenza y miedo de enojarte, ó su propio interés en agradarte.

El marqués de Cañete, respondiendo á la justa demanda alegremente, vino en ello de grado, conociendo ser cosa necesaria y conveniente : y el hijo, hacienda y deudos ofreciendo, al punto derramó en toda la gente gran gana de pasar á aquella tierra á ejercitar las armas en tal guerra.

Uno se ofrece allí y otro se ofrece, así gran gente en número se mueve, y aquel que no le hace, le parece que falta y no responde á lo que debe : hasta en cansados viejos reverdece el erdor juvenil, y se remueve el flaco humor y sangre casi helada con el alegre son de esta jornada.

¡Oh valientes soldados araucanos ! las armas prevenid y corazones, y aquel raro valor de vuestras manos temido en las antárticas regiones ; que gran copia de jóvenes lozanos descoge en vuestro daño sus pendones, pensando entrar por toda vuestra tierra haciendo fiero estrago y cruda guerra ;

No con los hierros botos y mohosos de los que las paredes hermosean, ni brazos del torpe ocio perezosos que con gran pesadumbre se rodean, ni los ánimos hechos á reposos que cualquiera mudanza en que se vean los altera, los turba y entorpece y el desusado son los desvanece ;

Mas hierros templadísimos y agudos, en sangre de tiranos afilados, fuertes brazos, robustos y membrudos, en dar golpes de muerte ejercitados ; ánimos libres, de temor desnudos, en los peligros siempre habituados, que el son horrendo que á otros atormenta los alegra, despierta y alimenta.

Cosa destas yo pienso que ninguna os puede derribar de vuestro estado ;

mas tiéneme dudoso sola una, que nadie della ha sido reservado : esta es la usada vuelta de Fortuna, que siempre alegre rostro os ha mostrado, y es inconstante, falsa y variable, en el mal firme, y en el bien mudable.

Que si la guerra el español procura, haciendo de su espada ufana muestra, ¿ querriale preguntar, si por ventura corta por mas lugares que la vuestra ? Si la fuerza del brazo le asegura del poder vuestro, y vencedora diestra ; verá, si mira bien en lo pasado, el campo de sus huesos ocupado.

No sé ; pero soberbio y encendido en hélico furor el pueblo veo, y al mas triste español apercibido de armas, rico aparato, y buen deseo. ¡ Oh Arauco ! yo te juzgo por perdido : si las obras igualan al arreo, y no templa el camino esta braveza, ¡ ay de tu presuncion y fortaleza !

Del apartado Quito se movieron gentes para hallarse en esta guerra : de Loja, Piura, de Jaen salieron : de Trujillo, de Guanuco y su tierra, de Guamanga, Arequipa concurrieron gran copia ; y de los pueblos de la sierra, la Paz, Cuzco, y los Charcas bien armados bajaron muchos pláticos soldados.

Treme la tierra, brama el mar hinchado del alboroto, estruendos y rumores que suenan por el aire delicado de pífanos, trompetas y atambores contra el rebelde pueblo libertado, amenazando ya sus defensores con gruesa y reforzada artillería, que dentro del Estado el son se oía.

De aparatos, jaeces, guarniciones los gallardos soldados se arreaban ; sobrevistas y galas, invenciones nuevas y costosísimas sacaban : estandartes, enseñas y pendones al viento en cada calle tremolaban : vieran sastres y obreros ocupados en hechuras, recaños y bordados.

Con el concurso y junta de guerreros el grande estruendo y trápala crecía, y los prestos martillos de herreros formaban dura y áspera armonía : el rumor de solícitos armeros todo el ancho contorno ensordecía ; los celosos caballos de lozanos relinchando triscaban con las manos.

Andaba así la gente embarazada con el nuevo bullicio de la guerra ; mas ya de lo importante aparejada, un caudillo salió luego por tierra : llevando copia della encomendada atrevés á Atacama y la alta sierra con la desierta costa y despoblados, de osamenta de bárbaros sembrados.

La gente principal, todo aprestado, y reliquias del campo que quedaban, para romper el mar alborotado otra cosa que tiempo no aguardaban : mas viendo el cielo ya desocupado, y que las bravas olas aplacaban, con ordenada muestra y rico alarde salieron de Los-Reyes una tarde.

Yo con ellos tambien, que en el servicio vuestro empecé y acabaré la vida, que estando en Inglaterra en el oficio que aun la espada no me era permitida : llegó allí la maldad en deservicio

vuestro, por los de Arauco cometida,
y la gran desvergüenza de la gente
á la real corona inobediente.

Y con vuestra licencia, en compañía
del nuevo capitán y adelantado
caminé desde Londres hasta el día
que le dejé en Taboga sepultado;
de donde, con trabajos, y porfía
de la Fortuna y vientos, arrojado,
llegué á tiempo que pude juntamente
salir con tan lucida y buena gente.

Otro escuadrón de amigos se me olvidó,
no menos que nosotros necesarios,
gente templada, mansa y recogida,
de frailes provisoros, comisarios,
teólogos de honesta y santa vida,
franciscos, dominicos, mercenarios,
para evitar insultos de la guerra,
usados mas allí que en otra tierra.

De varias profesiones y colores
sale de Lima una lucida banda,
y en el puerto tendidas por las flores
estaban mesas llenas de vianda
con vinos de odoríferos sabores,
donde luego por una y otra banda
sobre la verde yerba reclinados
gustamos los manjares delicados.

Alegres los estómagos, contentos,
levantados de allí, fuimos traídos
á dó de verdes ramos y ornamentos
estaban los bateles prevenidos;
y al son de varios y altos instrumentos,
de los caros amigos despedidos,
en los ligeros barcos nos metemos,
dando á un tiempo con fuerza al mar los remos.

Los bateles de tierra se alargaban
dejando con penosa envidia á aquellos
que en arenosa playa se quedaban,
sin apartar los ojos jamás dellos.
Sobre diez galeones arribaban
los prestos barcos, y saltando en ellos,
tiempo los marineros no perdieron,
que las velas al viento desfogieron.

De estandartes, banderas, gallardetes
estaban las diez naves adornadas;
hiriendo el fresco viento los trinquetes
comienzan á moverse sosedadas:
suenan cañones, sacres, falconetes,
y al doblar de la Isleta embarazadas,
del Austro cargan á babor la escota,
tomando al Sud-Sudueste la derrota.

Las naos por el contrario mar rompiendo
la blanca espuma en torno levantaban,
y á la furia del Austro resistiendo,
por fuerza, á su pesar, tierra ganaban:
pero sobre el Garbino revolviendo,
de la gran cordillera se apartaban;
y de sola una vuelta que viraron
el Guarco, al Est-Nordeste se hallaron.

Mas presto por la popa el Guarco vimos,
con Chinca de otro bordo emparejando;
en alta mar trás estos nos metimos
sobre la Nasca fértil arribando,
y al esforzado. Noto resistimos,
su furia y bravas olas contrastando,
no bastando los recios movimientos
de dos tan poderosos elementos.

¿Que haya en Perú no es caso soberano
tanta mudanza en tres leguas de tierra,
que cuando es en los llanos el verano
los montes el lluvioso invierno cierra;
y cuando espesa niebla cubre el llano
en descubierto hiere el sol la sierra,
y por esta razon van mas crecientes
en el verano abajo las vertientes?

De los vientos, el Austro es el que manda,
que deshace los húmidos nublados,
y por todo aquel mar discurre y anda,
del cual son para siempre desterrados:
los otros vientos reinan á la banda
de Atacamá, y allí son libertados,
que bajar al Perú ninguno puede
ni por natural orden se concede.

Pues las naves, del Austro combatidas,
las espumosas olas van cortando,
que de valientes soplos impelidas
rompen la furia en ellas, azotando
las levantadas proas guarnecidas
de planchas de metal... Pero mirando
al español del bárbaro vecino,
habré de andar mas presto este camino.

Correré á Villagran, el cual por tierra
también en su jornada se apresura,
atravesando la fragosa sierra
que iguala con las nubes su estatura:
diré lo que sucede en esta guerra,
y qué rostro le muestra la Ventura.
Mas, porque todo venga á ser mas claro,
quiero tratar un poco de Lautaro:

Que estaba con su escuadra de guerreros
en el sitio que dije recogido,
y de foso, fagina y de maderos
le habia en breve sazón fortalecido.
Tenia dentro soldados forasteros
que á fama de la guerra habian venido,
reparos, bastimento, y otras cosas
para el tiempo y lugar menesterosas.

Sola una senda este lugar tenia
de espías y centinelas ocupada;
otra, ni rastro alguno no lo habia,
por ser casi la tierra deshabitada:
aquella noche el bárbaro dormía
con la bella Guacolda enamorada,
á quien él de encendido amor amaba,
y ella por él no menos se abrasaba,

Estaba el araucano despojado
del vestido de Marte embarazoso,
que aquella sola noche el duro Hado
le dió aparejo y gana de reposo:
los ojos le cerró un sueño pesado,
del cual luego despierta congojoso,
y la bella Guacolda sin aliento
la causa le pregunta y sentimiento.

Lautaro le responde: amiga mía,
sabrás que yo soñaba en este instante
que un soberbio español se me ponía
con muestra ferocísima delante,
y con violenta mano me oprimía
la fuerza y corazón, sin ser bastante
de poderme valer; y en aquel punto
me despertó la rabia y pena junto.

Elle en esto soltó la voz turbada,
diciendo: ¡ay, que he soñado también cuanto
de mi dicha temí, y es ya llegada
la fin tuya y principio de mi llanto!
Mas no podré ya ser tan desdichada;
ni Fortuna conmigo podrá tanto,
que no corte y ataje con la muerte
el áspero camino de mi suerte.

Trabaje por mostrárseme terrible
y del tálamo alegre derribarme,
que si revuelve y hace lo posible,
de tí no es poderosa de apartarme:
aunque el golpe que espero es insufrible,
podré con otro luego remediarme;
que no caerá tu cuerpo en tierra frío
cuando estará en el suelo muerto el mío.

El hijo de Pillan con lazo estrecho
los brazos por el cuello le ceñía:
de lágrimas bañando el blanco pecho

en nuevo amor ardiendo respondia :
no lo tengais, señora, por tan hecho,
ni turbeis con agüeros mi alegría
y aquel gozoso estado en que me veo,
pues libre en estos brazos os poseo.

Siento el veros así imaginativa,
no porque yo me juzgue peligroso;
mas la llaga de amor está tan viva,
que estoy de lo imposible receloso :
si vos quereis, señora, que yo viva,
¿quién á darme la muerte es poderoso?
mi vida está sujeta á vuestras manos
y no á todo el poder de los humanos.

¿Quién el pueblo araucano ha restaurado
en su reputacion que se perdía,
pues el soberbio cuello no domado
ya doméstico al yugo sometía?

Yo soy quien de los hombros le ha quitado
el español dominio y tiranía :
mi nombre basta solo en esta tierra,
sin levantar la espada á hacer la guerra :

Cuanto mas que teniéndos á mi lado,
no tengo que temer ni daño espero :
no os dé un sueño, señora, tal cuidado,
pues no os lo puede dar lo verdadero :
que ya á poner estoy acostumbrado
mi fortuna á mayor despeñadero ;
en mas peligros que este me he metido ;
y dellos con honor siempre he salido.

Ella menos segura y mas llorosa
del cuello de Lautaro se colgaba,
y con piadosos ojos lastimosa
boca con boca así le conjuraba :
si aquella voluntad pura amorosa
que libre os dí cuando mas libre estaba,
y dello el alto cielo es buen testigo,
algo puede, señor, y dulce amigo ;

Por ella os juro y por aquel tormento
que sentí cuando vos de mí os partistes,
y por la fe, si no la llevó el viento,
que allí con tantas lágrimas me distes,
que á lo menos me deis este contento,
si alguna vez de mí ya lo tuvistes,
y es, que os vistsis las armas prestamente
y al muro asistid con vuestra gente.

El bárbaro responde : harto claro
mi poca estimacion por vos se muestra.

¿En tan flaca opinion está Lautaro,
y en tan poco teneis la fuerte diestra
que por la redencion del pueblo caro
ha dado ya de sí bastante muestra?

¡ Buen crédito con vos tengo por cierto,
pues me llorais de miedo ya por muerto!

¡ Ay de mí! que de vos yo satisfecho
(dice Guacolda) estoy, mas no segura ;
¿ser vuestro brazo fuerte qué aprovecha
si es mas fuerte y mayor mi desventura?
Mas ya que salga cierta mi sospecha,
el mismo amor que os tengo me asegura
que la espada que hará el apartamiento
hará que vaya en vuestro seguimiento.

Pues ya el preciso hado y dura suerte
me amenazan con áspera caída,
y forzoso he de ver un mal tan fuerte,
un mal como es de vos verme partida :
dejadme llorar antes de mi muerte
esto poco que queda de mi vida :
que quien no siente el mal, es argumento
que tuvo con el bien poco contento.

Trás esto tantas lágrimas vertía
que mueve á compasion el contemplalla,
y así el tierno Lautaro no podía
dejar en tal sazón de acompañalla.
Pero ya la turbada pluma mía,
que en las cosas de amor nueva se halla,

confusa, tarda y con temor se mueve,
y á pasar adelante no se atreve.

CANTO XIV.

Llega Francisco de Villagran de noche sobre el fuerte de los
enemigos sin ser dellos sentido : da al amanecer subito en
ellos, y á la primera refriega muere Lautaro. Trábase la ba-
talla con harta sangre de una parte y de otra.

¿CUAL será aquella lengua desmandada
que á ofender las mujeres ya se atreva,
pues venos que es pasión averiguada
la que á bajeza tal y error las lleva ;
si una bárbara moza no obligada
hace de puro amor tan alta prueba,
con razones y lágrimas, salidas
de las vivas entrañas encendidas?

Que ni la confianza, ni el seguro
de su amigo le daba algun consuelo,
ni el fuerte sitio, ni el fosado muro
le basta asegurar de su recelo :
que el gran temor nacido de amor puro
todo lo allana y pone por el suelo,
solo halla el reparo de su suerte
en el mismo peligro de la muerte.

Así los dos unidos corazones
conformes en amor desconformaban,
y dando dello allí demostraciones,
mas el dulce veneno alimentaban :
los soldados en torno los tizones,
ya de hablar cansados reposaban,
teniendo centinelas, como digo,
y el cerro á las espaldas por abrigo.

Villagran con silencio y paso presto
había el áspero monte atravesado,
no sin grave trabajo, que sin esto,
hacer mucha labor es escusado !
llegado junto al fuerte, en un buen puesto,
viendo que el cielo estaba aun estrellado,
paró, esperando el claro y nuevo día
que ya por el oriente descubría.

De ninguno fue visto ni sentido ;
la causa era la noche ser oscura ;
y haber las centinelas desmentido
por parte descuidada por segura :
caballo no relincha, ni hay ruido,
que está ya de su parte la Ventura ;
esta hace las bestias avisadas,
y á las personas bestias descuidadas.

Cuando ya las tinieblas y aire oscuro,
con la esperada luz se adelgazaban,
las centinelas puestas por el muro
al nuevo día de lejos saludaban
y pensando tener campo seguro
también á descansar se retiraban ;
quedando mudo el fuerte, y los soldados
en vino y dulce sueño sepultados.

Era llegada al mundo aquella hora
que la oscura Tiniebla, no pudiendo
sufrir la clara vista de la Aurora,
se vá en el occidente retrayendo :
cuando la mustia Clície se mejora
el rostro al rojo oriente revolviendo,
mirando trás las sombras ir la Estrella,
y al rubio Apolo Delfico trás ella.

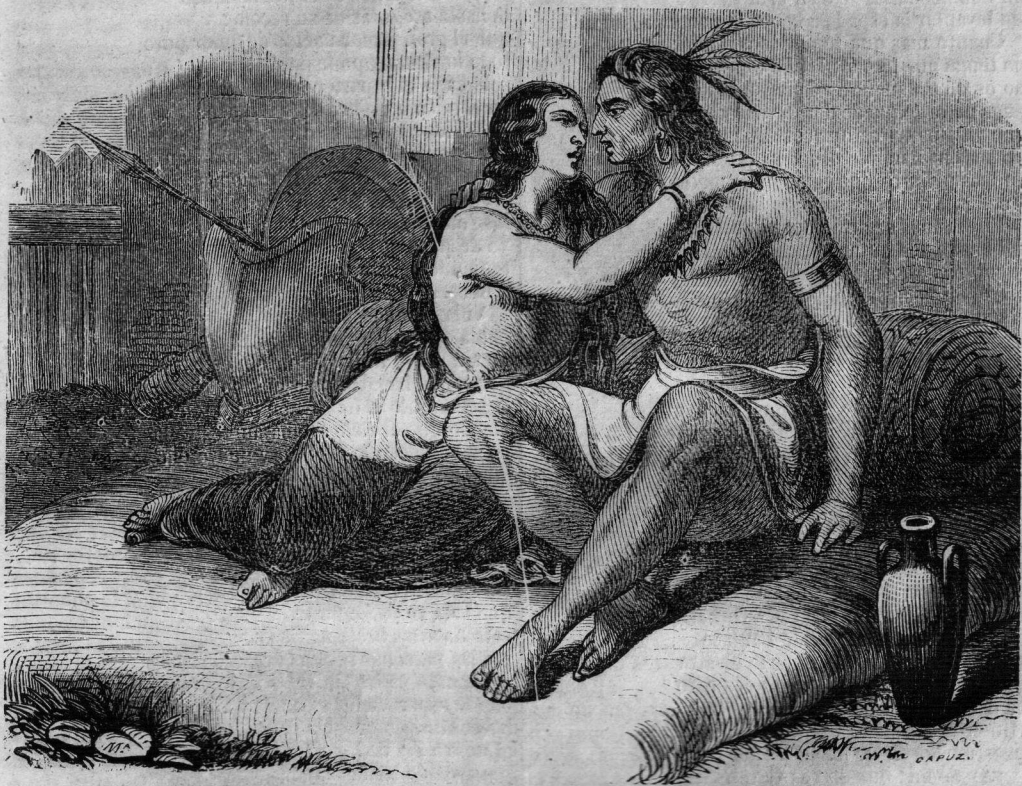
El español, que vé tiempo oportuno,
se acerca poco á poco mas al fuerte,
sin estorbo de bárbaro ninguno,
que sordos los tenía su triste suerte :
bien descuidado duerme cada uno
de la cercana inexorable muerte ;
cierta señal, que cerca della estamos
cuando mas apartados nos juzgamos.

No esperaron los nuestros mas, que en viendo
ser ya tiempo de darles el asalto,

de súbito levantan un estruendo
con soberbio alarido horrendo y alto;
y en tropel ordenado arremetiendo
al fuerte van á dar de sobresalto;
al fuerte, mas de sueño bastecido
que al presente peligro apercibido.

Como los malhechores que en su oficio
jamás pueden hallar parte segura,
por ser la condicion propia del vicio
temer cualquier fortuna y desventura :

que no sienten tan presto algun bullicio
cuando el castigo y mal se les figura,
y corren á las armas y defensa,
segun que cada cual valerse piensa;
Así medio dormidos y despiertos
saltan los araucanos alterados,
y del peligro y sobresalto ciertos,
baten toldos y ranchos levantados :
por verse de corazas descubiertos
no dejan de mostrar pechos airados ;



mas con presteza y ánimo seguro
acuden al reparo de su muro.

Sacudiendo el pesado y torpe sueño,
y cobrando la furia acostumbrada,
quién el arco arrebató, quién un leño,
quién del fuego un tizon y quién la espada,
quién aguija al baston de ajeno dueño,
quién por salir mas presto vá sin nada,
pensando averiguarlo desarmados,
si no pueden á puños, á bocados.

Lautaro á la sazón, segun se entiende,
con la gentil Guacolda razonaba ;

asegúrala, ésfuerza y reprehende
de la desconfianza que mostraba :
ella razon no admite y mas se ofende ;
que aquello mayor pena le causaba ;
rompiendo el tierno punto en sus amores
el duro son de trompas y atambores.

Mas no salta con tanta ligereza
el misero avariento enriquecido,
que siempre está pensando en su riqueza,
si siente de ladron algun ruido ;
ni madre así acudió con tal presteza
al grito de su hijo muy querido,

temiéndole de alguna bestia fiera,
como Lautaro al son y voz primera.

Revuelto el manto al brazo, en el instante
con un desnudo estoque, y él desnudo
corre á la puerta el bárbaro arrogante,
que armarse á sí tan súbito no pudo.
¡Oh pérfida Fortuna, oh inconstante,
como llevas tu fin por punto crudo;
que el bien de tantos años en un punto
de un golpe lo arrebatas todo junto!

Cuatrocientos amigos comárcanos
por un lado la fuerza acometieron,
que en ayuda y favor de los cristianos
con sus pintados arcos acudieron,
los cuales con violencia y prestas manos
gran número de tiros despidieron:
del toldo el hijo de Pillan salía,
y una flecha á buscarle que venía.

Por el siniestro lado (¡oh dura suerte!)
rompe la cruda punta, y tan derecho,
que pasa el corazon mas bravo y fuerte
que jamás se encerró en humano pecho;
de tal tiro quedó ufana la Muerte
viendo de un solo golpe tan gran hecho;
y, usurpando la gloria al homicida,
se atribuye á la Muerte esta herida.

Tanto rigor la aguda flecha trujo
que al bárbaro tendió sobre la arena,
abriendo puerta á un abundante flujo
de negra sangre por copiosa vena:
del rostro la color se le retrujo,
los ojos tuerce, y con rabiosa pena
la alma, del mortal cuerpo desatada,
bajó furiosa á la infernal morada.

Ganan los nuestros foso y baluarte,
que nadie los impide ni embaraza,
y así por veinte lados la mas parte
pisaba de la fuerza ya la plaza:
los bárbaros con ánimo y sin arte,
sin celada, ni escudo, y sin coraza,
comienzan la batalla peligrosa,
cruda, fiera, reñida y sanguinosa.

En oyendo los indios extranjeros
que con Lautaro estaban recogidos
el súbito rumor salen ligeros,
del miedo y sobresalto apercibidos:
mas oyendo los golpes carniceros,
el ánimo turbado y los sentidos,
con atentas orejas acechaban
á donde con menor rigor sonaban.

Como tímidos gamos, que el ruido
sienten del cazador, y quietamente
altos los cuellos tienden el oído
atento á aquel rumor confusamente;
y el balar de la gama conocido
que apedazan los perros crudamente,
con furioso tropel toman la vía
que mas de aquel peligro se desvía;

La baja y vil canalla, acostumbra
á rendirse al temor de aquella suerte,
por ciega senda, inculta y desusada,
rompe el camino y desampara el fuerte,
acá y allá corriendo derramada;
y era tan grande el miedo de la muerte,
que al mas valiente y bravo se le antoja.
ver un fiero español tras cada hoja.

Pero aquellos que nunca el miedo pudo
hacerlos con peligros de su bando,
poniendo osado pecho por escudo,
están la antigua riña averiguando.
La desnuda cabeza del agudo
cuchillo no se ve estar rehusando,
ni rehusa la espada la siniestra,
ejercitando el uso de la diestra;

Que el joven Corpillan, no desmayado

porque su espada y mano vino á tierra,
antes en ira súbito abrasado
contra la parte del contrario cierra;
y habiendo ya la espada recobrado,
la diestra, que aun bullendo el puño afierra,
lejos con gran desden y furia lanza,
ofreciendo la izquierda á la venganza.

Flaqueza en Millapol no fue sentida,
viéndose atravesado por la hijada
y la cabeza de un revés hendida,
ni por pasalle el pecho una lanzada;
que de espumosa sangre á la salida
vino la media lanza acompañada,
dejando aquel lugar della vacío,
aunque lleno de rabia, furia y brio:

Que á dos manos la maza aprieta fuerte,
y con furia mayor la gobernaba:
bien se puede llamar de triste suerte
aquel que el fiero bárbaro alcanzaba:
con la rabia postrera de la muerte,
una vez el serrado leño alzaba;
mas faltóle la vida en aquel punto,
cayendo cuerpo y maza todo junto.

Aunque la muerte en medio del camino
le quebrantó el furor con que venía,
un valiente español á tierra vino
del peso y movimiento que traía:
pero luego fue en pié y con desatino,
hacia el lugar del dañador volvía,
y viendo el cuerpo muerto dar en tierra,
pensando que era vivo con el cierra:

Y encima del cadáver arrojado,
de dar la muerte al muerto deseoso,
recio por uno y por el otro lado,
hiere y ofende el cuerpo sanguinoso:
hasta tanto que ya desalentado
se firma recatado y sospechoso,
y vió á aquel que aferrado así tenía
vuelos los ojos y la cara fría.

Traía la espada en esto Diego Cano
tinta de sangre, y con Pícol se junta:
haciendo atrás la rigurosa mano
el pecho le barrena de una punta:
turbado de la muerte el araucano
cayó en tierra, la cara ya difunta,
bascoso revolviéndose en el lodo,
hasta que el alma despidió el todo.

De dos golpes Hernando de Alvarado
dió con el suelto Talco en tierra muerto;
pero fue mal herido por un lado
del gallardo Guacoldo en descubierta:
estuvo el español algo atronado;
mas del atronamiento ya despierto,
corriendo al fuerte bárbaro derecho
la espada le escondió dentro del pecho.

El viejo Villagran con la sangrienta
espada por los bárbaros rompiendo,
mata, hiere, tropella y atormenta,
á tiempo á todas partes revolviendo:
un golpe á Nico en la cabeza asienta,
el cual los turbios ojos revolviendo
á tierra vino muerto; y de otro á Polo
le deja con el brazo izquierdo solo.

Usadas las espadas al acero,
topando la desnuda carne blanda,
ayudadas de un ímpetu ligero
dan con piernas y brazos á la banda:
no rehusa el segundo ser primero,
antes todos siguiendo una demanda,
como olas, que creciendo van, crecían,
y á la muerte animosos se ofrecían.

La gente una con otra así se cierra,
que aun no daban lugar á las espadas:
apenas los mortales van á tierra,
cuando estaban sus plazas ocupadas:

unos por cima de otros se dan guerra enhiestas las personas y empinadas; y de modo á las veces se apretaban, que á meter por la espada se ayudaban.

Las armas con tal rabia y fuerza esgrimen, que los mas de los golpes son mortales, y los que no lo son así se imprimen, que dejan para siempre las señales: todos al descargar los brazos gimen; mas salen los efectos desiguales, que los unos topaban duro acero, los otros el desnudo y blando cuero,

Como parten la carne en los tajones con los corvos cuchillos carniceros, y cual de fuerte hierro los planchones baten en dura yunque los herreros; así es la diferencia de los sonos que forman con sus golpes los guerreros, quién la carne y los huesos quebrantando, quién templados arneses abollando.

Pues Juan de Villagran firme en la silla contra Guarcondo á toda furia parte: y la lanza le echó por la tetilla con una braza de asta á la otra parte: el bárbaro, la cara ya amarilla, se arrima desmayado al baluarte; dando en el suelo súbita caída, el alma gomitó por la herida.

Pero Rengo, su hermano, que en el suelo el cuerpo vió caer descolorido, cuajósele la sangre, y hecho un hielo; del súbito dolor perdió el sentido: mas vuelto en sí se vuelve contra el cielo, blasfemando el soberbio y descreído; y el ñudoso baston alzando en alto, á Juan de Villagran llegó de un salto.

Mas antes Pon con una flecha presta hirió al caballo en medio de la frente, empinase el caballo el cuello enhiesta, al freno y á la espuela inobediente; y entre los brazos la cabeza puesta, sacude el lomo y piernas impaciente: rendido Villagran al duro hado, desocupó el arzon y ocupó el prado.

Apenas en el suelo habia caído cuando la presta maza decendía con una estraña fuerza y un ruido que rayo ó terremoto parecía; del golpe el español quedó adormido, y el bárbaro con otro revolvía, bajando á la cabeza de manera, que sesos, ojos y alma le echó fuera.

Y con venganza tal no satisfecho del caso desastrado del hermano, antes con nueva rabia y mas despecho, hiere de tal manera á Diego Cano, que, la barba inclinada sobre el pecho, se le cayó la rienda de la mano; y sin ningun sentido, casi frio, el caballo lo lleva á su albedrío.

En medio de la turba embravecido esgrime en torno la ferrada maza: á cuál deja contrecho, á cuál tullido, cuál el pescuezo del caballo abraza; quién se tiende en las ancas aturdido, quién, forzado, el arzon desembaraza; que todo á su pujanza y furia insana se le bate, derriba y se le allana.

Por partes mas de diez le iba manando la sangre, de la cual cubierto andaba; pero no desfallece, antes bramando, con mas fuerza y rigor los golpes daba: ligero corre; acá y allá saltando arneses y celadas abollaba; hunde las altas crestas, rompe sesos,

muele los nervios, carne y duros huesos.

En esto un gran rumor iba creciendo de espadas, lanzas, grita y vocería, al cual confusamente, no sabiendo la causa mucha gente allí acudia: y era un gallardo mozo que esgrimiendo un fornido cuchillo, discurría por medio de las bárbaras espadas, haciendo en armas cosas estremadas.

Venia el valiente mozo belicoso de una furia diabólica movido, el rostro fiero, súcio y polvoroso, lleno de sangre y de sudor teñido. Como el potente Marte sanguinoso, cuando de furor bélico encendido, bate el ferrado escudo de Vulcano, blandiendo la asta en la derecha mano.

Con un diestro y prestísimo gobierno el pesado cuchillo rodeaba, y á Cron, como si fuera junco tierno, en dos partes de un golpe lo tajaba: tras este al diestro Pon envía al infierno, y tras de Pon á Lauco despachaba: no hallando defensa en armadura, descuartiza, desmiembra y desfigura.

Llamábase este Andrea, que en grandeza y proporcion de cuerpo era gigante; de estirpe humilde, y su naturaleza era arriba de Génova al levante: pues con aquella fuerza y ligereza á los robustos miembros semejante, el gran cuchillo esgrime de tal suerte, que á todos los que alcanza da la muerte.

De un tiro á Guaticol por la cintura le divide en dos trozos en la arena, y de otro al desdichado Quilacura limpio el derecho muslo le cercena: pues de golpes así de esta hechura la gran plaza de muertos deja llena, que su espada á ninguno allí perdona, y unos cuerpos sobre otros amontona.

A Colca de los hombros arrebató la cabeza de un tajo, y luego tiende la espada hácia Maulen, Señor de Itáta, y de alto á bajo de un revés le hiende: lanzas, hachas y mazas desbarata, que todo el pueblo bárbaro le ofende, llevando muchos tiros enclavados en los pechos, espaldas y en los lados.

Como la osa valiente perseguida, cuando la van monteros dando caza, que con rabia y dolor de la herida los ñudosos venablos despedaza; y furiosa, impaciente, embravecida, la senda y callejon desembaraza, que los heridos perros lastimados le dan ancho lugar escarmentados;

De la misma manera el fiero Andrea, cercado de los bárbaros venia, pero de tal manera se rodea, que gran camino con la espada abría: crece el hervor, la grita y la pelea tanto que la mas gente allí acudia. He aquí á Rengo tambien ensangrentado que llega á la sazón por aquel lado:

Y como dos mastines rodeados de gozques importunos, que en llegando á verse, con los cerros erizados se van el uno al otro regañando: así los dos guerreros señalados, las inhumanas armas levantando, se vienen á herir... Pero el combate quiero que al otro canto se dilate.

CANTO XV.

En este quinceño y último canto se acaba la batalla, en la cual fueron muertos todos los araucanos sin querer ninguno dellos rendirse. Y se cuenta la navegacion que las naos del Perú hicieron hasta llegar á Chile; y la grande tormenta que entre el rio de Maule y el puerto de la Concepcion pasaron.

¿Qué cosa puede haber sin amor buena?
¿qué verso sin amor dará contento?

¿dónde jamás se ha visto rica vena
que no tenga de amor el nacimiento?
No se puede llamar materia llena
la que de amor no tiene el fundamento:
los contentos, los gustos, los cuidados,
son, si no son de amor, como pintados.

Amor de un juicio rústico y grosero
rompe la dura y áspera corteza;
produce ingenio y gusto verdadero,
y pone cualquier cosa en mas fineza:
Dante, Ariosto, Petrarca y el Ibero (1),
amor los trujo á tanta delgadeza:
que la lengua mas rica y mas copiosa,
si no trata de amor es desgustosa.

Pues yo, de amor desnudo y ornamento,
con un inculto ingenio y rudo estilo,
¿cómo he tenido tanto atrevimiento,
que me ponga al rigor del crudo filo?
Pero mi celo bueno y sano intento
esto me hace á mí añadir el hilo
que ya con el temor cortado habia,
pensando remediar esta osadía.

Quiselo aquí dejar, considerado
ser escritura larga y trabajosa,
por ir á la verdad tan arrimado
y haber de tratar siempre de una cosa:
que no hay tan dulce estilo y delicado,
ni pluma tan cortada y sonora,
que en un largo discurso no se estrague,
ni gusto que un manjar no lo empalague.

Que si á mi discrecion dado me fuera
salir al campo y escoger las flores,
quizá el cansado gusto removiéramos
la usada variedad de los sabores:
pues como otros han hecho, yo pudiera
entretener mil fábulas y amores;
mas, ya que tan adentro estoy metido,
habré de proseguir lo prometido.

Al lombardo déjé y al araucano
donde la guerra andaba mas trabada,
que vienen á juntarse mano á mano,
la espada alta y la maza levantada:
de malla está cubierto el italiano,
el indio la persona desarmada,
y así como mas suelto y mas ligero,
en descargar el golpe fue el primero.

El membrudo italiano, como vido
la maza y el rigor con que bajaba,
alzó el escudo en alto y recogido
debajo del, el golpe reparaba:
por medio el fuerte escudo fue rompido,
y en modo la cabeza le cargaba,
que batiendo los dientes vió en el suelo
las estrellas mas mínimas del cielo.

El brazo descargó, que alto tenia,
sobre el valiente bárbaro el lombardo,
pensando que dos piezas le haría
según era del ánimo gallardo:
pero Rengo, que punto no perdía,
como una onza ligera y suelto pardo
un presto salto dió á ta diestra mano,
de suerte que el cuchillo bajó en vano.

Tras esto el diestro bárbaro rodea
la poderosa maza, de manera
que á acertarle de lleno, no al Andrea,

pero un duro peñasco deshiciéramos.
Igual andaba entre ellos la pelea,
aunque temo yo á Rengo á la primera
vez que el cuchillo baje, si le halla,
que habrá fin con su muerte la batalla,

Mas con destreza y gran reportamiento,
desnudo de armas y de esfuerzo armado,
entra, sale y revuelve como el viento,
que en maña y ligereza era estremado:
hace siempre su golpe, y al momento
le halla el enemigo así apartado,
que aunque el cuchillo de dos brazas fuera
alcanzar á herirle no pudiera.

Mil golpes por el aire arroja en vano
el furioso italiano embavecido,
viendo cómo desnudo un araucano
y él armado, le tiene en tal partido:
la izquierda junta á la derecha mano,
y apretando la espada, de corrido
al bárbaro arremete, altos los brazos,
pensando dividirle en dos pedazos.

El araucano con mañoso brio,
baja la maza, firme lo esperaba,
mas el cuerpo hurtó con un desvío
al tiempo que el cuchillo derribaba:
así que el brazo y golpe dió en vacío,
y de la fuerza inmensa que llevaba,
el gran cuchillo sustentar no pudo,
quedando allí con solo medio escudo.

Pues como tal lo vió, suelta la maza,
cerrando el presto bárbaro de hecho,
y cuerpo á cuerpo así con él se abraza,
que le imprime las mallas en el pecho;
no por esto el lombardo se embaraza,
mas piensa del así haber mas derecho,
y con brazos durísimos lo afierra,
creyendo levantarlo de la tierra.

Lo que el valiente Alcides hizo á Anteo
quiso el nuestro hacer del araucano;
mas no salió fortuna á su deseo,
y así el deseado efecto salió en vano:
que el esforzado Rengo de un rodeo
lo lleva largo trecho por el llano,
sobre los cuerpos muertos tropezando,
siempre con mas furor sobre el cargando.

Andrea de empacho, ardiendo en rabia viva
sintiéndose de un hombre así apurado,
firme en el suelo con los pies estriba,
cobrando esfuerzo del honor sacado,
y de manera sobre Rengo arriba
que de tierra lo lleva levantado,
que era de fuerza grande y de gran prueba,
bastante á comportar la carga nueva.

Yo vi entre muchos jóvenes valientes
sobre pruebas de fuerza porfiando,
trabar el una cuerda con los dientes,
asiendo cuatro de ella, y estribando
todos á un tiempo á partes diferentes,
á su pesar llevarlos arrastrando;
y de solo los dientes se valía,
que las manos atrás presas tenia.

Y con facilidad y poca pena,
la mayor bota ó pipa que hallaba,
capaz de veinte arrobas, de agua llena,
de tierra un codo y mas la levantaba;
y suspendida sin verter, serena,
la sed por largo espacio mitigaba,
bajándola despues al suelo llano
como si fuera un cántaro liviano.

Aconteció otras veces barqueando
rios en esta tierra caudalosos,
ir la corriente el impetu esforzando,
á desbravar en riscos peñascosos:
arrebata el barco, no bastando
la fuerza de los remos presurosos,

(1) Garcilaso.



y él, cubierto de malla como estaba, luego animoso al agua se arrojaba;

Y una cuerda en la boca, revolviendo al furioso raudal el duro pecho, los piés y fuertes brazos sacudiendo, rompía por la canal casi derecho remolcando la barca, y, resistiendo el ímpetu del agua, del estrecho la sacaba á la orilla en salvamento, haciendo otras mil cosas que no cuento.

A Rengo aquí tambien sobrepujaba, que no fue de su fuerza menor prueba; pero Rengo que en ira se abrasaba, viendo que sin firmarse alto lo lleva, hizo por fuerza pié y sobre él tornaba, sacando la vergüenza fuerza nueva; pero al cabo los dos se desasieron, y otra vez á las armas acudieron:

Y comienzan de nuevo el fiero asalto como si descansaran todo el día, ora presto por bajo, ora por alto, sin miedo el uno al otro acometía: Rengo, que de armadura estaba falto, con tal destreza y maña se regía, que sostiene en un peso aquella guerra, no perdiendo una mínima de tierra.

Con presteza una vez tal golpe asienta al valiente cristiano por un lado, que toda la persona le atormenta, según que fue de fuerza muy cargado: otro redobla, y otro, y á mi cuenta al cuarto, que bajaba mas pesado, el astuto italiano se desvía, y de una punta al bárbaro hería.

La espada le atraviesa el brazo fuerte

abriéndole en el lado una herida; mas fue tal su ventura y diestra suerte que no le privó el golpe de la vida: el bárbaro en ponzoña se convierte, y con braveza fuera de medida, con el fiero enemigo fue en un punto, descargando la maza todo junto.

El italiano en alto el medio escudo alzó por recoger el golpe extraño; pero del todo resistir no pudo, aunque se reparó parte del daño: batióle la cabeza el golpe crudo, y cual si el morrion fuera de estaño, y node fuerte pasta bien templado, así de aquella vez quedó abollado.

Dos ó tres pasos dió desvanecido del golpe el italiano, vacilando, perdida la memoria y el sentido, y anduvo por caer titubeando: la sangre por el uno y otro oído le reventó en gran flujo, como cuando reventia de abundancia alguna fuente, y en pié se tuvo bien difícilmente.

Pero vuelto en su acuerdo, que se mira lleno de sangre y puesto en tal estado, mas furioso que nunca, ardiendo en ira de verse así de un bárbaro tratado, el brazo con el pié diestro retira para tomar mas fuerza, y el pesado cuchillo derribó con tal ruido que rebocó en los montes del sonido.

Rengo, que el gran cuchillo bajar siente y el ímpetu y furor con que venía, cruzando la alta maza osadamente al reparo debajo se metia:

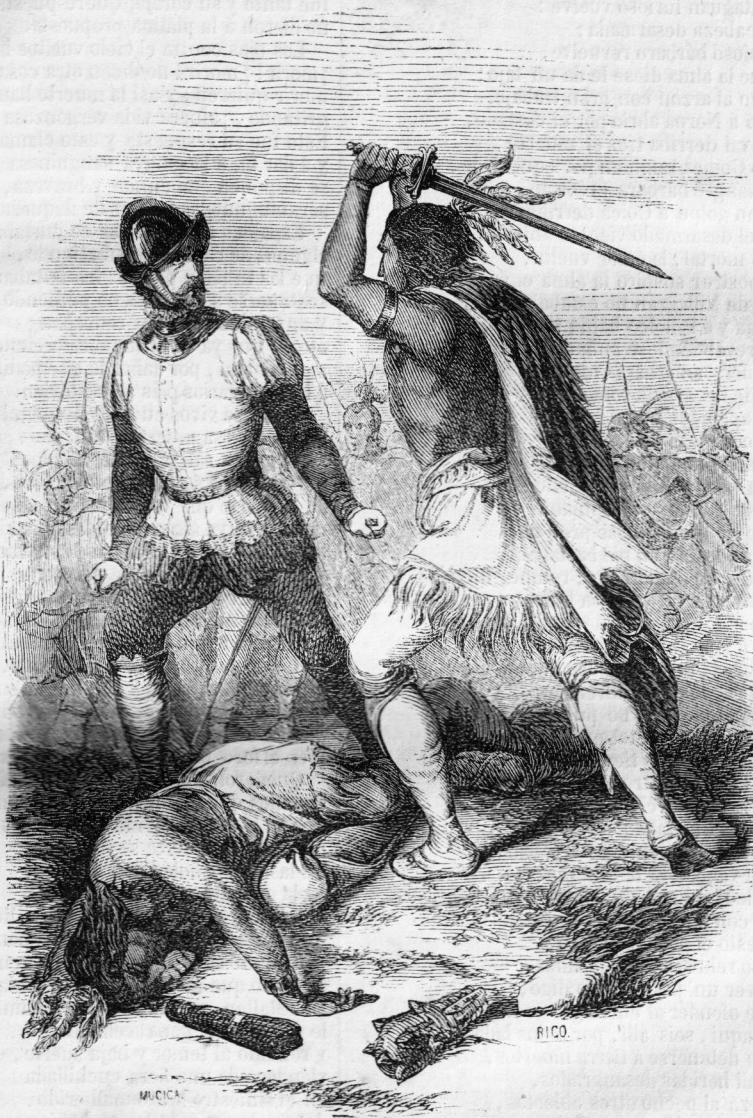
no fue la asta defensa suficiente
por mas barras de acero que tenia,
que á tierra vino della una gran pieza,
y el furioso cuchillo á la cabeza.

Fue este golpe terrible y peligroso,
por do una roja fuente manó luego,
y anduvo por caer Rengo dudoso,
atónito y de sangre casi ciego:
el italiano allí no perezoso,
viendo que no era tiempo de sosiego,
baja otra vez el gran cuchillo agudo

con todo aquel vigor que dalle pudo.

En medio de la frente en descubierta
hiere al turbado Rengo el italiano,
y hubiérale de arriba abajo abierto,
si no torciera al descargar la mano:
el golpe fue de llano, y como muerto
vino al suelo tendido el araucano;
y el cuchillo del golpe atormentado
por tres ó cuatro partes fue quebrado.

Crino, que volvió el rostro al gran ruido
del poderoso golpe y la caída,



viendo al valiente Rengo así tendido,
pensó que era pasado de esta vida:
y, de amistad y deudo conmovido,
la espada de su propio amo homicida,
que en Penco Tucapel ganado habia,
en venganza del bárbaro esgrimia.

Pasa al Andrea de un golpe el estofado,
no reparando en él la cruda espada,
que, rompiendo la malla por el lado,
le penetró hasta el hueso la estocada:

vuelve con un mandoble, y recatado
Andrea viendo venir la cuchillada,
fue tan presto con él por resistirle,
que no le dejó tiempo de herirle.

Sin darle mas lugar con él se afierra,
donde en satisfaccion de la herida,
alzándole bien alto de la tierra,
de espaldas le tendió con gran caída;
y por dar presto fin á aquella guerra
la espada le quitó y luego la vida;

metiéndose tras esto por la parte que andaba mas sangriento el fiero Marte.

Hiende por do el monton ve mas estrecho; triste de aquel que allí con él se junta; uno parte al través, otro al derecho, otro al sesgo, otro ensarta de una punta; otros que tiende, aun no bien satisfecho, á coces los quebranta y descoyunta: brazos, cabezas por el aire avienta sin término, sin número, ni cuenta.

El buen Lasarte con la diestra airada en medio del furor se desenvuelve, pasa el pecho á Talcuen de una estocada, y sobre Titaguan furioso vuelve: abríole la cabeza desarmada; mas el rabioso bárbaro revuelve, y antes que la alma diese le da un tajo, que se tuvo al arzon con gran trabajo.

Pacheco á Norpa abrió por el costado, y á Longoval derriba tras él muerto: pues Juan Gomez tambien por aquel lado, de fresca sangre bárbara cubierto, habia de un golpe á Colca derribado y á Calvo el desarmado vientre abierto: el bárbaro mortal, la color vuelta, dió en el postrer suspiro la alma envuelta.

Gabriel de Villagran no estaba ocioso, que á Cinga y á Pillolco habia tendido, y andaba revolviéndose animoso entre los hierros bárbaros metido. El rumor de las armas sonoro, los varios apellidos y el ruido, á las aves confusas y turbadas hacen estar mirándolos paradas.

Crece la rabia y el furor se enciende, la gente por juntarse se apiñaba, que ya ninguno mas lugar pretende del que para morir en pié bastaba: quién corta, quién barrena, rompe, hiende; y era el estrecho tal y priesa brava, que sin caer los muertos de apretados, quedaban á los vivos arrimados.

La soberbia, furor, desden, denuedo, la prisa de los golpes y dureza, figurarla del todo aquí no puedo, ni la pluma llevar con tal presteza: de la muerte ninguno tiene miedo, antes si vuelve el rostro mas tristeza mostraban, porque claro conocian que vencidos quedaban si vivian.

Mas aunque de vivir desconfiaban, perdida de vencer ya la esperanza, el punto de la muerte dilataban por morir con alguna mas venganza: y no por esto el paso retiraban, ni el pecho rehusaban de la lanza, si por mover un paso, como digo, dejasen de ofender al enemigo.

Cuatro aquí, seis allí, por todos lados vienen sin detenerse á tierra muertos, unos de mil heridas desangrados, de la cabeza al pecho otros abiertos, otros por las espaldas y costados los bravos corazones descubiertos, así dentro en los pechos palpitaban, que bien el gran coraje declaraban.

Quién en sus mismas tripas tropezando al odioso enemigo arremetia, quién por veinte heridas resollando las cubiertas entrañas descubria: allí se vió la vida estar dudando por qué puerta de súbito saldria; al fin salia por todas, y á un momento faltaba fuerza, vida, sangre, aliento.

Ya pues no estaba en pié la octava parte

de los bárbaros, muertos, no rendidos. Villagran, que miraba esto de aparte, viendo los que quedaban tan heridos, les envió dos indios de su parte á decir que se entreguen por vencidos sometiéndose al yugo y obediencia, y que usará con ellos de clemencia.

Todos los españoles retrujeron las espadas y el paso en el momento, y los dos mensajeros propusieron el pacto, condicion y ofrecimiento: pero los araucanos, cuando oyeron aquel partido infame, el corrimiento fue tanto y su coraje, querespuesta no dieron á la plática propuesta.

Los ojos contra el cielo vueltos braman, ¡morir! ¡morir! no dicen otra cosa, morir quieren, y así la muerte llaman gritando, ¡afuera vida vergonzosa! Esta fue su respuesta y esto claman; y á dar fin á la guerra sanguinosa se disponen con ánimo y braveza, sacando nuevas fuerzas de flaqueza.

Espaldas con espaldas se juntaban, algunos de rodillas combatiendo, que las tullidas piernas les faltaban, sostenerse sobre ellas no pudiendo: y aun así las espadas rodeaban; otros, que ya en el suelo retorciendo se andaban, por dañar lo que podian á los contrarios piés se revolvan.

Viéranse vivos cuerpos desmembrados con la furiosa muerte porfiando, en el lodo y sangraza derribados, que rabiosos se andaban revolcando: de la suerte que vemos los pescados cuando se va algun lago desaguando, que entre dos elementos se estremecen, y en ellos revolcándose perecen.

Si el crudo Sila, si Neron sangriento, (por mas sed que de sangre ellos mostraran) della vieran aquí el derramamiento, yo tengo para mí que se hartaran, pues con mayor rigor, á su contento en viva sangre humana se bañaran, que en Campo Marcio Sila carnicero, y en el foro de Roma el bestial Nero.

Quedaron por igual todos tendidos aquellos que rendir no se quisieron, que ya al fin de la vida conducidos á la forzosa muerte se rindieron: los lasos españoles mal heridos de la cercada plaza se salieron, de armas y cuerpos bárbaros tan llena; que sobre ellos andaban á gran pena.

Ningun bárbaro en pié quedó en el fuerte, ni brazo que mover pudiese espada; solo Mallen, que el punto de la muerte le dió de vivir gana acelerada: y rendido al temor y baja suerte, viéndose de una fiera cuchillada en el siniestro brazo malherido, detrás de un paredon se habia escondido.

No sintiendo el rumor que antes se oía, que en torno retumbaba todo el llano, que, como dije, ya la muerte habia puesto silencio con airada mano; dejó aquel paredon, y á ver salia si hallaba por allí algun araucano á quien se encomendar que le salvase, y la sensible llaga le apretase.

Mas cuando vió la plaza cual estaba, y en sus amigos tal carnicería, que aunque la muerte los desfiguraba, la envidia conocidos los hacia;

con ira vergonzosa presentaba la espada al corazon, y así decía :
¿cómo! ¿yo solo quedo por testigo de la muerte y valor de tanto amigo?

Cobarde corazon, por cierto indino de algun golpe de espada valerosa, pues fue por eleccion y no destino perder una sazón tan venturosa : tú me spartaste ¡oh flaco! del camino de un eterno vivir; y á vergonzosa muerte he venido ya con mengua tuya, por mas que la mi diestra lo rebuya.

Si á mi sangre con esta del estado mezclarse aquí le fuere concedido, viendo mi cuerpo entre estos arrojado, aunque de brazo débil ofendido, quizá seré en el número contado de los que así su patria han defendido : mas ¡ay triste de mí! que en la herida será mi flaca mano conocida.

¿Qué indicios bastarán, qué recompensa, que enmienda puedo dar de parte mia, que yo satisfacer pueda á la ofensa hecha á mi honor y patria y compañía? yo turbo el claro honor y fama inmensa de tantos, pues podrán decir que habia entre ellos quien de miedo, bajamente, del enemigo apenas vió la frente.

¿Por qué al temor doy fuerzas dilatando con prolijas razones mi jornada? Arrepentirme ¿qué aprovecha cuando ya el arrepentimiento vale nada? Aquí cerró la voz, y no dudando entrega el cuello á la homicida espada : corriendo con presteza el crudo filo, sin sazón de la vida cortó el hilo.

Cese el furor del fiero Marte airado, y descansen un poco las espadas, entre tanto que vuelvo al comenzado camino de las naves derramadas : que contra el recio Noto porfiado, de Neptuno las olas levantadas, proejando por fuerza iban rompiendo, del viento y agua el ímpetu venciendo.

Por entre aquellas islas navegaron, llamadas Sangallás antiguamente, y las otras ignotas se dejaron á la diestra de parte del Poniente, á Chule á la siniestra, y arribaron en Arica, y despues difícilmente vimos á Copiapó, valle primero del distrito de Chile verdadero.

Allí con libertad soplan los vientos, de sus cavernas cóncavas saliendo, y furiosos, indómitos, violentos, todo aquel ancho mar van discurriendo : rompiendo la prision y mandamientos de Eolo su rey, el cual temiendo que el mundo no arruinen, los encierra echándoles encima una gran sierra.

No con esto su furia corregida, viéndose en sus cavernas apremiados, buscan con gran estruendo la salida por los huecos y cóncavos cerrados : y así la firme tierra removida tiembla, y hay terremotos tan usados, derribando en los pueblos y montañas hombres, ganados y casas y cabañas.

Menguan allí las aguas, crece el día al revés de la Europa, porque es cuando el sol del Equinoccio se desvía, y al Capricornio mas se va acercando, pues desde allí las naves, que á porfía corren, y al mar al Austro contrastando, de Boreas ayudadas luego fueron,

y en el puerto Coquimbico surgieron.

Apenas en la deseada arena, salidos de las naos el pié firmamos, cuando el prolijo mar, peligro y pena de tan largos caminos olvidamos : y á la nueva ciudad de la Serena, que es dos leguas del puerto, caminamos en lozanos caballos guarnecidos, al esperado tiempo prevenidos :

En donde un caricioso acogimiento á todos nos hicieron y hospedaje, estimando con grato cumplimiento el socorro y larguísimo viaje : y de dulce refresco y bastimento al punto se aprestó el matalotaje, con que se reparó la hambrienta armada, del largo navegar necesitada.

A la gente y caballos aguardaban, que por áspera tierra y desdobladlos rompiendo con esfuerzo caminaban, de hambres y trabajos fatigados : pero á cualquier fortuna contrastaban, y desde poco á la ciudad llegados, un mes en mucho vicio reposaron hasta que los caballos reformaron.

Al fin del cual, sin esperar la flota, reparados del áspero camino, toman de su demanda la derrota, llevando á la derecha el mar vecino : pasan la fértil Ligua, y á Quillota la dejaron á un lado, que convino entrar en Mapochó, que es do pararon las reliquias de Penco que escaparon.

El sol del comun Géminis salia trayendo nuevo tiempo á los mortales, y del Solsticio por Zenit heria las partes y region septentrionales, cuando es mayor la sombra al Mediodia por este apartamiento en las Australes, y los vientos en mas libre ejercicio soplan con gran rigor del Austral quicio.

Nosotros, sin temor de los airados vientos, que entonces con mayor licencia andan en esta parte derramados mostrando mas entera su violencia, á las usadas naves retirados con un alegre alarde y apariencia las aferradas áncoras alzamos, y al Noroeste las velas entregamos.

La mar era bonanza, el tiempo bueno, el viento largo, fresco y favorable, desocupado el cielo y muy sereno, con muestra y parecer de ser durable : seis dias fuimos así; pero al seteno, fortuna, que en el bien jamás fue estable, turbó el cielo de nubes, mudó el viento, revolviendo la mar desde el asiento.

Bóreas furioso aquí tomó la mano con presurosos soplos esforzados, y súbito en el mar tranquilo y llano se alzaron grandes montes y collados : los españoles, que el furor insano vieron del agua y viento, atribulados, tomaran por partido estar en tierra, aunque del todo hubiera fin la guerra.

De mi nave podré solo dar cuenta, que era la capitana de la armada, que arrojada de la áspera tormenta andaba sin gobierno derramada : pero ¿quién será aquel que en tal afrenta estará tan en sí que falte en nada? que el general temor apoderado no me dejó aun para esto reservado.

Con tal furia á la nave el viento asalta, y fue tan recio y presto el terremoto,

que la cogió la vela mayor alta,
y estaba en punto el mástil de ser roto:
mas viendo el tiempo así turbado, salta
diciendo á grandes voces el piloto:
¡larga la triza en banda! ¡larga! ¡larga!
larga presto ¡hay de mí! ¡que el viento carga!

La braveza del mar, el recio viento,
el clamor, alboroto, las promesas,
el cerrarse la noche en un momento
de negras nubes lóbregas y espesas;
los truenos, los relámpagos sin cuento,
las voces de pilotos y las priesas,
hacen un son tan triste y armonía,
que parece que el mundo perecía.

¡Amaina! ¡amaina! gritan marineros,
¡amaina la mayor! ¡jiza trinquete!
esfuerzan esta voz los pasajeros,
y á la triza un gran número arremete:
los otros de tropel corren ligeros
á la escota, á la braza, al chafaldete;
mas del viento la fuerza era tan brava,
que ningún aparejo gobernaba.

Abrese el cielo, el mar brama alterado,
gime el soberbio viento embravecido;
en esto un monte de agua levantado
sobre las nubes con un gran ruido
embistió el galeon por un costado,
llevándolo un gran rato sumergido,
y la gente tragó del temor fuerte
á vueltas de agua la esperada muerte.

Mas quiso Dios que de la suerte como
la gran ballena, el cuerpo sacudiendo
rompe con el furioso hócico romo,
de las olas el ímpetu venciendo,
descubre y saca el espacioso lomo,
en anchos cercos la agua revolviendo;
así debajo el mar salió el navío,
vertiendo á cada banda un grueso río.

El proceloso Bóreas mas crecido
la mar hasta los cielos levantaba,
y aunque era un mangle el mástil muy fornido
sobre la proa la alta gabiá estaba:
la gente con gran fuerza y alarido,
en amainar la vela porfiaba,
que en forma de arco al mástil oprimía,
y así la racamenta no corría.

Eolo, ó ya fue acaso, ó se doliendo
del afligido pueblo castellano,
iba al valiente Bóreas recogiendo,
queriendo él encerrarle por su mano;
y abriendo la caverna, no advirtiendo
al Céforo que estaba mas cercano,
rotas ya las cadenas á la puerta
salió bramando al mar, viéndola abierta.

Y con violento soplo, arrebatando

cuantas nubes halló por el camino,
se arroja al levantado mar, cerrando
mas la noche con negro torbellino:
y las valientes olas reparando,
que del furioso Cierzo repentino
iban la vía siguiendo, las airaba,
y el removido mar mas alteraba.
Súbito la borrasca y travesía,
y un turbion de granizo sacudieron
por un lado á la nao, y así pendía,
que al mar las altas gabias descendieron.
Fue la furia tan presta, que aun no había
amainado la gente; y cuando vieron
los pilotos la costa y viento airado,
rindieron la esperanza al duro Hado.

La nao, del mar y viento contrastada,
andaba con la quilla descubierta,
ya sobre sierras de agua levantada,
ya debajo del mar toda cubierta:
vino en esto de viento una grupada,
que abrió á la agua furiosa una ancha puerta,
rompiendo del trinquete la una escota,
y la mura mayor fue casi rota.

Alzóse un alarido entre la gente,
pensando haber del todo zozobrado,
miran al gran piloto atentamente,
que no sabe mandar de atribulado:
unos dicen ¡zaborda! otros ¡detente!
cierra el timon en banda! y cual turbado
buscaba escotillon, tabla ó madero,
para tentar el medio postrimero.

Crece el miedo, el clamor se multiplica,
uno dice ¡á la mar! otro ¡arribemos!
otro da grita ¡amaina! otro replica
¡á orza, no amainar, que nos perdemos!
otro dice ¡herramientas, pica, pica,
mástiles y obras muertas derribemos!
atónita de acá y de allá la gente,
corre en monton confuso diligente.

Las gúmenas y jarcias rechinaban
del turbulento Céforo estriradas,
y las hinchadas olas rebramaban
en las vecinas rocas quebrantadas
que la oscura tiniebla penetraban,
y cerrazon de nubes intrincadas;
y así en las peñas ásperas batían,
que blancas hasta el cielo resurtían.

Travesía era el viento, y por vecina
la brava costa de arrecifes llena,
que del grande reflujo en la marina
hervía la agua mezclada con la arena:
rota la escota, larga la bolina,
suelto el trinquete, sin calar la entena,
y la poca esperanza quebrantada
por el furioso viento arrebatada.